GALAXIA
Ciencia Ficción

el hombre no estadístico

RAYMOND F. JONES

Uno de los indudables maestros de la Ciencia Ficción crea un singular universo nuevo.

La lógica se convierte en estorbo y la intuición en una herramienta precisa.

Un viaje a la Luna es un viaje al pasado y en un planeta lejano la humanidad lleva a cabo

un experimento en la vida de la jungla prehistórica.

Para quien lea este libro, el mundo jamás le volverá a parecer igual que era antes de haberlo leído.

Raymond F. Jones

El hombre no estadístico

Galaxia - 76

ePub r1.0
Titivillus 23.07.16

Título original: *The Non-Statistical Man*
Raymond F. Jones, 1967
Traducción: Fernando M. Sesén
Diseño de cubierta: Enrich

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

EL HOMBRE NO ESTADÍSTICO

CAPÍTULO PRIMERO

Charles Bascomb era un hombre que amaba a las cifras… las genuinas, es decir, las arábicas. Y no es que no apreciase a la otra clase también. La señora Bascomb era muy buena en ese departamento, pero Charles también había llegado a dar de ella algo por sentado en los catorce años de vida de matrimonio… más tres jóvenes Bascomb que le habían enseñado la gran obligación que puede implicar un número tan pequeño.

Bascomb se consideraba realista y señalaba su pasión por las cifras para demostrarlo. Si se daba una opinión —bien en el precio de una hamburguesa en Denver, o de diferencia entre el clima de su ciudad natal, Landbridge, y Los Angeles, California— pedía cifras y detalles.

Sin embargo, en su mundo de infinitas columnas de negros números había también una escapatoria. Aquí era limpia, fría y precisa. Las esparcidas efusiones, cerebrales y el emocionalismo de Sarah Bascomb faltaban. Charles Bascomb amaba a su esposa, pero ella era una distraída. Y las profundamente irracionales demandas de los pequeños Bascomb no podían penetrar hasta su interior.

Toda irracionalidad quedaba echada a un lado y aquí a solas, podía haber una vista clara del mundo real. Habría sido difícil para Bascomb decirlo, si se le hubiese formulado la pregunta, cuál era el mundo real y cuál el país de las hadas. La señora Bascomb y los niños eran bastante reales, en su lugar, pero no podían encajar posiblemente en el reino de las cifras exactas, que era el mundo real.

Por fortuna, nadie preguntó jamás al señor Bascomb nada de esto y así nunca entró en su consciencia, más allá de alguna escaramuza ocasional, alguna sensación acuciante de que debía

haber más enlaces entre estas dos áreas de los que comprendía.

Generalmente resultaba muy delicioso satisfacerle sabiendo que podía decir, por ejemplo, con perfecta seguridad, con cuántos ciudadanos se había cruzado en la calle camino de la estación cada noche y cuántos de estos no vivirían a fines de año. Podía decir, casi con exactitud, cuántos estarían vivos dentro de otros cinco años, siempre y cuando supiere sus actuales edades, claro. Era capaz de afirmar cuántos morirían de diabetes, del corazón y de cáncer.

Había una satisfacción en conocer todas estas cosas. Había satisfacción en su trabajo de reunir tal información y de extraer las adecuadas deducciones. (Era jefe de Análisis Estadísticos de la New England Mutual Cooperative Insurance Company). En todo esto había una sensación de poder.

Pero Bascomb creía que era un hombre humilde. El poder estaba en las cifras, en los métodos estadísticos que constituían el templo en donde él servía como sacerdote.

A la edad de treinta y siete creía que serviría a su dios de cifras durante el resto de su vida. Y, con certeza, en aquella mañana del diez de abril, cuando uno de los estadísticos Júnior entró en su despacho, se consideraba salvo y seguro en el surco por el que marcharía hasta que él mismo se convirtiese en una cifra estadística dentro de los libros de la compañía.

Bascomb alzó la vista y sonrió agradablemente cuando Hadley se acercó a su escritorio… no había razón para comportarse de otra manera.

—Buenos días, Hadley —dijo—. Parece como si hubiera pasado muy bien el fin de semana. ¿Se recuperó la señora Hadley de su resfriado?

—Ella está estupendamente, señor Bascomb —Hadley era un jovencito, aún en su primer año de matrimonio. Compartía con Bascomb la pasión por las cifras… árabes y esperaba subir muy alto en la firma.

Hadley extendió unas largas hojas de papel y se inclinó sobre el escritorio.

—Nos hemos tropezado con algo interesante la semana pasada y pensé que sería preferible que usted lo viese. Jamás contemplé antes nada como esto antes.

—¿De qué se trata? —preguntó Bascomb.

—Los informes del distrito sobre reclamaciones en la División Tres muestran algunas anomalías curiosas. En la ciudad de Topworth hemos tenido ocho reclamaciones certificadas sobre todos los tipos de pólizas y…

—Ese número no es para una ciudad de tal tamaño.

—No… pero aquí está la pega. Esas pólizas habían sido tomadas hace menos de seis semanas, con sólo dos excepciones. Miré, aquí en Burraston tenemos nueve reclamaciones… todas en pólizas de menos de seis semanas de antigüedad, sin excepción alguna. Y en Victorburg…

—¡Déjeme ver eso!

Bascomb colocó las hojas delante de él y ajustó sus pesadas gafas de concha que parecían agarrarse más a los costados de su cabeza que descansar sobre sus oídos.

—En Victorburg… veintisiete reclamaciones sobre pólizas de sólo cuatro semanas —se quitó las gafas de la cara y alzó la vista—. ¿Es muy grande Victorburg, Hadley?

—Sólo treinta y dos mil, señor Bascomb —aguardó, sabiendo que de momento había dicho bastante.

Bascomb mordió la punta de la patilla de las gafas y bajó otra vez la vista. Agitó las amplias hojas de papel.

—Esta es una de las cosas más extrañas que he visto desde que entré en el negocio de seguros —dijo—. Sabemos que en estadísticas a veces se encuentran largas series de naturaleza anómala, pero tres series así…

—Son siete en total —interrumpió Hadley—. Me puse a revisar alguno de nuestros archivos más recientes en el mismo distrito. Las otras cuatro son menos llamativas… seis de cada ocho, pero ahí están.

—Muy extraño, por decir algo —confesó con suavidad ahora el señor Bascomb—. Me parece que me gustaría seguir los detalles y ver si se pueden encontrar explicaciones… más allá de asignar meramente el caso como una anomalía normal.

—Tengo los documentos de las reclamaciones en mí escritorio.

—Deme también las solicitudes iniciales. ¿Hubo alguna insistencia en el agente que redactó la póliza?

—No. Están complicados unos doce agentes distintos. El único factor pertinente que he encontrado es que en estas tres últimas

ciudades tenemos nuevas agencias, que han efectuado una gran campaña respaldada por nuestra publicidad nacional. Pero eso no explica, claro, por qué han redactado pólizas en las que se podían efectuar tan rápidamente reclamaciones.

—No, claro que no; tráigame todos los documentos asequibles.

Bascomb pasó el resto de la mañana calculando las reclamaciones que podían esperarse como normales para cada una de las ciudades interesadas. Calculó las probabilidades de encontrar tales excesos como los sucedidos; examinó con detalle las solicitudes de todos los asegurados.

En las indemnizaciones de muerte estaba el acostumbrado certificado médico mostrando que los solicitantes gozaban de aceptable salud en el momento de redactar la póliza. Dos habían muerto de polio; uno en accidente de coche; cuatro por dificultades con sus coronarias… ¡eso debía haberse previsto! Habían dos casos de cáncer… también debieron preverse. Parte de las anomalías tenían su causa en el departamento médico; procuraría que se efectuase allí una buena escabechina.

Pero culpar a los examinadores no solucionaría todo el problema, de ninguna manera; las indemnizaciones por accidente y muerte no se podían pasar por alto tan a la ligera. Había sólo un factor de significado que él era capaz de descubrir. Más del noventa por cien de las solicitudes se habían producido por respuesta voluntaria a los anuncios de la compañía. No se consiguieron estas pólizas por el procedimiento ordinario del agente pelmazo que insiste hasta el aburrimiento del asegurado, obligándole a ceder, procedimiento que Bascomb desaprobaba por completo.

¡Valdría la pena advertir eso al departamento de producción! Pero, por otra parte, ¿acaso de pronto sus anuncios resultaron más efectivos? Llamó al jefe de publicidad y pidió copias de la promoción efectuada en las citadas ciudades durante el periodo en que se redactaron las pólizas.

Entonces se vio interrumpido por algunos asuntos corrientes que le consumieron la mayor parte de la tarde. Cuando por último obtuvo los anuncios, era ya casi hora de marcharse. Sería mala cosa si perdía el tren de las cinco diecisiete… ya tendría mañana tiempo suficiente para volver con este problema.

Sin embargo, eso tampoco serviría; había algo demasiado

persistente acuciándole en esta cuestión, muchos aspectos «raros» para dejar aplazado el asunto por una noche. Rompió una norma casi eterna entre él y Sarah Bascomb y se guardó toda la masa entera de papeles en su cartera de mano dispuesto a llevársela a casa.

Sarah Bascomb se daba perfecta cuenta de que no vivía en el mismo mundo que su marido y que eso resultaba bastante agradable, según pensaba. Habría sido muy aburrido que ambos no hablasen de nada sino de las tablas estadísticas de probabilidades, o del PTA y de las lecciones de música del joven Cruck.

Tal y como estaban las cosas, ella creía que se llevaban estupendamente. Escuchaba con honrada atención las discusiones de Charles sobre la proporción de cáncer y de muertes por ataques cardíacos, y el incremento de la neumonía y otras enfermedades infecciosas durante los pasados treinta años. Era tan aburrido como absolutamente increíble; pero le agradaba que hubiesen hombres en el mundo para ocuparse de estas cosas particulares… a las que era preciso tener en cuenta, pero que ninguna persona ordinaria pensaría interesarse ella misma.

Estaba orgullosa de la capacidad de Charles para enfrentarse con un material tan oscuro y desagradable y le escuchaba porque estaba enamorada de él. Y no se le ocurrió que era en cierto modo una deslealtad considerar la materia como cosas absurdas.

A su vez, Charles adoptaba un activo interés de los asuntos caseros… y dejaba que su mujer corriese con las soluciones, cosa que le gustaba mucho a ella. La parecía casi intolerable que fuera uno de esos hombres que insisten en planear el menú de la cena, o en escoger el dentista de los niños, o en ir a ver al señor Salers, vecino de calle, cuando Chuck y el hijo del tal Salers habían tenido una pelea al salir del colegio.

Sarah voluntariamente se ocupaba de todos estos pequeños asuntos. A los treinta y cinco era un ama de casa competente, satisfecha y de buen aspecto, sin ninguna nube en su horizonte doméstico.

Pero este particular diez de abril había sido un día bastante intranquilo para ella. Existía la sensación de que, en cualquier momento, ocurrirían cosas que conturbarían su complacencia en la vida de Charles y en la suya. A menudo experimentaba tales

presentimientos y Charles le aseguraba que eran ridículos; pero al pasar los años, Sarah se vio aferrada a todas estas sensaciones. Descubrió que los presentimientos siempre significaban algo, de un modo u otro… especialmente cuando eran muy fuertes.

Así que no se sorprendió al ver la cartera de mano de Charles repleta y rolliza mientras le contemplaba desde la ventana la cocina, cruzando por el jardín en dirección a la casa.

Se volvió, como sino le hubiese visto, y se ocupó del chisporroteante freír de su plato favorito: hígado con cebollas. Lanzó un grito de sorpresa simulada y de placer cuando él la rodeó la cintura con las manos y la besó en la nuca.

Luego fingió darse cuenta de la abultada cartera por primera vez.

—¿Negocios esta noche? Creí que podíamos haber ido a un espectáculo en el centro…

Bascomb sonrió, se encogió un poco de hombros y lanzó descuidadamente la cartera a un sillón de la parte opuesta de la habitación.

—Nada muy importante; sólo un problemita que se presentó hoy… pero puede esperar. Iremos a ese espectáculo si quieres. ¿Qué sucede?

Sarah sacudió la cabeza.

—Nada en particular; no es eso lo importante. Prefiero que pases la tarde en tu problema. Eso si que es importante. Y deseo que me cuentes detalles de él.

Zanjaron la cuestión, como Sarah sabía que harían, quedándose en casa. Después de cenar, ella se sentó silenciosa y atenta mientras Charles trataba de explicarle por qué era trastornador tropezarse con tal serie de acontecimientos como la que apareciera en la oficina. Por mucho que lo intentó, sin embargo, Sarah no pudo captar el significado del asunto, ni el motivo de tanto asombro.

—Dices que eso podría esperarse que ocurriese una vez cada unos cuantos siglos —insistió ella—, así que me imagino que te alegrarás de que ese momento sea ahora, cuando puedes ser testigo.

Bascomb sonrió tolerante; era inútil tratar de hacerla comprender.

—Es sólo que nadie espera presenciar esta anomalía —dijo—. Hablamos de ella y la utilizamos en nuestros cálculos, pero no

esperamos vernos frente a frente.

—¡Pues me parece que eso lo hace más emocionante! —Los ojos de Sarah estaban iluminados de un modo en que esperaba que Charles pensase que comprendía de lo que la estaba hablando.

Luego su expresión se hizo más sombría.

—Y creo que es también algo terriblemente importante —dijo—. Presiento que es algo que podría significar mucho para nuestro futuro, Charles. Lo sé. En cuanto halles lo que en realidad significa, dímelo, por favor.

Bascomb emitió un gruñido de exasperación desde el fondo de su garganta. Esa era la clase de cosas que le conducían a la distracción… los «presentimientos» de Sarah de que una cosa u otra iba a ocurrir, o tenía significado especial.

Sentía escalofríos cuando ella comenzaba hablar de aquel modo… porque la parte más condenable era que con frecuencia su mujer tenía razón. Había empezado a mantener una cierta vigilancia sobre ello, hacía mucho tiempo, por pura defensa propia. La media de aciertos de Sarah le provocaba una sensación de náuseas en la boca del estómago.

—No hay nada significativo para nosotros dentro de toda esta cosa necia y loca —dijo irritado—. Es un simple montón de pólizas que a la vez han presentado su reclamación para ser indemnizadas… cuando nuestros métodos estadísticos no daban ningún motivo para esperar tal cosa. Eso es todo absolutamente; resulta ridículo, cariño, tratar de leer entre líneas y buscar un nuevo significado.

—¿Verdad que me lo dirás? —insistió Sarah Bascomb.

Charles no se acercó para nada a la solución del asunto en toda aquella noche. Tras cuatro horas de trabajo, le parecía tan inexplicable como cuando Hadley le mencionó por primera vez.

Durmió mal, su línea de pensamientos conturbados alternando entre el problema en sí y la interpretación irracional de Sarah de su significado. Por la mañana se levantó y se dijo a sí mismo que era una estupidez permitir que un pequeño problema rutinario de esta especie se le escapase de la mano.

Sólo que no era pequeño y tampoco bajo ningún concepto, era rutinario.

Mientras tomaba el café frente a Sarah, teniendo por medio la

mesa del desayuno, y con los tres chavales comenzando a hacer ruido en el piso alto, dijo con precaución:

—He estado pensando que casi valdría la pena tener una entrevista personal con los asegurados o beneficiarios de las pólizas y ver si se puede deducir algo de un contactó directo con ellos. Claro, es una vana esperanza, un deseo de hallar algo definitivo, pero me parece que voy a ponerlo en práctica.

Mantuvo alzada la taza de café mientras aguardaba respuesta de su esposa. Ahora él era el estúpido, pensó… ¡Como si la opinión de ella pudiese tener algún significado posible!

No obstante, Bascomb aguardó, la cabeza inclinada para captar la más mínima inflexión de voz de su esposa.

—Creo que es la cosa más sensata que has hecho en todo este problema —dijo ella—. Después de todo, ¿quién te podría decir más acerca de las razones que les llevaron a concertar las pólizas… y por qué se han producido sus reclamaciones… sino los propios interesados?

Eso lo zanjaba todo y Charles Bascomb sintió que echaba chispas interiormente por haber hecho tal pregunta a Sarah. Después de todo, de todas maneras esa era su intención, su propósito fue el de las entrevistas, ¿no es verdad? ¿Qué diferencia había en que la opinión de su esposa coincidiese con la suya? Pero entonces su comentario resultó bueno. ¿Quién, en verdad, podría decir más acerca de la contratación de esas pólizas que la gente que las suscribió? Llamó al despacho y dijo a su ayudante, Jarvis, lo que pensaba hacer y le dio instrucciones para llevar a cabo las tareas del día.

II

De las siete ciudades, Victorburg era la más próxima a Landbridge, así que Charles Bascomb empezó por allí, experimentando la sensación poco familiar de conducir el coche a la autopista en vez de llevarlo a la estación. Se felicitó a sí mismo de que estos casos hubiesen aparecido cerca de la Casa Central, en lugar de en la otra parte de los Estados Unidos; al mismo tiempo, Bascomb se dijo una vez más que era un estúpido al prestar tanta atención a aquel asunto.

Llegó a Victorburg a las diez de la mañana y de inmediato se dirigió a la primera casa de su lista. Era una calle tranquila y arbolada que parecía asomarse a la paz de la mañana de abril. Detuvo el coche ante una aseada casa blanca.

La señora Davidson; ella era la beneficiaría en uno de los casos de muerte… El señor Davidson había muerto por dificultades en la coronaria hacía tres semanas. Bascomb se preguntó si no debía haber ido primero a uno de los que reclamaban menores cantidades. Pero ahora ya era tarde. Una mujer trabajando en el jardín a un lado de la casa le había visto; ella le miraba. Salió del coche con la cartera en la mano.

Se tocó el sombrero al acercarse.

—¿La señora Davidson? Soy representante de la New England Mutual Cooperative.

El rostro de la mujer mostró desaliento instantáneamente.

—Oh, cielos… Espero que no haya nada malo. Su pago llegó tan rápidamente y pude abonar unas deudas…

—No, no… no hay nada malo —se apresuró a decir el señor Bascomb—. Sólo una inspección de rutina que siempre hacemos para determinar si el beneficiario está completamente satisfecho

con nuestros servicios.

—¡Oh, sí! Han sido más que satisfactorios —exclamó la señora Davidson—. El pago de ustedes llegó con suma urgencia y no sé qué habría hecho sin él. John se fue tan rápidamente, ya sabe. Parece un milagro que hubiésemos pensado en una póliza de seguros poco antes de que sucediera. Siempre se opuso violentamente a los seguros toda la vida, ya sabe… nunca se me ocurrió pensar en eso hasta ahora, cuando estaba en tan urgente necesidad. Claro que no sabíamos que iba a ser necesario.

—Claro —afirmó Bascomb—. Nuestro examen médico declaró que el señor Davidson gozaba de buena salud cuando se hizo la solicitud; de otro modo, no se habría extendido la póliza.

»Compartimos sus sentimientos de gratitud al ser lo bastante afortunada para tener la póliza vigente en el momento de la enfermedad del señor Davidson. ¿Es verdad que está usted satisfecha con el servicio de nuestra compañía?

—¡Naturalmente que sí!

—Parece extraño que no, hubiesen síntomas más tempranos de la enfermedad de su marido. ¿No había advertido nada antes?

—Nunca. Siempre pareció fuerte y sano; por eso despreciaba a los agentes de seguros, así que… decía que siempre le hacían sentir como si fuese a morirse la próxima semana.

—Pero finalmente cambió de idea. Esa es la cosa que más me interesa, señora Davidson; mire, comprendemos que tenemos un servicio de positivo valor que ofrecer a la gente; pero, a veces, como en el caso de su marido, no tenemos medios de hacérselo comprender a los futuros o posibles asegurados. Así que, naturalmente, nos interesa muchísimo saber qué es lo que finalmente destruyó ese gran prejuicio en nuestra contra. Nos haría un gran favor si pudiese ayudarnos a presentar mejores medios de abordar posibles clientes.

—Entiendo lo que quiere usted decir, pero no sé cómo podría ayudarle. Simplemente pareció la cosa apropiada; tanto John como yo pensamos lo mismo, en idéntico momento. Nos pareció la cosa más natural.

El señor Bascomb sintió, una especie de turbación momentánea. Pareció haber frialdad en el aire que él no había advertido antes. Era como si Sarah estuviese allí, plantada delante suyo…

—¿Así que ustedes sólo sintieron ganas de concertar una póliza de seguros? —preguntó con una voz débil…

La señora Davidson asintió.

—Supongo que eso no sirve de mucha ayuda, ¿verdad? Pero me temo que es lo mejor que puedo hacer. Con toda seguridad ya sabe cómo son esas cosas, ¿no? Se tiene un presentimiento de que algo hay que hacer, sin saber por qué. Así nos pasó a nosotros. Sé que parece una tontería a la mayor parte de la gente, pero creo en los presentimientos… ¿Y usted no, señor Bascomb?

Bascomb experimentó la necesidad de marcharse rápidamente. Asintió y recogió la cartera de la hierba donde la había depositado.

—Sí, claro —dijo, retrocédiendo hacia la calle—. ¡Los presentimientos son valiosísimos, inapreciables… especialmente en asuntos de esta especie!

Condujo su coche dando vuelta a la manzana y se detuvo en el lado opuesto para considerar. Estaba irritado consigo mismo por su reacción ante lo dicho por la señora Davidson. ¿Qué es lo que había esperado? ¿Un profundo autoanálisis de las razones por qué ella, como cliente de New Englad, había escogido esta póliza en particular? ¿O, mejor dicho, por qué lo hizo su marido?

Probablemente sólo conseguiría respuestas parecidas; eso es lo que ocurre cuando uno se enfrenta con individuos. Para eso se inventaron las estadísticas… porque la gente, considerada persona a persona, es inestable e irracional.

Bascomb deseó poder olvidar todo el asunto ahora mismo. Pero le era imposible; su encuentro con la señora Davidson solamente le había convencido de que debía haber una explicación absolutamente justa y estadística para la presentación de demandas de indemnización en pólizas de tan reciente firma. Puso en marcha el coche y condujo hasta la nueva dirección de su lista, a tres manzanas de distancia.

Las cosas parecían mejor aquí; el clientes era un joven médico que acababa de abrir un pequeño consultorio de vecindad. Presentó una demanda por daños y perjuicios cuando un paciente tropezó en la manguera que había colocado junto a la pared.

—Siempre creí necesario verme protegido así —dijo amablemente ante la pregunta de Bascomb. Se llamaba Dr. Rufus Sherridan—. Es la única manera sensible de abordar este asunto.

—Cierto —asintió Bascomb—; es la cosa que llevamos años tratando de meter en la cabeza de la gente. Verse protegidos. Los jurados actúan como si estuviesen locos hoy en día cuando se trata de disponer del dinero de los demás en un juicio por daños y perjuicios.

—En cuanto hacer la solicitud de indemnización a los tres meses de pagar mi primera prima, bueno, para eso están las compañías de seguros, ¿no? —dijo sonriendo el doctor Sherridan—. Jamás fui capaz de comprender cifras y estadísticas de cómo hacen funcionar ustedes estas cosas, pero la idea es extender el riesgo de tan desafortunadas coincidencias, ¿no?

—Eso exactamente —dijo el señor Bascomb—. Bueno, ha sido un placer el conocerle, doctor —extendió la mano—. Espero que siempre encuentre nuestros servicios tan satisfactorios como en esta ocasión.

—Seguro que sí; gracias por su visita —contestó el doctor Sherridan.

Bascomb había esperado establecer contacto con los veintisiete casos de Victorburg en un día; a las cinco, sin embargo, sólo había llegado a su número dieciocho. La mayor parte de estos beneficiarios se mostraron en sus respuestas entre la señora Davison y el doctor Sherridan y Bascomb estaba agotado. Ansiaba ocupar su escritorio y volver a sus cifras, en el mundo en donde sabía por donde iba.

El número dieciocho resultó el peor de todos, una gran cantidad de muescas por debajo de la señora Davidson. Ella sólo quería hablar de una cosa; necesitó casi veinte minutos para llegar a la pregunta crítica.

—¿Que por qué decidimos este momento particular para firmar una póliza con su compañía? —Se llamaba señora Harpersvirg y tenía la costumbre de ponerse en jarras y de mirarle con sus ojos contraídos, la cabeza muy inclinada a un lado—. Sabíamos que íbamos a necesitarla, señor Bascomb, por eso suscribimos la póliza. Oh, ya sé que usted dirá que una persona no puede conocer esas cosas y es cierto para la mayor parte de la gente. Pero una vez se aprende cómo efectuar la adecuada y justa acción en cada circunstancia que se presente, es sólo como respirar una bocanada de aire en verdad fresco por primera vez en tu vida.

Bascomb dejó descansar el peso del cuerpo sobre sus talones mientras ella se le acercaba.

—¿Ha llegado a tal comprensión, señora Harpersvirg? —preguntó con aire tentativo.

—¡Apuesto a que sí! ¡Y cuanto puedo decir es que resulta maravilloso! Ya no es preciso vivir con la nariz metida en el barro, preguntándose a dónde vas y qué te ocurrirá o qué debes hacer. Ya se puede actuar de alguna manera con respecto al porvenir. Claro, yo no lo creí cuando el doctor Magruder dijo que sería así; pero el modo en que me recompensó esa póliza de seguros me convenció para siempre. Me alegro de que viniese, señor Bascomb. Ahora tengo prisa. ¡Ya puede decir a su compañía que estamos muy satisfechos con sus servicios!

Se fue como una centella y dejó al señor Bascomb plantado allí, luchando con su pregunta final: ¿Quién era el doctor Magruder?

Pero evidentemente eso no tenía importancia… con toda probabilidad sería algún medicucho de la familia que residiría en la vecindad. Bascomb dio media vuelta y casi huyó hacia el santuario de su coche, la señora Harpersvirg era la gota final que colmaba el vaso en un día que habría agotado al mejor de los hombres.

Y luego, en algún lugar a lo largo de los cien kilómetros de conducción de regreso a casa, el asunto cayó sobre Bascomb como un golpe de conejo dado en un callejón oscuro. El factor común.

En estadística uno busca el factor común con el fin de agrupar partidas en una sola categoría de otro modo desemejantes. Y el factor común aquí era que cada uno de los beneficiarios que entrevistó pretendía haber adquirido su póliza en New England por causa de un presentimiento… de una intuición. Desde la señora Haspersvirg hasta el doctor Sherridan… bueno, quizás el doctor fuese una excepción, pero, con toda seguridad, ninguno de los demás lo era.

No fue convicción hecha casi a la fuerza por un agente de seguros; se vieron atraídos por más que algún interés incitante hecho por la literatura o los anuncios dé la compañía. Firmaron simplemente porque sentían que era lo que debían hacer; casi cada uno de ellos utilizó aquellas mismas exactas palabras.

Intuición… un factor de azar que ordinariamente no causaba impresión en los análisis estadísticos.

¡Pero esas personas lo hacían importante!

Bascomb disminuyó la marcha del coche ante el impacto de ese pensamiento. Finalmente se detuvo en la cuneta para repasar sus notas de las entrevistas. Las malditas palabras se repetían en todas las variaciones posibles, pero allí estaban: «Nos imaginamos que había llegado el momento de concertar algún seguro».

«Es difícil decir… me imagino que nos impresionó el riesgo que podíamos correr cuando lo hicimos, cuando firmamos la póliza».

«No lo sé. Me pareció la cosa que necesitábamos en cuanto me enteré de que su compañía inauguraba aquí una oficina».

Bascomb cerró la agenda tembloroso y reanudó la conducción… despacio. Se sentía tentado a saltar a conclusiones en una cosa así, pero esa precipitación era inadecuada para cualquier persona de su aspecto científico. Carecía de bases para asignar una correlación positiva entre las reclamaciones sobre pólizas efectuadas en breve espacio de tiempo y la firma intuitiva hecha por los beneficiarios. Esa era la clase de cosas en la que un hombre podía tropezar malamente; y ciertamente él no iba a caer en una trampa de esta categoría, se dijo Bascomb. Era una coincidencia interesante, pero pura coincidencia y nada más… una casualidad rotunda y estadísticamente comprensible aparecería a su debido tiempo.

Con ese pensamiento consolador, Bascomb completó el resto del viaje y llegó a su casa.

Sarah le estaba esperando ansiosa, la hora de la cena trastornada, por la inseguridad de la llegad del marido. Preguntó de inmediato:

—Cuéntamelo todo, Charles.

Pensó que podría efectuar una narración a la ligera. De ningún modo sentía ganas de describir a su esposa los agotadores detalles de las entrevistas. Pero al cabo de un par de horas después de cenar, ella le había sonsacado todo… tras un adecuado interrogatorio, que era una de las habilidades en las que la mujer resultaba excelente.

Incluso llegó hasta el doctor Magruder.

—¿Quieres decir que te marchaste sin siquiera preguntar quién es ese médico? —preguntó Sarah.

—Eso no tenía importancia —contestó Bascomb, irritado ahora por aquel estrecho examen—. Además, ya me había cerrado la puerta ante mis narices.

—Debiste haber investigado sobre ese individuo —dijo Sarah, mirando pensativa por encima de su hombro izquierdo—. Presiento que hay algo importante en él. Magruder… me parece que he oído su nombre en alguna parte. Doctor Magruder…

Fue a por el periódico al otro lado de la sala de estar y volvió, abriéndolo por su centro.

—¡Aquí! —exclamó—. Ya me parecía recordar.

Bascomb se quedó mirando al gran anuncio a dos columnas que señalaba su esposa con la uña lacada en rojo fuego.

«¿Es usted un vegetal vivo… o vive en realidad?», preguntaba. «Sino está usted satisfecho con la vida, deje que el doctor J. Coleman Magruder le muestre el modo de conseguir mejor salud, vitalidad y felicidad. Una semivida no es mejor que estar muerto. Oiga al doctor Magruder el miércoles por la noche, a las 8…».

—Yo creo que eso indica la importancia del doctor Magruder —murmuró el señor Bascomb con una ligera sensación de triunfo.

Sarah Bascomb parecía pensativa mirando el anuncio durante largo rato, luego cerró el periódico lentamente.

—No opino así —dijo por último—. Apuesto a que si hubieses sonsacado a una de esas personas con quienes hablaste hoy, encontrarías que han seguido el curso del doctor Magruder.

—¡Paparruchas! —exclamó Bascomb, con más viveza de lo que pretendía—. ¡Eso es ridículo! ¿Qué base tienes tú para sugerir tal coincidencia?

—No es coincidencia, querido; estoy segura de que es así. Lo que dijo la señora Harpersvirg lo demuestra…

—¡Eso no demuestra nada! Sólo porque una mujer chiflada dijo de Magruder… ¿Qué diablos me dijo? Ya se me ha olvidado, pero no obstante no demuestra que todas esas personas siguieran el curso de un charlatán de esa índole.

—Pregúntaselo —sugirió Sarah.

Dejó al doctor Sherridan para el último. Después de todo el resto había confirmado la hipótesis de Sarah y Bascomb luchaba contra el último detalle, la perspectiva final. Era absurdo en extremo suponer incluso que el doctor Sherridan hubiese asistido a las conferencias de un charlatán como Magruder.

Pero necesitaba saberlo.

El doctor Sherridan sonrió amablemente y agitó la mano con

desánimo ante cualquier significado que le relacionase con el doctor Magruder.

—Fui más que nada para reírme —dijo—. Ya sabe cómo van esas cosas. Uno trabaja duro todo el día, sin mucho alivio de la presión constante y a veces se decide a divertirse un poquito. Se acude a esas sesiones solamente en plan de diversión y resulta que después uno sale de ellas la mar de animado; eso es lo que ocurre con el asunto Magruder.

—¿Verdad que, claro, es un falsario absoluto, un charlatán?

—Oh, naturalmente, pero yo seguí adelante con toda la sesión. Incluso tomé sus comprimidos después de que los hice analizar y descubrí que eran simples vitaminas con un excipiente inofensivo. Con poca cantidad de vitaminas, claro.

—¿Da comprimidos?

—Sí. Diversos colores para distintos días de la semana.

—¿Y cómo llegó usted a… ejem, a relacionarse en primer lugar con Magruder?

—Hallé que mis pacientes no dejaban de hablar de él. Vino aquí a dar conferencias y conquistó a la mayor parte de las mujeres de más de veinticinco años… tiene buen estilo y modales agradables… pero es que también conquistó a la mitad de los hombres neuróticos. Mucha gente. Así que fui a la primera conferencia de su seguida serie para ver qué pasaba. Así es como entré en contacto con él; en total fue bastante divertido.

—Comprendo. Bueno, era simple curiosidad. Mi mujer empieza a interesarse y yo me pregunté si podría ser algo de interés para la policía. Gracias por perder el tiempo conmigo.

—De nada. Usted debería también asistir a las conferencias, si es que tiene necesidad de reírse.

Antes de volver a Landbridge, Bascomb efectuó una investigación. No quería que Sarah fuese la primera en sugerírselo. Y tuvo razón; el doctor Magruder también había estado en Topworth y Burraston y en las otras cuatro ciudades que mostraban anomalías en el vencimiento o reclamación de pólizas.

Confesó este informe adicional en cuanto entró en casa aquella noche, con orden de parar los pies a Sarah. Debió haber sido más prudente.

—Oh, te lo pude haber dicho anoche puesto que presentí que

Magruder había estado en todas aquellas ciudades; pero me imaginé que dirías que era una tontería. De cualquier forma, me alegro de que lo descubrieses. He reservado un par de asientos para los dos en su curso completo, que empieza esta noche. Tendremos que darnos prisa, si tenemos que cenar y hacer todo lo demás antes de marcharnos.

Él trató de aposentar sus sentimientos mientras se plantaba ante el espejo más tarde en su dormitorio, intentando hacerse el nudo de la corbata. Sólo dos días atrás Hadley le mostró un problema inocente concerniente a anomalías en las indemnizaciones de ciertas pólizas. Esta noche, como resultado directo, tenía reservado asiento para oír a un charlatán curandero y asistir a un curso de desarrollo. Una especie de niebla pareció desarrollarse en su mente cuando Bascomb trató de seguir el rastro a los pasos intermedios en esta relación de causa y afecto. De ninguna manera tenía sentido.

No logró estar convencido de por qué no se puso firme y declaró que todo el asunto era ridículo, como en realidad lo parecía, y se negó a ir.

Le pareció como si le arrastrasen a una corriente rápida de la que no tenía energías para salir. Pero eso también era ridículo; no había nada en todo aquel asunto que no fuese ridículo.

Excepto el frío hecho ineludible de que docenas de personas habían adquirido pólizas de New England y presentaron reclamaciones de indemnización un mes o dos más tarde.

Charles Bascomb tuvo una sensación de frío presentimiento cuando se miraba ahora en el espejo.

III

El doctor había alquilado la más lujosa sala de reuniones en el mejor hotel de la ciudad y el local estaba lleno hasta los límites de las cortinas de terciopelo gris que cubrían sus paredes. No hubieran tenido asiento de no haber insistido Sarah en que se diesen prisa.

Charles Bascomb paseó la vista a su alrededor mientras se sentaba, fijándose en la multitud que se había reunido para oír a Magruder. Eran fácilmente clasificables: el noventa por cien cargados con enfermedades psicosomáticas que ya florecían en dificultades de su corazón, en cáncer, artritis y diabetes, por lo menos en dos terceras partes de este total. Este año venían a escuchar a Magruder. El año pasado fue Hongris, o algo por el estilo, procedente de la India; el antepasado, a la flor y nata de los charlatanes ambulantes; el año que viene a cualquier otro individuo de esta categoría. Siempre la misma multitud, menos los que morían en el lapso de tiempo de un año a otro, pero aumentado por los recién llegados de la misma índole…

Bascomb sintió lástima por ellos; deseó habérselos llevado a su oficina y mostrarles las estadísticas. Estaba allí el historial de lo que ocurriría a tal grupo… y todos los Magruder, Hongris e individuos de la misma calaña no podrían cambiarlo.

¿Pero por qué estaba él aquí… cuando tenía que analizar anomalías en las indemnizaciones de sus pólizas? Una fuerte salva de aplausos indicó que el espectáculo estaba a punto de comenzar. Alguien se había levantado del estrado y alzaba un brazo reclamando la atención. Al principio Bascomb pensó que sería Magruder… pero resultó ser el propietario del almacén farmacéutico local, que patrocinaba el curso y que estaba a punto de presentar a su conferenciante estrella.

Empleó bastante rato pero por último Magruder apareció en escena. Esto fue una sorpresa. Bascomb se esperaba a un individuo de desarrollado pecho y grandes músculos, de la clase que ordinariamente se fotografía en el medio ambiente de la alta sociedad, con los brazos rodeando descuidadamente a un par de celebridades de la pantalla.

En su lugar, el doctor Magruder era un tipo bastante singular, encorvado, pequeño, algo más de cincuentón. Miraba miope a su público con sus grandes gafas y comenzó a hablar con tonos chirriantes que molestaba a los oídos.

Bascomb prestó atención. Esto era decididamente distinto al espectáculo que se esperaba. Había algo claramente inadecuado en Magruder; no era el tipo capaz de organizar un espectáculo de esta clase, decidió Bascomb, sintiéndose más predispuesto a escuchar.

Mejor hubiese estado si no lo hubiese hecho, decidió al cabo de una hora. Con ayuda de una increíble pseudobioquímica y grandes diagramas que no se parecían en absoluto a ninguna estructura del cuerpo humano, el doctor Magruder se ayudó en su conferencia. Habló de «vibraciones corporales», del «torrente etéreo», del «aura de presciencia» y de una docena de frases estereotipadas e insensatas. Habló de afinidades correlativas, que sus pildoritas o comprimidos de colores garantizaban organizar dentro del cuerpo y de la «mono regresión cósmica» que con su juego de setenta y cinco ejercicios especiales físicos y mentales lograrían con toda seguridad.

Era pura paparrucha, pero el público se lo tragó.

Incluyendo a Sarah.

Parecía radiante y feliz mientras recibió sus ejemplares de los primeros seis ejercicios fabulosos y dosis para una semana de comprimidos con todos los colores del arco iris.

—¡Espero que no vas a tomarte esas cosas! —susurró Bascomb.

—Pues claro que sí y tú también. ¿No te parece maravilloso que el doctor hay descubierto estos detalles sobre los seres humanos, que la gente trataba de averiguar desde hace tantísimo tiempo?

—Mira, querida…

—¿No notas el simple poder de lo que dice el doctor Magruder? ¿No te das cuenta que tiene razón?

Bascomb renunció y se llevó los libros de ejercicios y las cajas de comprimidos de colores hasta el coche, mientras se separaron de la

multitud que abandonaba la sala de conferencias.

Siguiendo el consejo de Sarah tomó una píldora roja y otra verde antes de irse a la cama.

Estas reclamaciones no constituían los primeros asuntos de interés que el joven Hadley había traído a la atención de Bascomb. Porque esperaba ascender alto y pronto en la empresa, Hadley hizo un estudio exhaustivo de sus asociados y superiores. Habría sorprendido a Bascomb saber lo lleno que estaba el archivo que Hadley conservaba en su casa y que describía las excentricidades de Bascomb y sus manías tal y como Hadley las veía.

Así, según la política que adoptó hacia Bascomb, Hadley le abordó a la mañana siguiente, a cosa de las diez —cuando la gran cantidad de correo matutino había sido despachada— con una noticia en mano.

—Aquí hay algo curioso —dijo mostrando un recorte de periódico—. Me preguntaba si lo ha visto usted en el periódico de esta mañana.

Lo puso sobre el escritorio y Bascomb frunció el ceño sin decir palabra. La fría recepción produjo a Hadley un principio de miedo de poder haber juzgado mal el interés de Bascomb en las anomalías, después de todo.

—Por lo menos no podemos echar la culpa a Magruder de eso —gruñó Bascomb de manera desagradable.

—¿A quién, señor? —preguntó Hadley de manera educada.

—Magruder. Oh, infiernos… me había olvidado que usted no sabía nada de él. Olvídelo. Gracias por el recorte.

Se volvió a su trabajo, pero Hadley permaneció dudoso junto al escritorio todavía.

—¿Acaso… pudo descubrir algo de las anomalías en las reclamaciones que mencioné el otro día?

—¡No, nada! —repuso irritado Bascomb. Hadley se marchó a escape.

Bascomb olvidó el recorte hasta que volvió a este lado del escritorio quince minutos más tarde; sus ojos se fijaron en él y lo leyó una vez más.

Era un asunto de un cuarto de columna sobre una ciudad pequeña en Minessota que finalmente decidió que la televisión era una amenaza para sus hijos y su cultura. En una brillante tarde de

sábado primaveral, los ciudadanos llevaron sus aparatos a la plaza del pueblo. Allí, entre un medio ambiente de pollos fritos, palomitas de maíz, caramelos, etc., más propio de una feria, celebraron diferentes certámenes adecuados a distintas edades. Estos certámenes consistían en lanzar piedras contra las pantallas de veintiuna pulgadas desde diversas distancias.

Luego amontonaron los aparatos y les prendieron fuego. Se informaba que subsiguientemente hubo una reunión en la biblioteca local y que las discusiones y los grupos de música de cámara se extendieran por toda la ciudad creciendo como setas en otoño, aumentando también la demanda de libros.

Bascomb sonrió malicioso para sí. Eso era —¡literalmente!— tomar al toro por los cuernos. Esperó que indicase una tendencia.

Pero su mente estadística regresó al elemento esencial en la historia, el elemento que había impulsado a Hadley a intervenir: la anomalía. Cuando indecibles centenares de millares de otras comunidades por todo el país oscurecían sus salas de estar a la puesta del sol para arracimarse ante el hipnótico fulgor de los televisores hasta la hora de acostarse, ¿por qué aquel pueblecito de Myersville se levantaba sobre sus cuartos traseros y demostraba la independencia con respecto a las costumbres nacionales?

Bascomb ignoraba la razón y estaba del todo seguro de que jamás la encontraría. Tenía las manos muy ocupadas en el doctor Magruder para pensar incluso en seguir el rastro de un remoto incidente como el de Myersville. Pero, se repitió ferviente para sí, esperaba que fuese indicador de una tendencia.

Había llegado a punto muerto en sus intentos de analizar las anomalías sobre las reclamaciones de las pólizas de seguros de manera científica, según los principios de las estadísticas; necesitaba más datos. Y mientras le parecía ridículo esperar para eso que se los proporcionase el doctor Magruder, Bascomb no obstante había decidido que no podía hacer otra cosa, Sabía que era imposible que hubiese relación, pero es que en la búsqueda de datos no era capaz de imaginarse otro lugar hacia el que dirigir sus miradas.

Terminó un poco antes para tomar el almuerzo. Tenía una cita con un antiguo compañero de colegio, Mark Sloane, que llevaba semanas sugiriendo que se reuniesen cuando estuviera en la ciudad.

Telefoneó durante la mañana para anunciar que hoy era el día adecuado.

Bascomb había sido íntimo amigo de Sloane antaño y era agradable volverle a ver… aunque Sloane se había sometido en publicidad y era ahora presidente de su propia firma floreciente. Eso significaba que hablarían de anuncios cuando se reuniesen para almorzar.

Sloane saludó a Bascomb con afabilidad, pero faltaba algo en su expresión que Bascomb detectó de inmediato. Eligieron una mesa y Bascomb miró a su amigo con aire crítico mientras les traían lo que habían encargado.

—Tienes aspecto de haber hecho esta vez un viaje pesado —dijo.

—¡Si supieses! —Sloane abanicó el aire en un gesto burlón de desesperación—. Voy a decírtelo… quizá puedas ayudarme también. Parece que un estadístico podría diagnosticar el mal del cadáver antes que ninguna otra persona.

Lanzó sus dificultades después de que les trajesen la comida.

—Hemos pasado dos meses enteros preparando esta campaña —dijo—; planeamos ensayarla en media docena de ciudades de la costa del Pacífico y luego extenderla en plan nacional. Hemos invertido todo cuanto teníamos… todo lo que hemos aprendido en quince años de fomentar cereales para el desayuno y bloques de cemento. Todo se estropeó, quedó completamente anulado. La gente pasó por delante de los puestos de exhibición en los supermercados como si éstos no existiesen.

—Todo es cuestión de comercio. En América, cualquiera puede vender jabón, pero Sloane y Franklin no han podido impulsar la venta de Singing Suds. A menos que hagamos algo rápido para demostrar que no es una costumbre, las otras compañías de jabón serán las únicas que sigan triunfando.

»Nos tiene asustados, Charles; no me importa reconocerlo. Hicimos todo bien y fue un fracaso.

¿Te parece que podrías ayudarnos averiguar el porqué?

Bascomb se arrellanó pensativo. Jamás había simpatizado particularmente con el género de trabajo de Sloane, pero comprendía lo que significaba para un hombre recibir un grave fracaso comercial como este.

—Personalmente no puedo hacerlo, Mark, pero creo que alguien

en mi campo podría probablemente servirte de algún bien. Hay bastantes buenos individuos en la costa del este; te daré los nombres de dos o tres, si quieres.

—Ojalá lo hagas —dijo con tristeza Sloane—. Lo peor no es que la gente se limite a ignorar nuestra campaña por completo, sino el hecho de que compren en masa cantidades de un producto completamente desconocido llamado
Dud's
Suds. Hemos tratado de averiguar si el nombre tiene algo que ver, pero nada hemos conseguido.

»Dud's Suds, según averiguamos, es una empresa local y no ha gastado ni un céntimo en publicidad durante años. Solía venderse en las tiendecitas pequeñas; en las pasadas semanas ha llegado hasta los supermercados… pasando las estanterías de exposición ostentosas como las de Singing Suds… Está envuelto en un azul repulsivo, una caja cuadrada que cualquier experto en embalajes te diría que sería invendible ni aún fomentando la venta durante un millón de años. Por eso nos hemos asustado más que por ninguna otra cosa… el hecho es que nos es imposible competir con tal producto. ¡Hemos debido cometer algún terrible error!

—Visita a estos hombres —sugirió Bascomb, entregándole un pedazo de papel con un par de direcciones—. Ambos tienen organizaciones de consulta al mismo tiempo que poseen servicios estadísticos. Que hagan una prueba. Hay una cosa que me ha estado preocupando desde que mencionaste esto por primera vez: ¿Cuál es el mejor de los dos jabones… Singing Suds o
Dud's
Suds?

Sloane movió sus manos con desesperación.

—El jabón de la competencia es mejor… ¿pero qué tiene que ver eso?

Durante otras épocas de su vida, Charles Bascomb sintió de esta manera y no le gustó en absoluto. Era una sensación vaga e indefinible de que las cosas caían sobre él de manera abrumadora y que se encontraba impotente para evitarlo.

Lo peor era ignorar por le caían las cosas como si fuese una nevada que le sepultaría. Tenía frescas en su cerebro las irritaciones de los pasados días: las indemnizaciones por pólizas concertadas

poco tiempo atrás; estaba también el inquietante recorte de periódico que Hadley le enseñó, sumándose a la historia de Sloane y su campaña publicitaria fracasada. Pero había algo más allá de estos detalles… sin embargo y relacionado con todos y cada uno de ellos y no sabía lo que era. Desde el punto de vista nacional, era imposible que hubiese relación entre los acontecimientos; sin embargo, algo le hurgaba débilmente en su mente sugiriéndole lo contrario.

Se mostró más quisquilloso en el despacho y Sarah advirtió los síntomas y guardó silencio en casa. Sabía que algo molestaba a Charles y que era algo grande.

Con este humor fue con Sarah a la segunda conferencia del doctor Magruder el sábado por la noche. Con más atención que antes, escuchó la voz desagradable del doctor. Y más que nunca quedó convencido de que había algo básicamente equívoco en el espectáculo de Magruder. El quid estaba en que Magruder no tenía las características necesarias para sostener el hechizo que mantenía sobre sus oyentes. A su edad, si llevaba en el oficio largo tiempo, debería tener unos modales suaves y fluidos y un sistema capaz de vender a un pez impermeables de platico.

En su lugar, Magruder se atosigaba… a veces casi penosamente… tenía una voz aguda e insufrible. Hacía frecuentes pausas, inseguro de cómo continuar con el grupo que tenía ante sí. No se encontraba cómodo en lo que hacía. Actuaba más como un profesor universitario apunto de la jubilación.

Profesor universitario.

Un pequeño escalofrío se inició en la nuca de Bascomb y ascendió lentamente hasta la base de su cráneo. No había la menor duda. Sólo había un lugar en donde Magruder pudo aprender una jerigonza como aquella: en el escenario de conferencias de alguna universidad.

Permaneció sentado durante el resto del discurso, felicitándose alternativamente por su astucia al poder ver a través de la decepción de Magruder y recriminándose por ser tan impulsivo. Ningún profesor con respeto para sí mismo hubiese recurrido a la jerga que empleaba aquel conferenciante.

Al final del período hubo coloquio. Matronas bien vestidas alzaron las manos indicando que tenía una pregunta y la hicieron

poco más o menos como las siguientes: «¿Si las vibraciones corpóreas de uno están desfasadas con el torrente etéreo, se las puede enderezar simplemente utilizando el ejercicio cuatro… o se debe fiar en la medicación para que se cumpla este efecto?».

Magruder pareció complacido, como si las damas estuviesen realmente captando su mensaje.

Luego, tras una docena de preguntas similares, Bascomb se puso en pie.

—Me gustaría preguntar —dijo despacio—, ¿cómo la reorganización de las vibraciones corporales de uno propio afecta su necesidad de seguro de vida… o de cualquier otra clase?

Hubo un pequeño seseo a su espalda, como si materias tan prosaicas estuviesen por debajo de la consideración con respeto a las vibraciones corpóreas. Pero en Magruder apareció una súbita y mortal calma. Luego se quitó las gafas, las limpió con cuidado y miró a Bascomb como si quisiese grabar su figura indeleblemente en su recuerdo.

—Su pregunta resulta algo avanzada para nuestra discusión actual —respondió Magruder por último con tonos precisos—; pero, para su información, puedo decir que el seguro es una forma excelente de compra cuando uno tiene necesidad de él. De otro modo, es desperdiciar el dinero.

Bascomb asintió profundamente, indicando su acuerdo.

—Sí, opino lo mismo —dijo—. Tengo otra pregunta: ¿diría usted que con las vibraciones corporales adecuadamente puestas en fase sería perder demasiado tiempo mirar la televisión?

De nuevo Magruder repitió el gesto de limpiarse las gafas y de mirar con fijeza a Bascomb.

—Su pregunta es casi irrelevante —dijo—. Pero no del todo. Como la mayor parte de los instrumentos de la comunicación en masa, la televisión encuentra al hombre en la asombrosa posición de tener vastos recursos para intercambio de inteligencias, pero sin inteligencia que intercambiar. Hasta que esta situación quede corregida yo diría que la respuesta a su pregunta es no.

—Una más —continuó Bascomb—. ¿Diría usted que una persona ideal, en el caso de la correlación de las vibraciones corpóreas no se doblegaría al impulso ordinario de la publicidad?

—La misma respuesta a su pregunta anterior —contestó

Magruder—, y esencialmente por el mismo motivo. Ahora, sí podemos continuar…

El lunes, sin decírselo a nadie —ni siquiera a Sarah— Bascomb contrató a una empresa de detectives particulares. A las veinticuatro horas tenía la información que buscaba. Magruder era en realidad un falsario; en la actualidad era el profesor Emérito Magruder de la Universidad de Bay City, una pequeña institución al sur de California. Había dirigido allí el departamento de psicología y se retiró hace dos años alrededor de sesenta y cinco.

Bascomb recibió la información por teléfono y prometió enviar un cheque a la casa de investigadores pagando sus servicios. Colgó, sin darse cuenta de que así lo hacía y continuó contemplando los hechos que había escrito en un papel. Un desfile de pesadilla parecía reunirse en las profundidades de su mente y ya comenzaba su marcha a lo largo de los canales de su cortex.

«Pero John y yo comprendimos que era el momento de suscribir una póliza… uno nunca sabe cuándo puede necesitarla».

¡Pero ellos lo sabían!

«Hay algo en esto que podía significar muchísimo para nuestro futuro, Charles». Esa era Sarah. ¿Acaso tenía algún indicio de cuanto podría significar?

«Se indica que Donny Tompkins ganó la competición de tiro con honda entre los niños de doce años al meter una piedra por el centro de una pantalla de televisión a una distancia de ciento diez metros».

«Nos tiene asustados, Charles… el jabón de la competencia es mejor, ¿pero eso qué tiene que ver?».

¿Cuántos más? ¿Cuántos más… en un país tan grande como los Estados Unidos? Quizá sólo se tropezase con un retazo de la anomalía. ¿Qué encontraría si en realidad buscaba…?

Se puso el sombrero y fue a por un taxi para que le llevase al hotel de Magruder.

IV

El profesor recibió a Charles Bascomb en la puerta, tendiéndole la mano. Con la otra dejó caer el cigarrillo en el cenicero.

—Me alegro que viniese por fin —dijo Magruder—. Ayer le esperé todo el día; comenzaba a temer que me estaba anticipando demasiado.

—Me ha costado mucho seguirle el rastro —contestó Bascomb. Se detuvo en la habitación moderadamente desaliñada con su espesa atmósfera de humo de tabaco. Abrió la ventana y miró afuera.

Por último, se volvió.

—Sé quién es usted, pero eso es todo. Sé que hace algo con referencia a las compañías de seguros, pero no sé cómo. No se sorprendió por mis preguntas acerca de la televisión y de la publicidad, así que debo presumir que usted sabe a lo que me refería. Siento escalofríos cada vez que pienso en lo que ignoro de usted.

«No creo en nada, claro; es demasiado fantástico para ser cierto. Pero aquí estoy. Y usted me esperaba. Ahora le toca a usted el turno de hablar, profesor».

Magruder sonrió y se instaló en una silla frente a Bascomb.

—Es usted un hombre torpe, para ser estadístico —dijo—. Encuentro que las inseguridades de su profesión de ordinario se extienden hasta su habla común.

Bascomb le miró sin responder. Magruder parecía estar meditando ahora sobre algo visto por las ventanas… pero se encontraban en el piso décimo y más allá sólo se podía ver el cielo.

No cambió el enfoque de sus ojos cuando dijo:

—Los seguros son en la actualidad el negocio más reprensible,

¿no es verdad, señor Bascomb?

Bascomb decidió no morder el anzuelo.

—Ganar dinero acerca de la certidumbre de la muerte de la gente o de su desgracia… un negocio fantasmal. Pero entonces, puesto que su propia profesión ayuda a este tráfico con la miseria, supongo que le resulta difícil comprenderlo. ¿Me permite preguntarle, señor Bascomb, cuántas cápsulas ha tomado usted y cuántas horas de ejercicios ha efectuado?

Bascomb se agitó con vigor por primera vez.

—¡Eso son paparruchas! Vamos, profesor, cuénteme la historia verdadera de lo que trata de hacer. Yo no soy una de esas viejas y gordas matronas que constituyen su público habitual, recuérdelo.

—Pero esta vez la historia es sincera —dijo Magruder— porque tengo algo que disfrazo con un poco de charlatanería, ¿supone usted que todo el asunto es un truco?

—Eso es lo que intento averiguar. Cuanto he oído hasta ahora en sus conferencias no es más que una soberana tontería… y, claro, unos cuantos comprimidos pobres en vitaminas que usted receta carecen de importancia.

—Ahí es donde se equivoca —dijo Magruder—. Le ruego que responda a mi pregunta, por favor.

—¡Oh, he tomado sus malditos comprimidos! —contestó irritado Bascomb—. He tenido que hacerlo, para mantener la paz en el hogar; ha embaucado usted por completo a mi esposa con sus palabras arteras. También he realizado sus ejercicios. Insiste en que lo haga cada tarde.

—Bien. Quizás entonces puede usted comprender algo de lo que tengo que decir… aunque quizá sea un poco pronto para que lo entienda por completo.

«¿Se puede imaginar lo que sería vivir en un mundo, señor Bascomb, en donde no fuesen necesarias las compañías de seguros?».

«Seguro que no; es ridículo incluso de imaginarlo. El negocio de seguros satisface una rotunda necesidad social al extender los riesgos de la vida moderna. Destruir el negocio de seguros sería hacer una vez más que el individuo fuese presa de todas las fuerzas imprevistas e incontrolables de la naturaleza y de nuestra civilización compleja, de las que ahora se encuentra protegido».

Magruder volvió a mirar por la ventana, como si hubiese casi olvidado a su visitante. Luego dijo por fin:

—¿No le parece curioso que un hombre moderno, con todos sus logros tremendamente tecnológicos, siga necesitando tanto la protección de esas fuerzas?

—No —contestó Bascomb—; la biología nos enseña que el hombre se ha visto obligado a desarrollar protecciones auxiliares por causa de su inherente debilidad física. Eso es lo que le hace grande; de la debilidad ha sacado su fuerza.

—¿Y qué base hay para tan presuntuosa asunción? —Magruder mostró colérica excitación por primera vez—. ¿Cómo podría el hombre haber llegado a la cumbre de la escala evolucionaría si abandonaba sus sistemas protectores naturales y físicos, uno a uno, mientras se desarrollaba? ¿Puede pensar en una hipótesis más absurda que ésta? ¿No seria mejor que él hubiese acumulado instrumentos de supervivencia en lugar de abandonarlos?

—Lo hizo —repuso Bascomb—. Su cerebro… lo que le permite imaginar medios de protección y desarrollo según sus necesidades.

—¡Y supongo que eso es un progreso! Un aparato que permite obtener, con metal en bruto y cristal, los instrumentos que otras especies poseen ya desde hace cincuenta o cien millones de años. Los vencejos, sin equivocar el rumbo a seguir para evitar una tempestad inminente, cuando dejan a sus crías temporalmente abandonadas, entran en hibernación cuando se ven sorprendidos por la tormenta. Pero los seres humanos ignoran todavía el modo en que eludir un huracán y los que se ven pillados por él, mueren.

«Durante cincuenta millones de años, los murciélagos navegan por sonar. Un pez anguila del Nilo utiliza un verdadero radar electromagnético. Pero el hombre acaba ahora de doblar la esquina y tiene ya torpes duplicados de estos dispositivos. Los pájaros y los animales utilizan la polarización de la luz del día para determinar dirección y tiempo. El hombre todavía no ha conseguido un dispositivo realmente práctico para repetir esta hazaña».

«La habilidad de volver a su casa de las especies inferiores resulta tradicional. Empleamos como insulto la frase “sesos de pájaro…” pero se necesitan unas cuantas toneladas de hierro y cristal para acercarse un poco a un duplicado de las funciones del cerebro de un pájaro, que pesa unas dos o tres onzas».

—¿Entonces sugiere usted que el hombre debería dar un paso hacia atrás y recoger algunas de las habilidades de sus distantes antecesores? —preguntó Bascomb con una sonrisa superior.

—¿Es que es digno de orgullo el que el hombre le falten las habilidades de las especies inferiores? —contrapreguntó Magruder —. En verdad, no se han perdido, el hombre no tiene que volver atrás. Lo que sugiero es poner de nuevo en juego esas capacidades que… que él tiene, para que en verdad permanezca bien en lo alto de la escala de la evolución.

«La capacidad de orientación del hombre es superior a la de la paloma mensajera o del elefante, el pez o el murciélago, que la tienen en abundancia. Su sentido natural del radar excede al del pez del Nilo; su sonar es mejor que el que se encuentra en murciélagos y ratas. Y su presciencia del desastre supera muchísimo a la del vencejo».

—¿Quiere usted decir que todos estos mecanismos, no usados, existen dentro de la estructura de nuestros cuerpos?

Magruder sacudió la cabeza.

—No. Los mecanismos que vemos en las especies inferiores son torpes modelos experimentales. En el hombre, la naturaleza ha instalado el modelo final de la reproducción que incorpora todos los grandes éxitos, sin sus fallas, como creo que diría un ingeniero.

«Este último modelo producido recibe el nombre de “intuición”».

Bascomb se atragantó; durante un momento sintió ganas de carcajearse. Tuvo una relampagueante visión de Sarah ante él… los brazos en jarras y apretando los labios mientras exclamaba: «¡No me importa lo que dices, Charles Bascomb, sé lo que está bien y del modo en que tiene que suceder!».

No importaba lo que fuera. Los presentimientos de Sarah podían aplicarse a cualquier cosa.

Y, luego, Bascomb tuvo también la imagen mental de la señora Davidson, de la señora Harpersvirg y del doctor Sherridan.

Se permitió sólo una débil sonrisa cuando respondió por último:

—¿Entonces cree usted que ha dominado la capacidad del hombre para hacer cosas mediante intuición y presentimiento?

—Irrazonable, ¿verdad? —dijo Magruder—. Sin embargo, ayuda un poco si se emplea la adecuada terminología La intuición es una facultad definida y precisa del organismo humano; de acuerdo con

la evolución, ocupa la cumbre de todas aquellas facultades de las que hemos estado hablando en especies inferiores. Las suplanta a todas y va más allá de lo que cualquiera de ellas puede realizar. Y los seres humanos la poseen. Todos.

—Esa es una gran sarta de afirmaciones insustanciales.

Magruder alzó las cejas.

—Pensé haberle dado pruebas bastante notables en su propio campo de trabajo. ¿Quiere usted más? Muy bien, le daré los nombres de incluso una docena de personas en Wallsenburg, donde terminé una serie de conferencias el mes pasado.

Todos contratarán pólizas… no necesariamente con su compañía… y pedirán indemnizaciones dentro de un mes. Los localizará, si investiga; ¿quiere que le de más pruebas?

Bascomb se agitó incómodo.

—Digamos, de momento, que acepto su tesis. ¿Por qué, entonces, esta intuición… particularmente entre las hembras… se convierte en cosa de broma? ¿Por qué los hombres, por regla general, jamás han sido capaces de fiarse en la intuición que se supone que poseen? ¿Cómo es usted capaz de hacer que tal facultad sea utilizable? Seguro que esos comprimidos de colores y las tonterías de que usted habla en las conferencias…

—¿Han visto usted alguna vez leer a una persona moviendo los labios, formando cada palabra? —preguntó Magruder—. Es algo irritante, ¿verdad? Uno desea decirle que deje de mover los labios… que se puede leer diez veces más de prisa si lo hace de manera adecuada.

«Los hombres no siempre utilizan el máximo la capacidad que poseen; la respuesta a su pregunta es tan sencilla como lo que acabo de decir. Los hombres decidieron hace mucho tiempo no utilizar los poderes intuitivos y emplear alguna otra cosa».

—¿Qué otra cosa? —preguntó Bascomb.

—La estadística —respondió Magruder.

Bascomb notó una cálida cólera creciendo en su interior. Eso era lo que se podía esperar, supuso, de un profesor derrotado, convertido en charlatán Olvidó de momento sus recientes entrevistas.

—No veo necesidad de atacar los principios estadísticos —dijo —. La estadística permite efectuar predicciones que de otro modo

serían imposibles.

—Predicciones sobre un grupo —aclaró Magruder—; no sobre individuos. Considere su propio negocio. Las leyes estadísticas permiten funcionar a las compañías de seguros y consiguen beneficios para sus accionistas. ¿Pero en qué benefician las estadísticas al asegurado? ¡En ninguna maldita cosa!

«Piénselo; ustedes no trabajan para el asegurado. Él está absolutamente indefenso contra cualquier otra afirmación que sus estadísticos indiquen como legítima para luchar en su contra. El individuo no consiguió absolutamente nada del trabajo de ustedes. El grupo… los accionistas de la compañía… son los únicos que se benefician».

—¡Jamás en mi vida oí nada tan ridículo! —Exclamó Bascomb, acalorado.

—¿No? —Magruder elaboró una suave sonrisa—. Entonces consideremos la situación alternativa… aquella en que el asegurado se encuentra en una base de igualdad, por así decirlo, con la compañía.

«Supongamos que es capaz de discernir… como lo pueden hacer unas cuantas personas a las que usted ha conocido recientemente… la necesidad precisa del seguro por algo que está a punto de ocurrirle. No es necesario que pague inútilmente primas durante veinte o treinta años sin sacar nada de ellas; pero cuando ve una emergencia ineludible acercándose a un mes o así de distancia, entonces toma la póliza para cubrir el riesgo. ¡Hay algo ahí en lo que realmente puede beneficiarse!».

—Resulta claro que usted no comprenda los principios del negocio de seguros, en absoluto —dijo Bascomb—. Simplemente dejaría de existir si lo que usted describe fuese una posibilidad ampliamente extendida.

—Ah, sí —suspiró Magruder—, eso es cierto. Los seguros se convertirían en algo anticuado como institución y serían sustituidos por el sentido común planeando por parte del individuo. Cualquier resto del concepto de seguros tendría que establecerse estrictamente en una base de préstamo.

«El mismo destino será cierto para otro gran número de instituciones que operan basándose en el grupo a expensas del individuo… nuestro concepto de educación, el sistema de jurados y

el castigo a los criminales. El negocio de publicidad, como lo conocemos, desaparecerá; el medio de comunicación de la masa operará sólo ante intervalos nada frecuentes, cuando haya algo que comunicar…».

—Habla usted como si considerase que el grupo es algún enemigo todopoderoso que el individuo debe combatir para su propia supervivencia.

—A la larga eso es cierto.

—A una mayor extensión resulta una absoluta tontería y los psiquíatras tienen una palabra para designarlo.

—Sí —asintió Magruder—. Tienen una palabra para casi todo… me pregunto cómo llamarán a sus compañías de seguros en bancarrota.

—No creo que mi compañía se encuentre en ningún peligro. Estoy del todo seguro que, mientras sus hipótesis son muy entretenidas, puedo encontrar eventualmente alguna rotunda explicación estadística para esta súbita presentación de reclamaciones de indemnización sobre pólizas expedidas hace tan poco tiempo.

—¿Y para mi predicción de una docena adicional? —Magruder extendió las manos con gesto inquisitivo.

Bascomb no contestó. En su lugar hizo una nueva pregunta:

—¿Por qué esperaba que viniese a verle? ¿Por qué quería que lo hiciera?

—Porque necesito la comprensión de hombres como usted. Necesito hombres que sepan lo que ocurre a ambos lados de la cerca estadística, por así decirlo. Yo pensé que era usted capaz de convertirse en uno de estos individuos.

—Lamento de que se haya equivocado y haya tenido que perder un tiempo precioso —dijo Bascomb—. Debo reconocer que tengo una gran curiosidad sobre su insistente ataque contra las estadísticas. No he conseguido preparar ningún caso en su contra y con certeza mis estadísticas funcionan bastante bien… por lo menos, en una sociedad de no intuitivos.

—El único sitio en donde pueden funcionar —insistió Magruder —. Lo reconozco, este concepto de la intuición es tan extraño a nuestra manera actual de pensar que parece que linde con la locura. Estamos tan acostumbrados a nuestra cultura, con el dominio de la

sociedad sobre el individuo, que somos incapaces de darnos cuenta de que todo esto es innecesario.

«Ninguna era histórica puede satisfacer la demanda actual del individuo, que desea seguridad y protección de todas las fuentes externas a él mismo; ninguna era puede combatir esto con el individuo abrumado tan completamente por la sociedad, la nación, el imperio… ni siquiera los tiempos antiguos en donde la esclavitud era una cultura aceptable. Los esclavos se rebelaban en ocasiones; el individuo hoy no se rebela».

—¿Y así usted imagina a la anarquía como último recurso de la civilización? —exclamó Bascomb con asombro—. La salvaje falta de ley del individuo supremo, no obstaculizado por las restricciones de gobierno, ¿verdad?

—Yo no he dicho tal cosa —contestó Magruder airado—. El óptimo funcionamiento del hombre exige que forme parte de un grupo. Le resulta imposible ir a solas… por lo menos en un nivel cultural. Pero ni siquiera él puede funcionar óptimamente hasta que invente una sociedad que no le oprima, anulando su supuesta ventaja… hasta que el valor de un hombre quede adecuadamente equilibrado contra el de toda la sociedad entera.

—¿Entonces nuestra sociedad es el enemigo contra el que hay que luchar? —Bascomb creyó haber comprendido ahora a Magruder, y estaba presto a reír. ¡Le había embaucado un mero elemento subversivo!

—No —ahora Magruder sonreía como si leyese los pensamientos de Bascomb—. No… el hombre es su propio enemigo… por un mal funcionamiento. Inventó la sociedad y no sabía que era capaz de hacer algo mucho mejor; es cosa suya corregir su propio error.

Bascomb experimentó un pequeño escalofrío Habló con cuidado creciente.

—¿Entonces su objetivo es destruir la sociedad? Por decir algo, eso resulta un poquito ambicioso. Han existido muchísimos intentos en el pasado por hacer lo mismo, pero la sociedad logra seguir adelante.

—Un pensamiento sorprendente, ¿verdad? —dijo Magruder—. Bueno, por fortuna, hay un malentendido Mi objetivo no es, claro, destruir la sociedad, como a tal, sino mejor permitir la emergencia de una especie de hombre que ya no tendrá ningún uso para lo que

llamamos sociedad.

«Por favor, comprenda, no hay nada sagrado ni en la palabra ni en la cosa que llamamos sociedad. Es un invento de la humanidad… que ésta tiene tanto derecho a cambiar, reconformar o sustituir como con cualquiera de sus otros inventos. Primero hubo el hombre; la sociedad vino después. Recapacitemos y consideremos el tiempo en que sólo existía el hombre».

«Era un infante, aprendiendo simplemente a leer, si usted quiere. Y la tarea era dura, porque requería que él mismo se enseñase. No aprendió por el método mejor; aprendió a leer moviendo los labios y jamás intentó en serio mejorar este estilo».

«Abandonando ahora la analogía en bien de las circunstancias reales tendremos: el hombre encontró que había numerosos modos de resolver problemas y de llegar a generalizaciones sobre el mundo que le rodeaba. Podía conseguir su propia respuesta en una base individual y seguir adelante y aplicarla, eso como un medio. Pero ya había aprendido que, en un nivel estrictamente físico, había fuerza en los números; así que sentía recelos por abordar algo en solitario. Desarrolló el método de comparar las soluciones propuestas a los problemas con sus congéneres. A veces había una diferencia radical… el mismo problema afectaba a diferentes individuos en aspectos ampliamente variables. Pero parecía buena idea agruparlos en lugar de estudiarlos uno por uno. Se llegó a compromisos; se tomó el consenso de la opinión y la decisión de la mayoría fue aceptada por todos».

«Así nació la sociedad… y con ella el arte de las estadísticas, de la sumisión de un individuo dentro del grupo».

—No sé dónde aprendió usted su sociología, profesor… pero si algo parecido a la escena que usted describe en la actualidad, ese fue el nacimiento del triunfo del hombre sobre una naturaleza contra la que no podía luchar solo. Fue el nacimiento de su realización de que el esfuerzo combinado de muchos individuos podría lograr lo que ninguno de ellos podría efectuar por su parte.

—No —dijo Magruder—. No es eso lo que nació en aquel tiempo. Un ataque concertado sobre los problemas del hombre no depende de su actual sociedad. La cooperación se obtiene más fácilmente a través de instrumentos muy distintos.

«Sin ponerse él mismo a elaborar, sin embargo, tales

instrumentos diferentes, el hombre se vio forzado a agarrarse a la desesperada a la herramienta de su invención, la sociedad. Inherente a ella estaba el concepto de que el individuo era un sirviente del grupo. En cualquier problema de bienestar conflictivo el individuo esperaba automáticamente la derrota; a veces ha luchado contra eso, pero jamás con verdadero corazón o con confianza en el triunfo».

«Los métodos estadísticos eran las herramientas evidentes e intelectuales con las que manipular y describir al hombre mientras funcionaba como sociedad. El individuo no tenía importancia, ¿para qué entonces molestarse en idear un medio de acomodarte? Al redactar las pólizas de seguros es importante para uno conocer sólo que una cantidad de hombres por cada millar, o cualquier unidad superior, morirá de cáncer. Cuál morirá, eso no les interesa a ustedes… a menos que el que muera sea su propia persona o alguien a quien se tenga afecto. En este caso, sin embargo, usted ha perdido su utilidad para la sociedad como estadístico imparcial y la sociedad le reemplazará».

«Como método de razonamiento, que encajaría en su sociedad, el hombre desarrolló la lógica… la inducción estadística de generalizaciones sacadas de muchos ejemplos individuales. Trabaja estupendamente en predecir las características del grupo, pero de ella no se puede deducir ningún ejemplo individual».

«Sin embargo, de vez en cuando, aparentemente surgen ráfagas de medios más fuertes, sutiles y completamente incomprensibles de llegar a la generalización… aquella que superó al hombre cuando inventó la sociedad; es el proceso antilógico llamado intuición».

«Dentro del marco de nuestra cultura ha sido imposible de describir y las conclusiones obtenidas no se podrían defender de ninguna manera lógica y aceptable por la sociedad».

Bascomb se agitó inquieto.

—¿Y ahora ha corregido usted éstos defectos? —preguntó.

—Sí —repuso Magruder—. Al hombre se le puede enseñar cómo llegar a generalizaciones a través del método de la intuición. Y, por favor, fíjese que la operación inductiva por el método intuitivo cede a un tipo diferente de generalización. La generalización intuitiva es del tipo de la Ley Natural, que, a diferencia de la Generalización Estadística, permite la deducción de ejemplos individuales.

«¡El método intuitivo, por tanto, es el único que sirve de algo al individuo!».

—Y usted, sin duda, puede probar, tan bien como enseñar, lo que usted afirma —dijo Bascomb.

Magruder sonrió.

—La prueba, al igual que el método, es algo que la sociedad odia aceptar. La prueba o ensayo pragmático… en si un método no lógico… es lo único aplicable. ¡Creo, sin embargo, que se ha aplicado lo suficiente para permitir a uno llegar a conclusiones!

—Un hombre debería poseer una gran cantidad de fe pura con el fin de vivir por la intuición si jamás pudiese demostrar una hipótesis hasta haberla probado por la experiencia actual.

—Sí —asintió muy serio Magruder—. Yo diría que la fe es uno de los principales componentes de la intuición.

—Sólo se deja fuera una cosa: el mecanismo por el que estos singulares ejercicios de cuerpo y mente y los pequeños comprimidos de colores se supone que han de restaurar la intuición de uno.

—Eso también —dijo Magruder—, es algo que sólo podemos poner a prueba de manera pragmática. Comprenda usted, claro, que estos métodos no restauran nada. Usted jamás ha leído cómo utilizar la intuición en ningún grado; su esposa es considerablemente más efectiva. No obstante, hablando de manera comparativa, ambos son lectores que mueven los labios. Hay que hacerlo, o aprender a hacerlo, mediante las miradas… y la única prueba de que esto es mejor se encuentra aprendiéndolo.

«Así que, si usted continúa, aprenderá cómo utilizar sus poderes intuitivos. Los comprimidos contienen una pizca de vitaminas para satisfacer a aquellos que han sido lo bastante curiosos como para hacerlos analizar. El ingrediente activo es el único material que se necesita para dominar la reacción automática de miedo y dejar abandonada la manera de pensar estadística. Este miedo es muy real y dominante; se dice que luce sobre la intuición; es un desafío a los centenares de millones de compañeros del hombre que han vivido desde el principio de la raza. Se dice que ellos le aplastarían por atreverse a salirse del camino marcado y ser un individuo que no consulta y no se inclina a sus deseos».

«Sin una compensación adecuada bioquímica de este miedo, sería del todo imposible para un hombre llegar a mandar siquiera

sobre sus poderes intuitivos. Así que no intente hacerlo prescindiendo de los comprimidos; quedaría usted hecho pedazos».

—Y una pregunta final —dijo Bascomb—. Si yo tuviese que creer todo esto y convertirme en uno de esos hombres que «saben lo que es estar a ambos lados de la cerca estadística», ¿de qué me serviría?

—Yo le pediría que ayudara a la extensión de estos métodos, particularmente que pie ayudase a extenderlos entre su propio grupo profesional, que se encuentra entre las fortalezas más fuertes que la intuición debe atacar. Tal ataque se efectuará mucho mejor si lo realiza alguien desde el interior.

—Comprendo —Bascomb se levantó de pronto y tomó su sombrero—. Ha sido muy interesante, profesor; muchas gracias por haberme concedido este tiempo.

—No hay de qué —Magruder sonrió y le acompañó hasta la puerta—. Espero que nos veamos en la siguiente conferencia.

—Dudo de que asista —dijo Bascomb—. Lo dudo mucho.

V

Cuando dejó la habitación del hotel de Magruder, Bascomb tenía intención de regresar al despacho, pero una vez en la calle se dio cuenta de que le era Imposible. Le ardía el cerebro con la mezcla inconcebible de fantasía y de verdades apenas creíbles con que le obsequió Magruder.

Dobló por la calle, en dirección opuesta a su despacho y avanzó despacio, apenas dándose cuenta de cuanto le rodeaba, murmurando excusas a los peatones con quienes se tropezaba a intervalos. Por último, se detuvo y encontró un banco vacío en
Moller's
Park; se sentó, las palomas agrupándose expectantes en torno a sus pies.

No tenía nada para darles de comer, pero su movimiento al azar y el vivo aletear de sus alas sirvieron para ponerle en contacto más próximo con el momento actual.

Tenía que tomar una decisión y con rapidez. Era inútil balbucear mentalmente sobre lo que Magruder podía o no hacer. El hecho crítico era que podía hacer algo. Charles Bascomb no lo dudaba; simplemente le era imposible negar el aumento de reclamaciones sobre pólizas. Ignoraba cuánto era cierto en aquellas tonterías sobre la intuición; de momento no le importó. Magruder era mucho más que un chiflado inofensivo; era un granuja… y peligroso. Si sus misteriosas obras se extendían más, podría minar los fundamentos actuales de todo el negocio de seguros de la nación.

Podría.

Y Bascomb seguía ignorando cuanto más era capaz de hacer aquel hombre; habría tiempo suficiente para descubrirlo cuando Magruder fuese detenido de manera rotunda.

Pensó en ir a la policía con su historia, pero casi de inmediato se dio cuenta de lo fútil que era este paso. ¿Qué sargento de oficinas, detective o incluso jefe de policía escucharía un relato tal sin verse tentado de ponerle tras las rejas a él acusándole de borracho?

Magruder había dicho que la única prueba de sus teorías y de su trabajo era la pragmática. Y hasta que una persona hubiese visto los resultados actuales, estaría convencido de que todo el asunto era producto de una locura activa.

De inmediato, Bascomb pensó en su amigo, Hap Johnson, escritor del Courier, Hap comprendería una cosa así. Al principio adoptaría el punto de vista evidente, creyendo que Bascomb había bebido; pero su curiosidad innata no le permitiría detenerse allí. Hap era un sólido ciudadano y un famoso periodista; pero poseía la suficiente perspicacia para ser la clase de periodista héroe aparecido en las películas y no dejarse embaucar por ninguna cosa así. Sí, Hap era el individuo que había que ver, decidió Bascomb levantándose del banco del parque.

Encontró a su hombre aporreando la máquina de escribir en una pequeña cabina situada a un lado de la redacción urbana del Courier. El cuarto estaba lleno de humo, la máquina de escribir era muy antigua y el sombrero de Hap aparecía colgado de su nuca, formando un ángulo agudo. Estas eran las afectaciones que se permitía en deferencia a los ídolos de la pantalla, ya que se daba cuenta de que ningún periodista trabajador los podría llegar a emular jamás. De otro modo, considerando diversos aspectos, resultaba un escritor excelente.

Alzó la vista para mirar cómo entraba Bascomb.

—¡Charley! ¡No me gusta eso! Las argollas de sujeción de nuestra escalera de incendios no pueden soportar esta conmoción. No me digas ahora… has perdido el empleo; tu esposa te ha abandonado; debes a la compañía diez mil dólares que has sustraído…

Bascomb se sentó, haciendo también que Hap ocupase la silla de la que se había levantado.

—Peor todavía —dijo—. Quiero que me hagas un favor… y me des unos consejos.

—Los consejos son cosa fácil —repuso Hap—; de la otra parte de tu petición, no sé… no sé…

Entonces, a grandes rasgos, sin entrar en los complejos teóricos hacia Magruder, Bascomb describió al profesor como un lunático que en realidad podría ejecutar algunas de las cosas que pretendía.

—Llámalo hipnosis, sugestión, o lo que quieras —dijo—. Magruder ejerce alguna especie de influencia controladora sobre la gente que sigue sus cursos. Personalmente, creo que trabaja gracias a los comprimidos que proporciona. Sea lo que sea, ese hombre es peligroso; es un tipo radical, subversivo y en cierto modo capaz de conducir a sus partidarios a realizar lo que quiera que hagan.

«Ahora mismo, parecen estar atacando a las compañías de seguros con la vista puesta en arruinarlas. Dirás que estoy loco, pero sinceramente tengo miedo de lo que sea capaz de hacer si se le permite extenderse y efectuar un ataque concentrado. Ya te puedes imaginar los resultados que tendrían lugar si triunfase… el caos financiero. Parece pensar que puede hacer lo mismo con el negocio de publicidad y otras instituciones. Es necesario que se le detenga».

Hap Johnson increíblemente se echó el sombrero un poquitín más atrás sobre la cabeza y miró a Bascomb pensativo.

—No eres hombre aficionado a la bebida —dijo—, y jamás noté en ti ningún signo de locura. Así es posible que haya algo de verdad en lo que dices. Pero… —Se le acercó un poco en un gesto de confianza secreta—… ¿no es razonable suponer que has debido equivocarte con la gente que entrevistaste? Excesos de trabajo, preocupaciones por el tipo que tiene como miras ocupar tu puesto en la compañía…

—Estoy convencido, Hap —le interrumpió Bascomb—. Lo he repasado cien veces; he mirado cada falla.

Hap se retiró.

—No es la clase de cosas que uno podría presentar a la policía… sin embargo, deberían saber algo. Mira lo que podemos hacer: dices que Magruder no es doctor en medicina, así que es posible que logremos que le investiguen por recetar píldoras suyas… lo que equivale a ejercer la medicina sin permiso.

—Yo no sé si eso le detendría o no…

—Puede que no le detenga pero sí le acarrearía una buena y perjudicial publicidad, si el asunto se maneja bien. Podemos empezar desde ahí. Conseguiré una entrada para su conferencia, tú puedes presentarme y veremos qué clase de historia es la que me da

a mí.

Bascomb «olvidó» decir a Sarah nada de sus visitas a Magruder y a Hap Johnson; pero no dejó de darse cuenta de que ella le vigilaba, como si estuviera enterada de todo. Eso le produjo la vieja y familiar sensación de incomodidad. Estaba convencido de que era imposible. Sabía que era imposible que se enterase de lo que había hecho, pero su mujer tenía presentimientos en muchas cosas; deseó haberse atrevido a preguntar con precisión cuáles eran sus presentimientos en este caso.

En la tarde de la siguiente conferencia ella ofreció voluntaria la información. Bascomb acababa de decirle que les acompañaría Hap.

—¡Eso es lo que yo estaba presintiendo! —exclamó Sarah—. Ha sido como si notase que esta noche nos encontraríamos en algún punto crucial. No puedo decir si será bueno o malo para nosotros… pero depende de algo que tiene que ocurrirle al doctor Magruder. ¡Y el responsable es Hap Johnson! Él no quiere venir para averiguar qué es lo que enseña el doctor Magruder; él sólo desea chismorrerías para su columna periodística y no le importa si tiene que herir a alguien para conseguirlas.

—Yo creí que simpatizabas con Hap.

—¡Sí, simpatizaba… hasta que hizo esto a Magruder!

—Pero si no ha hecho todavía —la recordó Bascomb—; hasta el momento sólo tenemos tu sobreexcitada imaginación.

Sarah ignoró esta frase.

—No vayamos esta noche, Charles. No quiero llevar allí a Hap; con lo que imprima, matará a Magruder.

Bascomb notó cómo el sudor se le acumulaba en el cuello.

—No seas ridícula, querida; te estás imaginando cosas. He pedido a Hap que venga y me creería un loco si tratase ahora de echarme atrás. Ya verás como no ocurre nada.

La velada pareció transcurrir normal a pesar de las confusas ansiedades de Bascomb. Dejó que su atención quedase aún suavemente captada por las palabras intencionadas de Magruder y después, cuando subió para presentar a Hap Johnson, el profesor sonrió malicioso. Luego el rostro de Magruder se nubló un poco, sin embargo, mientras estrechaba la mano del periodista y Bascomb advirtió cómo una nueva tensión se producía al mismo tiempo en la expresión de su esposa.

Luego pasó todo y Magruder continuó sacudiendo cordial la mano de Hap Johnson, invitándole a volver, ofreciéndole de manera generosa los comprimidos y las circulares que describían sus ejercicios.

—Esto me convertirá en un superhombre, ¿eh? —preguntó Hap con cruel ironía mientras aceptaba los artículos y los examinaba.

—¡Se lo garantizo! —El doctor Magruder le dio una palmadita en el hombro y rió jovial—. Nunca se falla cuando se siguen las instrucciones al pie de la letra. Claro —añadió muy serio—, me doy cuenta de que no está usted completamente interesado en seguir conmigo hasta esa extensión; pero confío en que si usted escribe sobre nuestro cursillo de lecturas aquí, mantendrá en su cerebro que en la actualidad nada ofrecemos en absoluto. Cualquier cosa que ocurra, como resultado de la asistencia a mis conferencias, se debe únicamente a los propios esfuerzos del estudiante.

—Si eso fuese verdad —dijo el periodista con una súbita frialdad en su mirada—, no sería necesario que usted diese conferencias, ¿cierto? ¡Las oportunidades no se dejan pasar con tanta facilidad como se supone!

De regreso a casa, Bascomb trató de consolar a su esposa; le recordó repetidamente que no había pasado nada que diese pie a confirmar sus temores. Sarah permaneció sin responder, en apariencia aceptando el hecho de que la perdición de Magruder estaba determinada. Según dijo, así lo presentía.

Bascomb condujo con cuidado, dándose aguda cuenta del sentido de cansancio que le dominaba. Era sutil tratar de cerrar, sus ojos más tiempo al hecho de que los presentimientos de Sarah correspondían exactamente con la descripción de Magruder de una intención moderadamente operante.

Los primeros años de su matrimonio se reía de ella y se encogía de hombros ante los presentimientos y deducciones afortunadas; luego comenzó a fiarse de ellos…

Quedó fuera de toda cuestión el que supiese el propósito de Hap al asistir a la reunión. Bascomb se preguntaba hasta dónde sabía ella de su propia posición. No tenía nada, excepto su conocimiento intuitivo, que mostrar en sus tristes ojos, pensó también con tristeza.

Al principio no había sabido del todo por qué consideraba

necesario no decirle nada de su visita a Magruder y Hap. Ahora advirtió la plena posibilidad de hacerlo. Supongamos que tuviese razón… bueno, que tuviese razón aunque fuese en parte. Supongamos que la intuición resultase ser una función natural y útil de los humanos, que era activa en algunas personas y que se podía desarrollar en otros. ¿Cómo podía decirle a Sarah que Magruder era un hombre malo… que la facultad que ella tanto apreciaba tenía que ser reprimida con todas las fuerzas posibles? Ella no comprendería que un número considerable de gente intuitiva podría destruir temporalmente la civilización y las instituciones de las que dependía el hombre moderno.

La intuición de su mujer era una posesión demasiado preciosa para Sarah, lo que la incapacitaba para creer que hubiese en ella algo malo, pensó Bascomb; se volvería en su contra antes de creer tal cosa. ¡Este asunto tenía un potencial que era capaz de destruir su mismísimo hogar si no lograba manejarlo de manera adecuada!

En sus intentos por apaciguarla se mostró más cooperativo que nunca aquella noche en realizar las tareas rutinarias prescritas por Magruder y en tomar los comprimidos. Ahora eran de color pardo y naranja.

El rostro de Sarah no se relajó en su expresión de presentimiento.

Se le ocurrió a Bascomb, en cuanto llegó a su despacho a la mañana siguiente, qué solicitudes de póliza podrían venir ahora de la gente citada por Magruder en su entrevista. Tenía razón; había seis en el correo de la mañana.

No tenía ningún derecho de entrar en el Departamento de Solicitudes y echar un vistazo a los documentos antes de que hubiesen terminado de registrarlos y calificarlos adecuadamente. Claro que esto tampoco constituía un gran delito… en caso de que el encargado hubiese sido un hombre distinto a Dave Tremayne. Tremayne era el jefe del Departamento de Solicitudes. La casual cortesía de cualquier otro individuo era en él una fuente de reniegos y malas caras.

Bascomb se dio perfecta cuenta de esto mientras estaba plantado con los documentos en la mano, examinándolos mientras Tremayne le miraba beligerante.

—Habrá que rechazar estos —dijo Bascomb con la máxima

suavidad posible. Durante un largo rato después se preguntó por qué lo había dicho; no causaría un gran daño a la compañía si ésta tuviese que pagar indemnizaciones a media docena de asegurados cuyas pólizas hacía poco tiempo que se habían redactado. Pero en aquellos momentos ese pensamiento no era del todo extraño. No podía haber más curso a seguir que el que acababa de emprender.

—Pensé que era cosa nuestra decidir —le repuso Dave Tremayne —. ¿Desde cuándo el Departamento Estadístico se ocupa de estas funciones?

—Pues… ocurre que sé un poquito de estos casos —contestó dudoso Bascomb—. Un amigo mío conoce la ciudad muy bien. Sabe quiénes son estas gentes y está seguro de que hay algo irregular. Esta póliza de incendios, por ejemplo.
Bhuener's
Hardware. Es un viejo caserón; no me sorprendería si presentasen una solicitud de indemnización antes de que termine el mes…

Tremayne avanzó y le quitó a Bascomb los papales de la mano.

—Deje usted que nos preocupemos nosotros de eso —graznó de manera desagradable—; en cualquier momento que necesite ayuda del Departamento de cifras, se lo haré saber.

Debía darse cuenta de que era más que inútil, se dijo Bascomb a sí mismo. Miró a Tremayne y dio media vuelta; luego se detuvo y se encaró al jefe del departamento.

—No creo que parezca nada bien —dijo—, si recibe usted otra inedia docena de reclamaciones al mes de expedirse las pólizas. Las cantidades pagadas en casos de siniestro acaecidos poco después de concederse las pólizas comienzan a destacar en los diagramas.

—¿Qué quiere usted decir con eso? —preguntó Tremayne. Pero ahora toda su beligerancia se había disipado.

—Le aconsejo que rechace estas solicitudes —dijo Bascomb. Se marchó a su propio departamento.

Pensó que no era una cosa lógica, mientras se instalaba de nuevo en su escritorio. Causaría muchas molestias. De un modo u otro… tanto si la predicción resultaba cierta o equívoca. Y Dave Tremayne era de la clase de individuos capaces de causar tantas dificultades como pudiera.

Estaba bastante esperanzado en tener noticias de Johnson referentes a las impresiones del periodista y a sus planes

concernientes a la campaña contra Magruder. Pero en todo el día no tuvo noticias de él, ni tampoco al siguiente. Le asaltó una sensación de soledad. Quería hablar con alguien de aquel asunto, pero le resultaba imposible encontrar una persona con quien repartir la pesada carga. Sarah continuaba de mal humor y fría, convencida de la proximidad del desastre.

VI

Hap Johnson llamó al día siguiente y tenía noticias.

—¡Este pájaro es más listo de lo que tú te imaginabas! —dijo—. No me extraña que los anteriores análisis químicos mostrasen una cantidad inofensiva de excipientes y unas cuantas vitaminas en los comprimidos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Bascomb.

—He hecho que diferentes equipos hiciesen pruebas en esos comprimidos antes de encontrar la solución. Todos me dieron la misma historia que tú ya tenías. Luego recurrí a Joe Archer, que efectúa las investigaciones de tóxicos para el departamento de policía, rogándole que echase un vistazo. Lo captó al minuto, mirando tan sólo los resultados de los otros muchachos.

«Tienen razón. Los comprimidos son casi tan impotentes como la zanahoria seca… individualmente; pero unidos en combinación y sucesión, tal como Magruder los prescribe, se encuentra algo».

—¿Qué? —preguntó Bascomb.

—Joe no pudo darme la respuesta a eso, pero dijo que era evidente que estos productos químicos combinarían en el cuerpo y también junto con los productos químicos corporales formarían algo sólo ligeramente menos potente que la dinamita.

—Entonces, en realidad, tenemos un caso en contra de Magruder —dijo Bascomb. Peculiarmente, pensó, no sentía la menor sensación de triunfo, ahora que la derrota de su enemigo estaba al alcance de la vista.

—Eso es lo malo —repuso Hap—; no estoy seguro de que lo tengamos. Ahí es donde Magruder ha sido muy listo. Las cosas que ha estado prescribiendo son inconsecuentes. No estoy convencido de que podamos pescarle basándonos en el hecho de que sus

píldoras se recombinan dentro del sistema humano para formar drogas nuevas y más potentes. Podría argüir que jamás prescribió o administro esas drogas y, técnicamente, tendría razón.

—Pero le arruinaría, aun cuando los tribunales tuviesen que aceptar ese argumento y eso es lo único que me interesa —replicó Bascomb—. ¿No podría tu amigo Archer darnos base suficiente para una queja al fiscal del distrito?

—Dijo que me lo haría saber, de cualquier forma. Eso ayudaría si pudiésemos conseguir testigos que jurasen haber sido perjudicados por los comprimidos. ¿Por qué no hablas tú mismo con Joe y ves si puedes reunir, con su ayuda, algunos de esos testigos? Conoces a los que siguen el cursillo; mientras yo dejaré caer alguna palabrita en el periódico, para empezar a hacer rodar la pelota.

Charles Bascomb asintió y colgó. Por lo que había visto, sin embargo, dudaba de que fuese posible conseguir que algunos de los seguidores de Magruder presentasen quejas contra él. Eran un grupo muy devoto… por lo menos, todos aquellos que había visto.

Un dudoso cansancio se apoderó de él de nuevo cuando se sentó allí, mirando a la forma negra del teléfono. ¿Cómo diablos podría poner en marcha todo esto? ¿Y cómo había empezado en realidad? ¿Cómo se vio envuelto en un lío tan insensato e increíble?

¿Por qué era el único, de los centenares que tenían contacto con Magruder, que comprendió la amenaza que significaba el trabajo de Magruder? Era como si el profesor le hubiese destacado, como su mayor enemigo potencial, para demostrarles exactamente lo que podía hacer.

Y Bascomb recordó que eso precisamente es lo que había dicho Magruder que había hecho… con el fin de conseguir la ayuda de Bascomb. ¡Pero con toda seguridad Magruder no habría creído que aceptaría la validez y deseabilidad del trabajo del profesor!

Aquel era el dilema que presentaba todo el asunto. Al reconocerlo como amenaza, la pretensión de Magruder tiene que aceptarse como válida. Cien veces al día se tuvo que preguntar Bascomb si aceptaba aquello. Y, a causa de lo que había visto, su respuesta era un forzado si, aunque dado de mala gana.

¿Y si tan increíble trabajo era válido, no podría funcionar para el bien en vez de para el mal? Eso seguía remordiendo sin cesar la mente de Bascomb. Pero las propias palabras de Magruder le

respondían. Estaba dispuesto a cambiar el rostro de la sociedad, su aspecto, de una manera destructiva.

No era sólo que pensase de modo egoísta en el asunto de los seguros, se recordó Bascomb; Magruder parecía propenso a atacar todo el brillante mundo de la ciencia estadística y todas las instituciones que en ella se fundaban.

Y ahí Bascomb no podía acceder; su mundo propio particular no tenía otros cimientos. En las estadísticas un hombre podía saber con exactitud lo que esperar del mundo. Si se destruía esto, si se dejaba la existencia de un individuo para que se basase en los incidentes particulares, ¿qué quedaría? Una fe nebulosa en creencias sin confirmación sobre cómo las cosas deberían resolverse…

Luego volvió a pensar en Sarah y se sintió perdido.

Su mundo ya había comenzado a estremecerse demasiado violentamente. No acudió a Joe Archer; todavía no veía utilidad en hacerlo. Continuó con los comprimidos y los ejercicios y asistió a otra conferencia. Allí buscó posibles testigos contra Magruder y supo que esta búsqueda era fútil, aun antes de empezarla. Aquella gente nunca se volvería contra su mesías; aun cuando si éste les fallaba, siempre existía la siguiente sesión y la otra…

Aquel día apareció el primero de los artículos de Hap en el periódico. Indicaba que iba a efectuar un análisis muy serio de los cultos fantasmales y de las panaceas de salud y de mejoramiento mental que proporcionaba pingües negocios a costa de los enfermos, de los neuróticos del populacho que estaba necesitado de sincera ayuda.

Empezaba con bastante suavidad, como Johnson había prometido; pero Bascomb estaba más que normalmente confuso ante el genio del hombre, porque adivinaba dónde iría a parar Hap. Comenzaba no antagonizando a aquellos que seguían tan falsas panaceas, sino mostrando simpatía completa para con su búsqueda de ayuda… lo que era difícil de hallar en una civilización brutal que se preocupaba sólo en las medidas tomadas para con los enfermos o para con los individuos sin recursos espirituales.

Prometió seguir las historias de los fraudes que acechaban a tales personas. Era construir un edificio terrible para tenerle preparado cuando estuviese dispuesto a ir tras Magruder. Leyéndolo, Bascomb se dio cuenta de que el asunto se le había

escapado de entre las manos. Magruder estaba a merced de Hap Johnson… y del público que leía los periódicos.

Bascomb advirtió más tarde que debería haberse preparado para el acontecimiento que ocurrió al día siguiente. (Eventualmente tenía mucho que ver, aquella mañana del lunes, con su influencia sobre este periodo de su vida). Pero cuando fue al despacho, estaba todavía dominado por el pensamiento de que la facultad de actuar en el asunto Magruder se le había escapado.

Nada más llegar fue llamado al despacho de Farnham Sprock, segundo vicepresidente de New England. Sprock era un hombre pequeño, magno, viejo, que hace algún tiempo ascendió hacia el puesto cumbre de la compañía. Sin embargo, algún incidente le hizo que le relegasen al despacho de administración, aun cuando se adivinaba que todos los que quedasen bajo su mando sufrirían las consecuencias del fracaso experimentado por Sprock.

Sprock miró a Bascomb a través de unos ojos seminublados cuando el estadístico entró en la habitación.

—¿Me mandó llamar? —preguntó Bascomb, tratando de mostrarse lo más diferente posible.

—Tengo la queja más increíble acerca de usted —contestó Sprock—. Parece demasiado increíble, incluso para actuar sobre ella, para aceptar que uno de nuestra familia actúe de tal modo. Sin embargo, me veo obligado a creer que la acusación está bien fundada.

«Se me ha dicho que usted ha decidido pasar por encima de sus autoridades en estas oficinas y que alardea de dictar a sus compañeros de trabajo la manera de dirigir sus asuntos. Ha pedido que el señor Tremayne se niegue a aceptar ciertas solicitudes, por lo menos eso se me ha dicho. ¿Es verdad, señor Bascomb?».

—Sí —Bascomb asintió con la cabeza. De pronto se encontró temblando por entero; aquel viejo estúpido podía destruirle si se le metía en la cabezota tal propósito. No podía negar Charles Bascomb el inundo de hechos y cifras y fría y limpia realidad estadística. ¿Por qué no se metió en sus propios asuntos?

—¿Por qué, señor Bascomb? —preguntó Sprock.

Bascomb aspiró profundamente y con aire cansino recitó la sucesión de anomalías desde principio a fin, dejando aparte, claro, toda referencia a Magruder.

—Cuanto usted ha dicho es cosa de mucho interés y deberíamos prestar gran atención —repuso Sprock—. Pero nada tiene que ver con su presunción en el asunto de aconsejar al señor Tremayne.

—Yo le dije que las solicitudes de póliza a que me referí son de la misma clase que las que mencioné anteriormente; también serán seguidas por rápidas peticiones de indemnización.

Sprock se levantó y rodeó el escritorio por su lado.

—¡Señor Bascomb, esa es una cosa que resulta imposible de saber!

De pronto una vieja y latente furia pareció recobrar vida en el interior del cerebro de Bascomb. ¿Qué trataba de decirle aquel idiota despeinado? Sabía… sabía más allá de toda cuestión de duda que lo que había dicho era verdad. No importaba lo que predicase o predijera Magruder. Magruder nada tenía que ver con este conocimiento positivo e insistente que ardía en sus pensamientos.

Sabía, dentro de lo más profundo de su ser, que aquellas pólizas resultarían tal y como predijera. Y Sprock objetaba esta posibilidad de adivinanza cierta…

Tan pronto como nació, la furia se apagó y Bascomb se encontró sonriendo al hombrecillo y sintiendo una extraña compasión por él.

—He descubierto algo nuevo —anunció Bascomb tranquilo—. Es… es un desarrollo reciente estadístico en el que he estado trabajando durante algún tiempo. Es una fórmula que me permite predecir cuándo vamos a vernos agobiados por una lluvia de pólizas como éstas. Ocurre una vez cada muchos años, ya se sabe; mi fórmula me dice que está a punto de volver a ocurrir.

—¡No lo creo! —saltó Sprock—. Tal cosa es imposible. Porque si fuese verdad, cambiaría… cambiaría el aspecto entero de nuestro negocio. Le advierto, Bascomb… y es la última vez que lo hago… que no quiero que se repita esta clase de conducta. No la toleraré en mi organización. Una repetición significa un corte completo y permanente de sus relaciones con esta compañía. ¿Me expreso con claridad, Bascomb?

—Sí —contestó Bascomb. Se volvió hacia la puerta cuando Sprock le despidió con un gesto. Pero se quedó allí, con la mano en el pomo. Dijo—: Sin embargo, sugeriría que consiga una lista de estas solicitudes del señor Tremayne. ¡Dentro de treinta días habrá reclamaciones en cada una de ellas!

De vuelta a su escritorio, Charles Bascomb sintió una tremenda sensación de alivio, diferente por completo a las que había experimentado antes… un alivio al haberse plantado ante Sprock. Tuvo el sentimiento momentáneo de no volver a tener miedo a Sprock… ni a New England… ni a cualquier otra fuerza que tratase de arrancarle de su nicho.

Murió dando paso a una consternación renovada por lo que había dicho. ¿Por qué diablos se inventó aquella mentira que contó a Sprock, la mentira sobre la invención matemática que predicaría épocas desfavorables? Bueno, tenía que haber algo para cubrir su previa afirmación de que conocía de manera positiva que habría reclamaciones en estas pólizas en particular.

Entonces toda la fuerza de lo que había dicho cayó sobre él. Dijo que sabía. Y era verdad. No sólo aceptaba la palabra de Magruder, sino que sabía. Como si estuviese atrapado en un rincón por un enemigo persistente, trató de eludir este hecho súbito, de darle la espalda y de negarse a admitir todas sus abrumadoras implicaciones.

Pero la escapada resultaba imposible. Permaneció allí, sentado, atónito, luego lentamente abarcó el indeseado conocimiento.

Eso era.

Eso era intuición.

Así sentía Sarah, supuso… sólo que lo experimentaba sobre casi cualquier conexión. No le extrañaba que le considerase un cabezota cuando no podía comprender cómo estaba tan segura de una asunción completamente ilógica.

También así sentían los asegurados, aquellos con quienes se entrevistó. Y habían tenido razón.

Era imposible coger el hilo de su trabajo, como había planeado antes de recibir la llamada de Sprock. Se levantó y tomó el diccionario completo que tenía en la estantería del rincón, junto a la ventana. Buscó las páginas hasta llegar a la palabra intuición.

«Percibido por la mente inmediatamente, o sin la intervención de ningún proceso mental», leyó. En tiempos más recientes se habría burlado de aquella singular definición.

«Percepción clara, íntima, inmediata y anterior a todo razonamiento, de una idea o verdad, tal como si estuviese a la vista. Percepción sin la ayuda de los poderes de raciocinio».

Esta última definición era la más próxima a la verdad, pensó, pero aun así resultaban ambas en extremo engañosas… escritas por un hombre que no había tenido ni el concepto más débil de la intuición. Porque no se podía obtener la verdad sin percepción; de eso estaba Bascomb completamente seguro. Tenía que haber contacto. No sabía cómo se podía aplicar este contacto con el asunto de las seis pólizas que conocía que dentro de poco presentarían reclamaciones de indemnización, pero de alguna forma allí había un contacto.

Cerró el diccionario. Las definiciones habían sido escritas por un estadístico, no un intuicionista, pensó con malicia, y eso no servía de ninguna ayuda.

Tomó el sombrero y salió del despacho, dejando aviso a la señorita Pilgrim, su secretaria, que volvería después de almorzar.

No tenían meta definitiva en mente. Quería sólo marcharse, tratar de conseguir alguna evaluación de sí mismo sobre la cosa que había sucedido. Semi esperaba que la experiencia le ayudase mientras paseaba en el aire claro de la primavera y se enfrentaba a la realidad de la ciudad con todo su movimiento y bullicio y color. Pero no había allí ningún cambio en absoluto.

Se detuvo en la esquina de una calle, aguardando a que el semáforo cambiase. Se puso rígido y olisqueó profundamente el aire, que estaba sólo moderadamente cargado con monóxido de carbono a estas horas de la mañana. ¿Por qué tenía que dejar que una cosa así le impresionase tanto? La gente tenía presentimientos siempre; era una cosa corriente, después de todo, cuando uno se detenía a pensar en ello. No tenía motivos para sentirse apologético, porque finalmente acababa de tener otro motivo especial, por primera vez en su vida.

Pero de nada le servía. Se daba cuenta de que había experimentado hasta toda su capacidad de resistencia y que luego, sin más experiencia que un sincero presentimiento, reaccionó de manera distinta a su norma de conducta y esto no era culpa de Magruder. Todo de súbito se rió de los presentimientos y de la gente que dependía de ellos para las decisiones importantes de sus vidas. Ahora, con uno propio, se sentía como un poco afortunado buscador que había logrado convencerse de que no existía mineral de oro… para entonces tropezar con el mayor yacimiento de toda la

historia.

Se detuvo de nuevo a mitad de manzana y regresó por delante de los escaparates de las tiendas, una nueva y súbita carga gravitando sobre él. Tenía el rostro pálido.

Había sido costumbre suya contemplar al gentío de las calles. A veces contaba un centenar de aquellos que iban en dirección opuesta y calculada con leve pesar que veinticinco de ellos experimentarían los mortales zarpazos del cáncer. Que muchos más sucumbirían por ataques del corazón. Que en proporciones menores habría diabetes, infecciones y accidentes.

Eso siempre le entristecía un poquito. Ahora, por primera vez, reconoció lo mucho que había disfrutado con tal conocimiento particular y cuán superior se consideró por causa de él. Constituyó un poder sobre sus congéneres… como si él, personalmente, fuese responsable de su destino.

Con horror, reconoció algo nuevo. Los transeúntes ya no eran un torrente amorfo y sin rostro; se habían convertido en una procesión de individuos.

Aquella mujer del abrigo rojo, plantada junto al cochecito del niño…

Como en una pesadilla, se encontró cruzando la acera hacia ella.

—Ese tumor… —dijo con una voz tierna y dudosa—; ahora es muy pequeño, probablemente podría ser extirpado antes de que…

Ella le miró con un momento de miedo, luego se tranquilizó dirigiendo los ojos a los transeúntes.

—No le conozco —dijo con frío desdén, en absoluto alarmada.

Bascomb comprendió con oscuro horror lo que había hecho. Se tocó el borde del sombrero y miró nervioso a su alrededor.

—Le ruego que me perdone —dijo, retrocediendo—. Sin embargo, vea usted a su médico, ¿quiere…?

Su retirada dio a la mujer más valor.

—¡Debería llamar a un policía! Nada menos que en pleno día. Y a una mujer con un niño de seis meses… ¿no es el colmo?

El corazón latía con fuerza cuando Bascomb emprendió plena retirada. Dobló la esquina y se detuvo delante de una tabaquería, mirando en el escaparate las imágenes para asegurarse de que no le seguía ningún policía airado y dispuesto a caer sobre él.

Cuando pudo respirar con mayor tranquilidad, volvió a

enfrentarse a los peatones con una nueva consciencia que le indicaba el cambio sucedido en aquellos transeúntes, ahora convertidos en compañeros hombres. De manera intuitiva, pudo corregir el crudo conocimiento estadístico que le había satisfecho hasta ahora. Cuán ridículo era estar contento simplemente al saber cuántos cuando resultaba posible saber cuáles.

Alzó la vista vivamente mirando al hombre que se plantaba cerca suyo. El desconocido miraba distraído una caja de caros cigarros puros, pero su rostro estaba descompuesto por una aguda indecisión.

—No resultará —dijo tranquilo Bascomb. Le era casi imposible dejar de hablar—. Él, negocio ya está arreglado —dijo—, y están esperando a que entre usted y se meta en la trampa.

La cara del hombre empalideció y luego se puso escarlata de rabia.

—¿Qué es lo que usted sabe? —exigió—. ¿Quién es usted? — Avanzó amenazador y Bascomb estuvo seguro de que le pondría las manos encima, y que caería sobre él,., pero por suerte la acera estaba atestada de gente.

—Soy un amigo —se apresuró a decir Bascomb, volviendo a retroceder en huida ante aquel nuevo encuentro—. Le doy mi palabra de que no debe firmar el contrato.

Luego se marchó con una velocidad que hizo vacilar todo su sistema nervioso. El desconocido intentó una breve persecución, pero la abandonó como ridícula en medio de aquel denso tráfico de peatones. Sin embargo, estaba seguro; aunque no habría querido admitirlo, de que aquel fantástico aviso le había abierto el camino hacia la decisión.

Bascomb disminuyó la marcha cuando encontróse frente a la Biblioteca Pública, subió los escalones, de dos en dos. En la sala de lectura se instaló junto a un ventanal, mirando hacia la calle en busca de cualquier gesto o indicio de persecución.

Había cometido una locura. No volvería a comentar tal torpeza. Por lo menos lo intentaría… el súbito impacto de aquel seguro, de aquel cierto conocimiento era difícil de resistir.

VII

Durante casi dos horas Charles Bascomb permaneció allí, sentado, en apariencia mirando tan sólo por la ventana. Pero su mente ardía con la furia del esfuerzo para evaluar el cambio producido dentro de sí mismo. Contempló toda su vida pasada como un crisol oscuro y vacío… un débil bajorrelieve sobre cualquier otra persona, que destacaba en la confianza que tuvo también en otro ser, en otro ser que no era él. Si un hombre se equivocaba en la sociedad estadística siempre podía retroceder para reingresar en su grupo, su escuela; «eso es lo que me enseñaron», su compañía de seguros, «todo el mundo sabe eso», su empresa… cuanto más grande fuese el cojín, mejor.

Le parecía imposible que la vida estuviese sólo tan distante como aquella misma mañana, cuando abandonó su casa, que la visión se hubiese producido en tan pocas horas.

Claro que no fue tan súbito. Los comprimidos de Magruder y los ejercicios habían estado trabajando en él durante días. Quizá necesitó algo como el encuentro con Sprock para poner en acción su facultad intuitiva. De cualquier manera, no volvería a ser otra vez el mismo. Su vida jamás podría ser igual.

La cosa más inmediata de la que tenía que ocuparse era visitar a Hap Johnson el periodista que hacía campaña contra el profesor. Después habría tiempo suficiente para determinar cuáles serían sus relaciones con Magruder.

Pero ya advertía una tendencia acerca de lo que sería necesario.

Encontró a Hap en su despacho del Courier sin haber cambiado desde la última vez que le visitó El periodista alzó la vista, complacido al ver el rostro de Bascomb.

—Una linda historia para empezar, ¿no te parece? —dijo—. La

telefonista ha recibido setenta u ochenta llamadas en estos momentos. La mayor parte de ellas animadoras.

—Fue una gran historia —contestó Bascomb, sentándose junto al viejo escritorio—. Sin embargo, tendrá que terminar.

—¿Qué…?

Bascomb asintió.

—He descubierto algo que no sabía antes. Magruder no es un farsante; lo que receta da resultado.

—Eso ya lo dijiste antes. La idea era impedir que funcionase.

—Me refiero a que funciona conmigo. He descubierto cómo utilizarlo de una manera diferente a la que pretendía Magruder; puede emplearse de manera constructiva, no como lo hace Magruder.

Hap frunció el ceño con recelo y sorpresa.

—Esto no lo entiendo —dijo—. ¿Quieres decir que deseas hacer las paces con Magruder ahora y promover el falso superdesarrollo del que habla en su cursillo en vez de luchar contra él?

Bascomb sacudió la cabeza.

—Todavía no he pensado lo que hay que hacer con Magruder. Es un chiflado… de eso no hay vuelta de hoja. Probablemente posee condición senil; ya sabes que ha sido jubilado de la Universidad. Sospecho que la historia completa es algo por el estilo: tropezó con una combinación bioquímica que mejoraría enormemente las capacidades mentales del hombre… es más, induciría una habilidad sincera e intuitiva. Probablemente trató de vender este descubrimiento a sus socios y superiores y se rieron de él. Eso le amargó, cortándole el paso a todos sus esfuerzos por promover sincera y profesionalmente la venta de su producto, así que, dentro de su amargura, se dedicó a este negocio disimulado de promoción de su descubrimiento.

«Pero con una diferencia. Allá donde su impulso inicial era sin duda utilizar el descubrimiento en beneficio de la humanidad, ahora está decidido a destruir todo cuanto pueda como venganza por la negativa de sus colegas».

—Lo que representa un motivo suficiente para que continuemos hasta destruirle —dijo Hap.

Bascomb sacudió la cabeza.

—No; al hacer eso, correríamos el riesgo de destruir el

descubrimiento en sí. No podemos hacerlo; es demasiado valioso. La primera cosa necesaria es preservar a Magruder en sí hasta que podamos obtener control del descubrimiento y asegurarnos de que será usado de manera adecuada. Luego daremos los pasos para procurar que Magruder no pueda descargar su amargura contra la sociedad; es absolutamente necesario retirar nuestro ataque contra Magruder ahora.

La expresión de recelo de Hap se profundizó.

—No lo veo. Estás sólo teorizando sobre el fondo y medio ambiente de Magruder; todo lo que advierto es que su sistema ha sido muy efectivo… ¡al hacerte cambiar de bando y defenderle! ¿Qué te hace pensar que este asunto de la intuición es bueno si se usa bien… y qué puedes manejarlo mejor que Magruder?

Bascomb le habló de los incidentes de la mañana con Sprock y los desconocidos de la calle. Trató de describir su nueva visión del mundo.

—Bueno. Dime algo acerca de mí —inquirió a Hap en rápido desafío.

—Oh, sí… —empezó a decir Bascomb dudoso—. Tú…

Se detuvo.

—Sigue —instó Hap—. ¿Debo esta noche para volver a casa tomar el autobús o un taxi? ¿No correré peligro si vengo a trabajar mañana?

Bascomb intentó hablar. Nada logró.

—Me es imposible decirte ninguna cosa —murmuró por último —. No lo he captado de lleno y, en cierto modo, no puedo controlar todo el tiempo. Solamente se me ocurre a veces y en cierta circunstancia; has de comprender eso, Hap.

—Todo lo que veo es que Magruder te ha alistado en su bando. Pero, en lo que a mí respeta, es un peligroso charlatán que necesita que le echen a patadas; y esta opinión aumenta al ver lo que ha hecho contigo. Yo no sé cómo ha logrado producirte ese cambio, pero no eres el mismo hombre que conocí hace pocos días.

Bascomb lo intentó de nuevo, empezando desde el principio. Pero nada podía hacer para convencer a Hap Johnson de su nuevo punto de vista… o, mejor, de lo inofensivo que era este nuevo punto de vista.

El periodista se levantó mientras Bascomb se acercaba a la

puesta para marcharse.

—Voy a luchar contra Magruder, porque creo que es una amenaza para la gente decente de nuestra comunidad —dijo—. Y si tú te pones a su lado, Charley, lucharé contra ti también.

No había ni el menor rastro de amistad en sus ojos.

—Comprendo —dijo Bascomb despacio—. Bueno, gracias de todos modos, Hap; quizás estemos juntos en este asunto antes de que haya terminado.

Trató de evaluar la intensa hostilidad de Hap mientras salía otra vez a la calle. Cuanto más pensaba en ello, le resultaba más increíble de lo que parecía. Originalmente Hap no se había mostrado tan hostil hacia Magruder; más o menos seguía la rutina, contemplando a Magruder como un falsario que debía suprimirse. Ahora, Bascomb notaba que el periodista se había convertido en su enemigo personal a causa del intento de cancelar la campaña. Sacudió la cabeza y abandonó el problema de momento.

Su incapacidad de efectuar la demostración ante Hap le turbaba, pero comprendía que su explicación había sido la adecuada. Algo crecía en su interior; no podía ser reducido por ninguna fuerza. Tenía que proceder a su ritmo y de buena gana quería darle tiempo. Pero no podía permitirse el lujo de verse arrinconado de nuevo hasta que madurase por entero.

Por último, deseó con desesperación hablar con alguien que pudiese comprenderle. Pensó de momento en el propio Magruder, pero lo descartó. Notaba que él y el profesor iban a ser crudos enemigos sobre la explotación del proceso intuitivo y sólo uno de ellos podría sobrevivir en el forcejeo.

No había nadie… excepto Sarah.

Consultó el reloj de la esquina. Se sobresaltaría al verlo entrar en casa en mitad del día y el viejo Sprock se pondría enfermo si llegaba a descubrirlo… quizás incluso le despidiera. De cualquier forma, esto era un hecho cada vez menos importante a medida que transcurría la jornada.

Sarah le recibió con una sonrisa, abriendo la puerta antes de que estuviera a mitad de camino del sendero del jardín.

—Pensé que vendrías más pronto hoy —dijo ella.

Bascomb se detuvo, luego devolvió la sonrisa a su esposa; debía habérselo figurado.

Se sentaron en la sala de estar y él la contó lo de los acontecimientos de la mañana. La habló de la entrevista con Sprock y de la ráfaga súbita de conocimiento intuitivo que le había abrumado. La contó los encuentros con los desconocidos de la calle, al igual que se lo había narrado a Hap Johnson. Y describió la reacción del periodista.

Sarah escuchó muy seria, como si todo lo hubiese oído ya y esperase que se lo repitieran; pero cuando hubo terminado, Bascomb se dio cuenta de que su propósito no era simplemente contarla estas cosas. Se levantó y se plantó junto al moderno ventanal panorámico que daba a su patio posterior. Había mucho que decir y no estaba del todo seguro de cómo abordarlo.

—Debe de ser que el estadístico es esencialmente cobarde —dijo por último—. He pasado toda mi vida corriendo… huyendo lo más que pude de todo contacto con los factores individuales. No sé por qué; quizá porque me sentía desvalido en presencia de un individuo… bien fuese una cifra o un ser humano.

«Pero al tratar con grupos y predecir su conducta… ¡Había cierto poder! —Se volvió a Sarah, enfrentándose a su figura inmóvil que quedaba a la otra parte de la habitación—. ¿Puedes comprender eso, querida? ¿Te es posible entender lo que significa ser capaz de comprender una masa de individuos cuando yo estaba completamente asustado por los azares de uno sólo?».

—Sí… lo comprendo —dijo Sarah en voz baja.

—Ahora, desapareció —prosiguió Bascomb con un murmullo—. El terror hacia el individuo se ha ido… y del mismo modo el sentido del poder sobre cualquier grupo cuya acción yo podía predecir. Lo que está envuelto es algo más que mi carrera profesional; son los postulados básicos de mi vida entera. Puedo dejar de esconderme detrás de mis ridículas filitas de cifras negras, de mis sumas, de mis medias, de mis extremas. ¡Puedo dejar de ser el estúpido absurdo que fui durante toda mi vida!

Sarah sacudió la cabeza.

—Si hubieras sido un estúpido, nunca habrías tenido capacidad para ver lo que estabas haciendo. Meramente has adquirido una visión que jamás tuviste antes… y tienes que olvidarte de que aún vives en un mundo de ciegos.

—¿Estoy muy cerca? —preguntó Bascomb—. Tú me llevas

mucha delantera… puedes decirme si estoy cerca de conseguir el pleno uso de mi capacidad intuitiva para que me pueda fiar de ella.

Sarah sacudió la cabeza.

—Ni siquiera veo el fin del camino para mí misma; a veces creo que no existe. Puede ser como una pericia que crece y se incrementa mientras vivas. Y no te llevo mucha delantera, tampoco; en realidad, no. Jamás tuve muchísimo de ese poder; lo que ocurría es que de buena gana confiaba y utilizaba el que tenía. Resulta de esa manera. Cuando más lo usas, más confianza depositas en él.

Bascomb cruzó la habitación y se sentó otra vez junto a ella. Le habló de su presentimiento acerca de Magruder y de su explicación teórica del comportamiento del profesor.

—Magruder ha encontrado algo con la potencia de la energía atómica… y lo utiliza para encender una hoguera. Es preciso que se lo quitemos de las manos y le dennos su empleo adecuado. Eso es lo que me preocupa ahora… pero siento la necesidad de mayor desarrollo para mí mismo antes de tratar de quitárselo a él.

—Me parece que tienes razón en desear explotar su descubrimiento, pero no estoy segura de que las actividades de Magruder estén enteramente equivocadas. Después de todo, te llamó la atención sobre estos métodos.

—Sí, pero un aborde directo habría sido mucho más efectivo; y cualquier buen resultado sólo incidental. Su propósito básico resulta destructor. Él mismo me lo dijo.

—¿Y qué piensas hacer? —Bascomb negó con la cabeza.

—No lo sé. Quizá pensé que podrías ayudarme. Intento meditar con anticipación, pero no consigo nada excepto niebla y turbación. No veo forma de captar ningún plan de acción para mí mismo. No consigo ese presentimiento intuitivo acerca de cualquier cosa excepto el que debo proteger a Magruder de Hap Johnson ahora mismo, con el fin de salvar su descubrimiento.

«Más tarde habrán conferencias, cursos, un instituto quizás… no la clase de cosas que ha estado haciendo Magruder, sino una presentación recta mostrando lo que es su actual descubrimiento y lo que puede hacer. Esto es la forma de abordar la cosa, según mi opinión».

—Pero habrán efectos que sobresaltarán y confundirán a la gente…

—Les prepararemos; lo pondremos todo en línea y dejaremos que sepan exactamente lo que hay que esperar… no nos deslizaremos subrepticiamente para acercarnos y caer sobre ellos sin previo aviso, del modo que lo hace Magruder.

—¿Y qué hay de tales cosas como nuestro negocio de seguros? Con el tiempo quedará en bancarrota.

—Esa es la conclusión obvia, pero no creo que sea necesariamente exacta… por el simple motivo de que la gente de las compañías de seguros puede también tener la misma ventaja.

—Entonces sería una posición de tablas —repuso Sarah—. La gente solicitaría pólizas sólo cuando las necesitasen y las compañías de seguros las rechazarían basándose en que adivinarían que pronto efectuarían reclamaciones de indemnización.

—Entonces se convertiría en una especie de institución de ahorros y préstamos —respondió Bascomb—. La gente podría planear lo bastante lejos las próximas emergencias. Las compañías de seguros las cubrirían aceptando ahorros y haciendo préstamos para cantidades que los superasen… tales préstamos serían reintegrables de algún modo. Es la única manera en que funcionaría, en que podría funcionar.

—Pero hay también muchas otras cosas. Habrá colegios públicos, tribunales y jurados… —Ella dio un leve gemido—. Esta Zad Clementi, Charles…

La mente de Bascomb cambió de pensamientos, volviéndose al acusado de rapto y asesinato, cuyo juicio ocupaba los titulares de los periódicos de su ciudad durante semanas.

—¿Clementi…? —preguntó. Luego la triste y segura consciencia intuitiva le hizo sentir en su cerebro algo completo. Dijo—: Sí. Esta Clementi; él no lo hizo, pero votarán y decidirán ahorcarle. Doce hombres buenos y sinceros… en el mundo estadístico se puede multiplicar la ignorancia por una constante y conseguir la verdad.

Sarah se había incorporado. Sus ojos miraban por la ventana hacia el jardín.

—Podríamos ayudar —dijo con un susurro—, si supiéramos cual es la respuesta…

Bascomb sacudió la cabeza.

—No la tengo; sólo hay niebla y confusión. ¿Qué te pasa a ti?

Sarah también sacudió la cabeza con amargura.

—No… no sé cómo llegar hasta ella todavía. Me pregunto si siempre será así… ¿hay muchas cosas que sabes que existen, que quedan más allá de las yemas de tus dedos?

VIII

En una especie de fiera desesperación, regresaron a los manuales de Magruder durante las siguientes tardes. Se tragaron los comprimidos verde, naranja, amarillo y pardo, con consciente intensidad, como si esto aún sirviera para aumentar la potencia de los productos químicos.

Asistieron a las conferencias de Magruder y se bebieron, prácticamente hablando, cada preciosa palabra que pronunció. Bascomb trató de apartar la paja de la palabrería y digerir el grano; Sarah se negó a preocuparse por esto, tomándolo todo tal y como le venía.

Los niños se habían dado cuenta de alguna clase de extraña actividad extranormal por parte de sus padres, cosa que sucedía desde hacía algún tiempo. Ahora el sentido de intensidad crecía, en cierto modo, asustándoles; pero Charles Bascomb no estaba preparado para admitirles a una comprensión de lo que se intentaba. No sabía cómo hacerles comprender bastante plenamente para evitar que les hiciera mal. Y, entonces, en otras ocasiones, se preguntaba si en realidad no lograrían comprenderle demasiado bien.

Su propio desarrollo progresó a un ritmo que complacía a Bascomb a pesar de su impaciencia. Después de la primera violenta sorpresa de darse cuenta de los poderes intuitivos, se contuvo en las calles y en el tren y allá donde tenía algún encuentro casual con hordas de otros hombres. Se endureció para caminar junto a individuos que se estaban muriendo y para sentarse cerca de los que se encaminaban hacia un desastre inevitable… desastre y muerte que podrían haber sido evitados, incluso con un grado pequeño de previsión.

La revolución en su propia vida comenzaba a aparecer en proporciones abrumadoras. Se daba cuenta de los cambios que serían necesarios; pero los cálculos primerizos eran revisados y aumentados en una espiral que continuamente se ampliaba. Comenzó a conocer períodos de sincero temor al ver la gran brecha que se hacía cada vez mayor entre el futuro y el pasado… pero no habría vuelto atrás, aun cuando esto hubiera sido posible.

Seguía sin cambiar su estimación inicial de la persona de Magruder y de sus métodos, o de la necesidad de restringir sus actividades, pero la preservación del descubrimiento era ahora el único interés importante y cualquier cosa que condujese a este fin resultaba suficientemente buena.

Visitó a Magruder en el hotel semanas después del descubrimiento del aumento de sus propios poderes intuitivos.

Magruder, para entonces, había sido denunciado por practicar la medicina sin licencia, como resultado de los artículos de Hap Johnson y de una queja basada en el análisis de los comprimidos de color hecha por Joe Archer. Con gran pericia, Hap construyó un ataque poderoso contra todos los charlatanes y falsarios que se metían con la salud y el desarrollo mental, y, sin dejar resquicio en el periódico para que le acusasen de libelo, había dirigido la atención pública hacia Magruder y su cursillo de conferencias.

El profesor abrió la puerta tras la primera llamada de Bascomb.

—Le estaba esperando.

Y, de pronto, la enormidad de su increíble previsión cayó sobre Bascomb como un puñetazo entre los ojos. ¿Cómo podría combatir o engañar de algún modo a un hombre que tenía la capacidad intuitiva que debía poseer Magruder? ¡Eso era imposible!

¿Cómo se puede pasar por alto este hecho tan sencillo? Y sin embargo, eso es lo que había hecho.

—¿Se encuentra usted enfermo? —preguntó solícito Magruder —. ¿Le puedo ayudar en algo?

Bascomb sacudió la cabeza.

—Me encuentro bien; sólo necesito sentarme. Allá, junto a la ventana será lo más adecuado.

Magruder asintió y le acompañó hasta la silla, luego tomó una para sí.

—Me alegro de volverle a ver. Me di cuenta de su presencia en

las conferencias, pero siempre se marcha con tanta rapidez que no me da ocasión siquiera para saludarle.

—He leído lo de sus dificultades —dijo Bascomb, un poco con voz gruesa.

—¡Eso! No es nada; ocurre siempre. Todo lo que debo hacer es retrasar la acción hasta que acabe las conferencias. Luego pagaré mi multa y seguiré mi camino.

—¿Cree usted que podrá salirse con una multa?

Magruder frunció el ceño, su rostro arrugado se descompuso como si fuese una manzana vieja.

—Esos artículos del periódico tienen una pericia bastante fuera de lo corriente, acoplada a una cantidad extraordinaria de veneno. Confieso que, de algún modo, me preocupan; ustedes no sabían lo que ponían en marcha.

Bascomb permaneció completamente inmóvil. ¿Había algo que Magruder no supiera?

Había reconocido estar preocupado sobre el resultado de la denuncia, sin embargo… como si ese final todavía le estuviese oculto. Bascomb se preguntó cómo era posible, qué límites, de cualquier forma, había logrado la intuición.

Bascomb dijo, con cuidado:

—He cambiado de idea desde nuestro último encuentro.

—Lo sé —respondió Magruder, casi impaciente.

Bascomb tragó saliva. La única posible dirección era hacia adelante, no teniendo en cuenta lo que «sabía». Magruder.

—Entonces debe usted también saber que mi propia intuición ha empezado a funcionar —dijo—. Antes no entendí lo que usted hablaba; ahora sí. Quiero seguir con usted.

—También sé eso —repitió Magruder, asintiendo—. Estaré encantado de tenerle conmigo, claro. Sólo hay un puntito adicional que es preciso mencionar: el precio.

—Usted nada dijo acerca de precio.

—Cuando hablamos antes, no se interesaba lo bastante por ser un miembro de una sociedad estadística. Su presente trabajo; va a costarle todo lo que tiene de valor para usted, para permitirme decírselo de alguna manera; pero ahora necesita saber que perderá Su carrera como estadístico…

—Eso me lo esperaba.

—Su nombre; su posición en la comunidad, su casa… todo, de hecho, excepto su familia. Tiene usted muy buena suerte en verdad con su esposa.

Bascomb se puso pálido.

—No entiendo —murmuró.

—No puedo; no, ahora. La comprensión vendrá más tarde. Lo importante es que ya ha empezado, que ya está listo para el principio. Evalúa suficientemente el poder de la intuición para de buena gana pagar el precio que ofrece toda la sociedad Estadística. No hay duda acerca de eso, ¿verdad?

Bascomb miró al enigmático profesor con silenciosa fijeza. Nada, en toda su vida le había preparado para una conversación tan fantástica como ésta. ¿Qué quería significar Magruder? ¿Cuánto es lo que sabía en realidad? Si era capaz de mostrarse tan positivo en ciertas cosas y con dudas en otras, resultaba evidente que no tenía intuición en un ciento por cien. Y una de las cosas que no pareció saber eran las intenciones particulares de Bascomb en el asunto. Si esto era cierto —y Bascomb casi estaba seguro— entonces hablar de un «precio» fantástico era simplemente eso… fantástico.

Tenía que jugar con esa asunción. Asintió despacio con la cabeza y dijo:

—No hay la menor duda. Estoy preparado para empezar.

—¡Excelente! —exclamó Magruder. Se puso en pie con energía —. Hay cosas muy buenas que debo enseñarle. El asunto de la denuncia va a entrometerse de manera considerable y usted puede ser de gran ayuda para mí dentro de breve tiempo…

Horas más tarde Bascomb tenía una pista substancial sobre la dirección que deseaba ir. Magruder no mostró señales de dudar de la buena fe de Bascomb, y de presentir su verdadero propósito.

Le explicó la fuente de su meditación, una pequeña compañía que elaboraba las cápsulas, y dio a Bascomb autoridad para efectuar pedidos con una carta de presentación que daría validez a esas solicitudes. Admitió la falsedad de sus términos altisonantes y pseudocientíficos empleados en sus conferencias.

—Así tenía que hacerse —dijo con aire confidencial—. El público jamás se tragaría los hechos actuales. Prefiere que se le hable de vibraciones corporales y torrentes etéreos, antes que tratar de comprender que los hombres han cometido un error en el alba

de la historia, cosa que ahora pretendemos corregir.

—¿Pero qué clase de enseñanza es esa? —preguntó Bascomb a su pesar—. ¿Por tales métodos cómo pueden llegar a aprender jamás lo que es en realidad la intuición?

Magruder le miró de reojo.

—¿Cómo aprende un niño a ver, o a oler, o a sentir? La intuición es como eso. Primero hay que enseñar otras funciones. Están como impresas en los gérmenes del plasma desde una eternidad en el pasado y el alma lee estos planos en el oscuro colegio del seno materno. Allí aprende cómo hacer latir su propio corazón y, cuando sale al mundo, cómo han de funcionar sus ojos… y sus pulmones, su estómago y la intuición. No… esas cosas no se enseñan.

—¿Pero entonces qué es lo que hace usted?

Algo sucede… algo ocurre que enseña cómo utilizar la intuición.

—¿De verdad? Creo que no. Usted ha aprendido cómo por sí mismo… después de que le ayudé a quitarse algunos de los obstáculos impuestos por una sociedad estadística. Los ejercicios liberan los mecanismos de la imaginación de su mente, le enseñan a su cuerpo que no es necesario abjurar de ciertas funciones inherentes. Los comprimidos reaccionan bioquímicamente para inhibirle del componente de miedo adjunto a estas funciones. Un miedo completamente artificial, compréndalo, que ha sido laboriosamente incluido por la sociedad.

«Esto es todo lo que posiblemente hacen. La enseñanza es una actividad muy superestimada. Con toda evidencia no es nada más que obtener un acuerdo… algunas veces para buenos fines, otras para malos. Pero siempre se aplica a efectos de segundo orden, al uso de una función… luego funciona en sí».

«Las partes autoaprendidas como respirar, la circulación cordial, la intuición, la creación artística y otras diez mil, pueden verse suprimidas por fuerzas que quizá sean más fuertes que el ansia de vivir y de desarrollarse. Si la supresión no ha causado ya la muerte del cuerpo —o del alma— puede que sea posible quitar esta supresión, pero todavía el organismo debe aprender a vivir en el primer campo ordinario de la vida, del crecer, del crear».

«En nuestra actividad no hacemos nada sino quitar estos supresores».

Bascomb no hizo comentario. Se atemorizó ligeramente ante la

reflexión del profesor sobre los muchos años gastados en conseguir su puesto como estadístico colegiado; pero resultaba difícil seguir las teorías psicológicas en las que ahora se metía Magruder. Bascomb trató de mantenerse a su altura, tomando notas copiosas para refrescar su memoria y repasarlas con los textos normales, más tarde.

Cuando la entrevista hubo terminado, por último, Bascomb se dio cuenta de que estaba en el buen camino. Al llegar a la calle, después de abandonar la «suite» de Magruder sólo una turbación permanecía acechándole insistentemente en el cerebro.

Magruder veía el desastre ante sí, para él; pero nada podía haber más claro que el propio conocimiento intuitivo de Bascomb de que se encontraba en el buen camino… y Sarah lo confirmó de todo corazón.

¿Podrían dos personas, funcionando sus poderes intuitivos, obtener respuestas opuestas al mismo problema?

La contestación era, evidentemente, no… siempre y cuando hubiese alguna validez total en el conocimiento intuitivo. Eso dejaba dos posibilidades: el conocimiento o poder intuitivo de Magruder era menor que el de Bascomb; Magruder no tenía ningún conocimiento de cuáles eran las verdaderas intenciones de Bascomb… y esto hacía que sus puntos de vista sobre el futuro fueran diferentes.

Bascomb se satisfizo con esta última respuesta; no estaba del todo contento con ella, pero no tenía otra a la vista. Y sabía que tenía razón en lo que estaba haciendo. Eso era incuestionable, no permitía ni la más ligera duda.

Había decidido que, después de todo, los artículos de Hap Johnson podrían ser útiles en el propósito de mantener a Magruder demasiado ocupado para prestarle atención intensa al fracaso de Bascomb en seguir las instrucciones… siempre que no se volviesen con fuerza contra el propio descubrimiento.

Bascomb pensaba en esto a la mañana siguiente cuando abrió el periódico y la foto de Magruder destacó ante sus ojos. El profesor había sido detenido durante la tarde anterior. No pagó la fianza… que había sido fijada en el precio irrazonablemente alto de quince mil dólares. Estaba en la cárcel.

La noticia resultaba desconcertante. Bascomb no había querido

nada así para la caída del profesor; sin embargo, le ponía fuera de su camino de manera segura y le dejaba mano libre para iniciar un programa sano. Todo iría bien mientras se restringiesen las actividades destructoras del profesor… sin destruir su descubrimiento. Le parecía a Bascomb un buen indicativo de que él, no el profesor, tenía razón. Poseía la sensación intuitiva de que era así; tenía intención de poner en marcha su plan… y rápidamente.

Estaba el problema del empleo de Bascomb con New England. Al principio, había considerado dejarlo…, pero era más que una simple lógica lo que le condujo a tal conclusión. Ahora, intuitivamente, reconocía la necesidad de permanecer en él.

Primero que todo necesitaba el dinero que le proporcionaba. Pero, además, la compañía representaba una institución a la que había llegado a querer; no tenía intención de verla destruirse. El rumbo evidente a seguir era participar en la transición inevitable. Hombres como Sprock necesitarían mucha ayuda durante esa época difícil.

En cuanto llegó al despacho aquella mañana, Bascomb pidió a Hadley que efectuase una investigación en el grupo de pólizas sobre las que advirtiera a Tremayne y a Sprock. No hubo necesidad de esperar; Hadley tenía ya la información a mano, habiendo iniciado un proyecto personal para descubrir anomalías.

—Cinco de las que usted mencionó han solicitado indemnización —dijo y se sintió complacido ante la resultante sonrisa de Bascomb. Pero, al pensarlo mejor, su placer se convirtió en extrañeza.

¿Cómo era posible que Bascomb supiese en qué pólizas se presentarían tales casos anómalos?

—Tráigame los documentos —ordenó Bascomb—. Quiero añadirlos a mi estudio.

Los repasó. Hubiera sido estupendo si uno que faltaba estuviese allí también, pero con lo que tenía resultaba suficiente. Una indemnización por muerte; dos accidentes y otras dos por daños y perjuicios. Tomó el manojo de papeles y recorrió el pasillo hasta el despacho de Sprock.

El vicepresidente le miró con aire beligerante cuando la secretaria hizo entrar a Bascomb.

—Estaba a punto de llamarle —dijo. Colocó un montón de papeles delante suyo y bajó las espesas cejas—. Ya es hora de que

hablemos un poco.

El corazón de Bascomb latió un poco más de prisa y luego se dio cuenta de que Sprock ya tenía el informe sobre las reclamaciones. ¡Después de todo no había ignorado la predicción!

Sonriendo, Bascomb aceptó la silla que se le ofrecía.

—Creo que ambos tenemos lo mismo en la cabeza —dijo.

—¡Está bien, fiable! —ordenó el vicepresidente.

—No fui sincero con usted cuando me presenté aquí el otro día —empezó Bascomb con deliberación—. Le dije que había predicho estas reclamaciones basándome en una nueva fórmula matemática que había desarrollado. Eso no era cierto.

—¿Entonces por qué me contó usted tal historia? —rugió Sprock.

—Porque me di cuenta de que era improbable que creyese la sincera verdad. Ahora, que tengo pruebas a mano, se lo puedo decir. Predije estas reclamaciones simplemente por causa de la capacidad… dentro y en mí mismo, sin ayuda de ninguna fórmula de cualquier especie…, para hacerlo así. Tal capacidad a veces es llamada intuición.

—Bascomb, le advertí la última vez que estuvo aquí…

—Esos beneficiarios de las pólizas tenían la misma clase de capacidad, por eso fueron capaces de predecir su propia e inmediata necesidad de seguros.

El rostro de Sprock se nubló todavía más; su puño se crispó, arrugando los papeles.

—¡Posiblemente no va usted a creer que voy a aceptar una historia tan estúpida como esa!

Bascomb aguardó. Extendió los documentos de las reclamaciones.

—Esto se lo puede explicar —dijo.

El silencio de Sprock pareció interminable; estaba tan inmóvil que apenas parecía vivo. Sólo el débil movimiento de su delgado pecho y el rápido cambio de la dirección de sus ojos azules al rostro de Bascomb y de vuelta a los papeles traicionaban cualquier animación.

Por último, volvió a hablar.

—Siga —dijo—. Le creo; tengo que creerle.

—Habrá millares de éstas —dijo Bascomb—. Usted piensa que

puede significar el fin, si bastantes personas se descubren capaces de hacer lo que han hecho estas pocas. Eso no es necesariamente cierto… Yo… y otros como yo… pueden trabajar desde este extremo, detectando tales solicitudes.

«Pero significa que debemos establecer una nueva política; de esto es de lo que vine a hablarle. Tendremos que establecer una póliza cuyos beneficios se basen en el plazo en que ha estado corriendo o tiene que correr. La expediremos sólo a personas como éstas —dio unas palmaditas al montón de reclamaciones—. Eso les demostrará que el sistema funciona en ambos sentidos y desanimará sus intentos de reclamamos pidiendo indemnización; después, necesitaremos una nueva clase de programa —con detalle explicó su propuesta para el sistema de ahorros y préstamos, que cubriría las necesidades de los intuicionistas y mantendría solvente a la compañía».

Cuando hubo terminado, la expresión de Sprock permanecía inmutable.

—Llevaré sus recomendaciones a los consejos —dijo—. Tengo que discutir estas indemnizaciones a breve plazo con nuestra administración. Pero, más tarde, usted y yo tendremos mucho que hablar sobre esta nueva capacidad o habilidad recién descubierta. Creo que se necesita una explicación considerable sobre su súbita aparición en forma epidémica.

—Cuando usted quiera, señor —repuso Bascomb, levantándose. Puedo decirle cuanto desee saber en el asunto.

Estaba algo desencantado de que Sprock no pidiese más explicaciones en aquel momento, pero esto quedó sombreado por la tranquilidad ante la reacción de su jefe, que involuntaria, pero definitivamente, había aceptado la realidad de la intuición. Acababa de darse el gran primer paso.

Más tarde, aquel día, dio el segundo paso, más pequeño. Llamó a Hadley y con aire confidencial que encantó al subordinado le explicó lo de la intuición. Hadley lo aceptó con dificultad; lo encontraba muy adentrado en el camino de descalificación con respecto a su molde estadístico. Pero cuando Bascomb personalmente se ofreció a enseñarle los métodos de la intuición, le expresó sus más efusivas gracias.

Estos eran los principios; pero ahora era necesario un programa

más osado de expansión para aprovecharse de la dificultad de Magruder y de su propia posesión de los datos básicos en la intuición.

Por la secretaria de Magruder, que estaba ahora sin trabajo y no le importaban mucho los asuntos del profesor, en primer lugar, obtuvo una lista de aquellos que se habían inscrito para el cursillo de conferencias. Preparó una carta diciéndoles que estaba en situación de explicar la dificultad de Magruder con la ley y sustituir al profesor en sus conferencias con una del hombre y de cómo alcanzarlos.

Preparó una segunda carta que dirigió a un gran y selecto grupo de amigos personales, asociados comerciales y clientes de New England. En esta describía la sucesión de anomalías en la sabiduría humana y en la visión interior y explicaba brevemente el papel de la intuición en los asuntos del hombre. Les invitaba a asistir a una serie de conferencias e instrucciones sobre cómo mejorar sus personales capacidades intuitivas.

Cambió la situación del lugar de reunión de Magruder con el fin de eliminar lo más posible toda asociación con la charlatanería y las tonterías del profesor. Iba a dar los datos de una forma estrictamente científica y recta, que estaba llamada a atraer a la gente intelectual con capacidad de pensamiento lógico, gente que le era necesaria. Estas personas comprenderían la tremenda responsabilidad hacia la sociedad que extrañaba obtener el uso de las facultades intuitivas de la mente. Con tal clase de gente, la exposición inicial de la plena intuición no se correría el riesgo de pánico y ruina que deliberadamente el programa de Magruder tenía intención de provocar.

Se sintió profundamente bien con respecto al asunto; era intuitivamente correcto, Sarah se lo confirmó. Su única preocupación se refería a Magruder.

—Tendríamos que hacer algo por ayudarle —dijo—. Después de todo, él es el responsable de traer estos principios a la luz. Estamos en deuda con él. Y los artículos periodísticos inflaman tanto a la gente contra su persona que lo más probable es que le condenen a veinte años de cárcel, por cosas que él no ha tenido jamás ni la más remota idea de realizar.

Bascomb en sí se sentía inseguro sobre la posición de Magruder.

También le preocupaba particularmente, puesto que ninguno de los dos poseía previsión intuitiva con respecto al buen hombre.

—Después de que esta cosa se haya puesto en marcha —prometió—, hablaré con él y veré qué se puede hacer. También me entrevistaré con Cummings, el fiscal del distrito. En el club éramos compañeros de mesa.

Bascomb se dio completa cuenta de que iba a distribuir comprimidos al igual que lo había hecho Magruder, lo que fue la causa inmediata del arresto del profesor. Pero sabía que ahora no se arriesgaba. En el caso del profesor, había sido una excusa para poner las manos sobre él; con un aborde directo no habría tal complicación.

IX

Charles y Sarah Bascomb se sintieron aliviados al ver como la gente llenaba el salón la primera noche. La lógica les indicaba que habían alquilado un lugar demasiado grande. Pero los resultados demostraron que su intuición estuvo en lo cierto.

La multitud se repartía casi por igual entre amigos de los Bascomb y hombres de negocios, y el grupo que participaba en el cursillo de Magruder. Bascomb continuamente se sorprendía por su falta de aprensión referente a las reacciones de ambos grupos. Sería difícil liberar a la gente de Magruder de las frases alusivas a vibraciones corporales, y sabía que los hombres de negocios no aceptarían de buen grado la idea de que las estadísticas eran una débil herramienta si se las utilizaba sólo en ausencia de una intuición más profunda y positiva. Sin embargo, se sentía completamente seguro del modo en que pensaba obrar.

La sensación persistió, incluso cuando entró Hap Johnson y tomó asiento en el fondo de la sala. Bascomb admitió para sí que se sintió impresionado al desviar la vista y ver entrar al reportero. No había invitado a Hap y no tenía idea de cómo se pudo enterar de la reunión. Pero eso no importaba, pensó; nada de lo que pudiera publicar el Courier influiría o alteraría a la seguridad intuitiva que experimentaba.

Salió de entre los cortinajes y se adelantó en el improvisado escenario. Se daba cuenta de las miradas de sorpresa, curiosidad, desafío y desdén ocasional. Sonrió confiado y alzó un brazo para acallar el protocolario aplauso.

—Probablemente no fue una pequeña sorpresa, para todos aquellos que me conocen —empezó—, recibir mi invitación para esta reunión. Agradezco mucho que tantos de ustedes se hayan

tomado la molestia de aceptarla y se encuentren aquí esta noche.

«Lo que tengo que decir les parecerá extraño a todos ustedes. Algunos se sentirán hondamente ultrajados… como me ocurrió a mí cuando me tropecé por primera vez con esta información. Espero que nadie se considere tan ofendido o incrédulo que considere por debajo de su dignidad poner a prueba la validez de estos hechos… como yo ya he hecho».

Entonces, de manera animosa, como si vadease con cuidado por el agua fría y profunda de la orilla de un lago, Bascomb habló de la evidencia histórica que demostraba la existencia de la intuición tal y como ésta podía ser familiar al público que le escuchaba. Modificó considerablemente la exposición de Magruder, omitiendo las aventuradas teorías del profesor que retrocedían hasta el alba de la civilización. Recordó a sus oyentes ejemplos que podían creer, en los que la intuición se había demostrado superior a todas las demás formas de conocimiento como base para la acción.

Le escuchaban, pero pudo advertir que no les gustaba. El grupo de Magruder se mostraba abiertamente desdeñoso por el empleo de término tan prosaico como el de «intuición»; querían platos fuertes… «vibraciones corporales». Los hombres de negocios estaban disgustados; Bascomb podía leerlo en sus caras, conocer sus pensamientos, los mismos que él tuvo, no hacía mucho tiempo atrás.

De alguna manera no lograba imponerse; trataba de expresarlo todo de un modo razonable y científico, pero sus oyentes se mostraban fríos ante tal exposición.

—¿Cuánto valdría poder saber cuál de las muchas posibles líneas de acción es la que llevará más probablemente al éxito? —les decía —. ¿Cuánto valdría saber qué hombre de un grupo podría realizar mejor una tarea… o qué producto de entre otros miles no alcanzaba la calidad requerida? Ustedes que son ejecutivos, jefes de personal, técnicos en control de calidad… ¿de qué valor les sería tener un criterio infalible en su profesión en vez de la mera seguridad de que su error no sería mayor que la media calculada?

«Las estadísticas jamás les pueden dar algo mayor que esta seguridad. La intuición, adecuadamente aplicada, les puede proporcionar el conocimiento positivo».

En sus momentos de recapacitación nunca llegó a comprender

por qué se atrevió a presentar el argumento que ofreció de inmediato. Con certeza, su planeado discurso no lo requería; pero la apatía del grupo le desesperó un poco, según pensó después.

—Piensen en lo que significan nuestros procedimientos judiciales —dijo—. En muchas ocasiones nunca sabemos si un hombre es culpable o inocente del crimen que se le imputa. Efectuamos una votación y así decidimos acerca de su culpabilidad o de su inocencia, dando satisfacción a nuestro concepto de la justicia o a nuestras ansias de venganza.

«Recientemente, en nuestra ciudad, hemos visto cómo funciona esto. Por votación hemos declarado a un hombre culpable del peor de los delitos. Había razones sólidas, lógicas y buenas para tal votación. Se trataba de un pobre diablo analfabeto que no despertó las simpatías de nadie, ¿así cómo iba alguien a lamentar un error, si éste llegaba a cometerse? Además, era ordenanza del edificio de apartamentos en que vivía la víctima, a la que se encontró metida dentro del horno de la calefacción, lugar al que sólo el acusado tenía acceso».

«¡Pero yo sé que Zad Clementi es inocente de ese crimen!».

Por pura reacción emocional, igual pudo haber hecho estallar un cartucho de dinamita en el centro de su audiencia. No hubo respuesta física, pero notó flamear la hostilidad en sus cerebros, como una llama silente y brillante.

En toda la concurrencia no había ni un hombre ni una mujer que no creyeran que Zad Clementi hubiera sido declarado con justicia asesino y condenado con la misma equidad.

Bascomb reconoció su error nada más cerrar la boca y se sintió abrumado. ¿Qué es lo que le hizo sacar a colación tal argumento? Se comportaba como un estúpido, dejando que la apatía de la sala le pusiera nervioso; ¿dónde estaba su seguridad intuitiva referente a su norma de acción?

Allí estaba, silenciosa, tranquilizadora, indicándole que lo había hecho bien.

Y, por primera vez desde que le hubo venido esta sensación intuitiva, comenzó a dudar de ella.

No lo estaba haciendo bien; había cometido una torpeza que le puso en contra a sus oyentes más allá de todo arreglo posible.

Pero trató de enmendar las cosas. Durante otra hora completa

intentó gallardamente transmitir algo de su propia fe en los poderes intuitivos del hombre. Sin embargo, con esa fe tan severamente conmocionada, carecía de habilidad para persuadir a los otros.

Cuando algunos de los de las filas posteriores empezaron a levantarse para irse, supo que se le había escapado su posibilidad.

No obstante, no todos estaban dispuestos a abandonarle. Algunos querían discutir e insistían en mantener el programa y llegar al coloquio. No mostraban interés por conocer los métodos de alcanzar la comprensión intuitiva; querían decirle lo que pensaban de las cosas que ya les había dicho.

El ambiente se hizo alborotado y ruidoso; abandonó el estrado derrotado.

Como si hubiera olvidado dónde vivía, condujo su coche por los aledaños y suburbios de la ciudad sin rumbo predeterminado. A su lado, Sarah guardaba silencio, esperando que fuese él quien hablara primero.

Y lo hizo por último. Dijo con amargura:

—¿Por qué supones que me metí en un atolladero como éste? ¡Debo haber estado loco las últimas semanas… completamente chiflado! ¡Intuición…!

—¿Ya no crees que la intuición es algo real? —preguntó Sarah tranquila y en voz baja.

—Tan real como lo ha sido siempre… un presentimiento casual que se nos presenta de vez en cuando. ¡Con tantas posibilidades de acertar como de equivocarse!

—¿Y qué hay de las pólizas?

—¿Qué hay de ellas? ¡Encontraré la fórmula estadística de la que alardeé ante Sprock y las explicaré! Las que no encajen… bueno, la vieja idea del presentimiento resulta una buena explicación. La admitiré. ¡Pero cómo me ha hecho hacer el ridículo Magruder con estas triquiñuelas del yoga y esta absurda actuación! Apostaría a que ni siquiera Magruder…

—¿Qué hay de Myersville?

—¿Quién sabe?… nada tiene que ver con esto.

—¿Y Sloan y su fracaso con el jabón?

—Probablemente habrá ya solucionado su dificultad.

—Y tú mismo la sentiste con mucha fuerza, notaste que era real y que éste debía ser el camino a seguir.

Bascomb apretó con fuerza los labios antes de responder.

—He visto la misma cosa en las reuniones religiosas de los bosquimanos.

—Pues yo sigo presintiendo que esta noche no se ha perdido —afirmó Sarah.

—No lo fue —contestó con aspereza Bascomb—. Me volvió a llevar al buen camino. ¿Qué pasaría si, en primer lugar, dejase New England? Pero sigue estando Sprock —hizo una mueca dolorosa—. Mañana tendré que ver a Sprock y hacerle las más humildes reverencias de acatamiento.

Nunca tuvo oportunidad; sospechó que no la tendría cuando vio el periódico antes del desayuno a la mañana siguiente. Las noticias internacionales eran escasas y su propia foto ocupaba la primera página, acompañada limpiamente por la de Magruder a un lado y la de Zad Clementi al otro.

Los titulares decían:

MATEMATICO CALCULA LA INOCENCIA DE CLEMENTI.

El texto le describía como discípulo de Magruder, reanudando el trabajo del profesor mientras éste languidecía en la cárcel, incapaz de reunir la fianza que se le fijó por los cargos de ejercicio de la medicina sin título oficial. Narraba con todo detalle y con notable exactitud las cosas que había dicho Bascomb sobre la intuición y la posibilidad de adquirir maestría en su uso.

El reportaje estaba escrito por Hap Johnson.

Cerca del final, Hap decía: «Todo esto recuerda al cronista la vieja historia del bedel cansado, al que por centésima vez se le pidió que saliera a buscar algo que comer para los deliberantes jurados. Se trata, como recordarán, de aquel que volvió con once comidas y una bala de paja».

«Bueno, podemos sentirnos agradecidos de que cierto estadístico de seguros no formara parte del jurado en el proceso Clementi. En su caso se ha hecho clara justicia, de la que nuestros tribunales y los ciudadanos de Landbridge pueden estar orgullosos. Pero les diremos: si alguien tiene interés en regalar una bala de paja en esta fecha en particular, el cronista se encargará de que sea entregada a la persona Indicada».

Bascomb sintió una anonadadora punzada de dolor al leer aquello. Hap Johnson había sido su amigo. Esta amargura era algo que no comprendía y dejó de luchar por entenderlo.

Sobre su escritorio, cuando llegó al despacho, había una nota indicándole que se presentara en el despacho del vicepresidente Sprock. Mientras se percataba de la nota, Bascomb dirigió furtivas miradas a los empleados que estaban tras las paredes de cristal. Evidentemente, ellos también habían leído el periódico de la mañana.

Hadley, en apariencia, no lo había hecho, porque entró de manera brillante, casi pisando los talones a Bascomb.

—Aquí tiene la última de las pólizas por las que usted se interesó, señor Bascomb —dijo—. El Almacén General de Bheuner. Se encendió anoche hasta quedar destruido totalmente.

La noticia debía haber estado en páginas interiores, que Bascomb no ojeara. Se quedó mirando con fijeza, mucho tiempo después de que Hadley se hubiera marchado, a los dos papeles de su escritorio: la orden de Sprock y la reclamación de Bheuner. El almacenista no había perdido tiempo, pensó.

Pero de nada serviría llamar la atención de Sprock ahora sobre este hecho; su caso, en lo que respectaba a New England, estaba perdido. Dejó sobre la mesa la solicitud de indemnización y recorrió despacio el pasillo.

El vicepresidente fue al grano de manera sorprendente. Con brevedad, pergeñó la historia del negocio de seguros, particularmente en lo que concernía a New England. Se extendió de manera moderada en el concepto de lo sagrado de las obligaciones a que se comprometía la compañía en beneficio de los asegurados. Se extendió más en las cualidades y cualificaciones personales requeridas a los que tenían a su cargo el cumplimiento de estas obligaciones.

Pero lo más significativo fue su observación final:

—Me encargaré personalmente de conseguir que ninguna empresa de este ramo, Bascomb, le ponga en su nómina sin conocer previamente los hechos verdaderos de sus fantásticos intentos de poner en jaque a toda la institución de seguros de América. ¡Intuición! Buenos días, señor Bascomb.

Regresó por el pasillo a su despacho. No le quedaba la menor

duda de que Sprock cumpliría su amenaza.

Si lo deseaba, tenía un plazo de treinta días para abandonar el empleo, pero declinó utilizarlo. Dijo a Sprock que se marcharía inmediatamente, si no había inconveniente alguno: no lo hubo. Entregó los estudios que tenía entre manos a Wardlaw, Estadístico Ayudante. Recogió sus cosas del escritorio y se despidió con envaramiento de sus compañeros de trabajo, que habían salido, de pronto, al vestíbulo para descansar unos instantes cuando se dieron cuenta de que Bascomb estaba presto para marcharse.

Eso fue todo. Él y New England habían terminado. Mientras dejaba atrás al edificio se daba perfecta cuenta de que el hecho aún no había penetrado en sus células como debería hacerlo. Cierta parte suya no dudaba de que reharía este camino a la mañana siguiente. El forcejeo interior resultaría amargo cuando tuviera plena consciencia de lo sucedido.

Sarah no se mostró sorprendida. Ya habían discutido tal posibilidad durante el desayuno y ella le dijo que iba a suceder. La creyó, aunque esperaba que algún milagro demostrara que su esposa estaba equivocada… que demostrara que los presentimientos intuitivos eran erróneos, hasta el punto de que durante el resto de sus vidas no volvieran a hacerles caso.

La cosa no sería tan mala, sin embargo, confesó a su esposa; empezaría a buscar trabajo a la mañana siguiente. Tendría algunas dificultades, pero confiaba en que una persona de su experiencia encontraría un puesto conveniente a poco tardar. No mencionó la amenaza de Sprock.

Al día siguiente hizo bien poco, excepto escribir unas cuantas cartas solicitando entrevistas. Fue a una casa de alquiler de máquinas de escribir, en el centro de la ciudad, y regresó temprano… precisamente ante los bramidos de desconsuelo y rabia de su pequeño de trece años, Mark.

Estos venían del cuarto de baño, en donde Bascomb halló que Sarah estaba atareada con agua, algodón y vendas. El ojo de su hijo mayor estaba prietamente cerrado. Cortes y magulladuras decoraban el resto de su cara y la parte superior del torso.

Bascomb quiso tomárselo a la ligera, pero vio la expresión de Sarah cambió de idea y preguntó con llaneza:

—¿Cómo ha ocurrido?

Mark alzó la vista, dubitativo; se volvió hacia su madre.

—Todo va bien —le dijo ésta.

—En el colegio… —empezó a decir Mark—. Todos los chicos… les dije que no dijeran esas cosas y traté de hacerles callar. Pero me era imposible dar una paliza a toda la escuela.

—¿Qué es lo que decían? —preguntó Bascomb.

—Que tú eres comunista. Se pusieron a cantar: «El padre de Bascomb es un rojo», poco más o menos. Luego Art Slescher escribió en todas las pizarras de las clases antes de que yo llegara: «¿Quién es el sucio comunista que tenemos entre nosotros?». Le perseguí por todo el edificio.

Bascomb miró a Sarah, su rostro descolorido. No hablaron.

Más tarde, cuando los niños se hubieron acostado, trataron de comentarlo.

—No podemos soportar esto siempre —dijo Sarah.

—No será siempre —repuso Bascomb, con más irritación de la que hubiese deseado—. Quiero decir que al cabo de una temporadita se olvidarán. Ya sabes lo que ocurre con esas historias de los periódicos. Acribillan a un individuo, crucificándole con sus campañas y, al cabo de una semana, hasta sus vecinos lo han olvidado todo.

—En este caso, no —Sarah sacudió la cabeza—. No habiendo tenido un buen principio ya está creciendo y creciendo u ocurrido con Mark es un simple caso.

—¿Hay algún otro?

—Mientras estaba comprando esta mañana oí ciertos comentarios en la tienda. Dos mujeres, al otro lado de la estantería de las verduras. Creían que yo me había marchado. Una mencionó tu nombre. Dijo que su hija tenía una amiga que aseguraba te pillaron molestando a unas menores cierta noche… que no les extrañaba que defendieras a un tipo como Clementi.

Bascomb enterró la cara entre sus manos y gimió con desespero y rabia.

—¡Una cosita así… para empezar! ¿Cómo diablos han llegado a parar a eso? ¡Ojalá ahorquen a Magruder! —Alzó la vista—. Mientras dure vamos a estar viviendo en un infierno, pero con el tiempo la cosa será distinta.

—En este caso, no —Sarah volvió a sacudir la cabeza—,

empeorará, sin la menor duda.

—¿Y qué vamos a hacer entonces? Aquí está nuestro hogar. Esta comunidad es tan nuestra corrió de esas malditas chismosas… como de esos críos de mentalidad tan retorcida…

—Van a obligarnos a que nos marchemos, Charles; no podemos seguir viviendo aquí más tiempo. Cuanto antes nos preparemos para irnos, mejor. ¡Pon la casa en venta mañana mismo!

Sólo entonces, por primera vez en muchos días, recordó Bascomb las extrañas palabras de Magruder, que cayeron sobre él como la violencia de un golpe en el estómago. «Eso le va a costar todo… su actual trabajo, su carrera… su buen nombre… su posición en la comunidad; su hogar…».

Magruder había dicho eso y hasta la última palabra cobró realidad.

Pero todavía había tiempo y modo de salvar algunas cosas.

—No nos marcharemos ante una cosa de esa especie —dijo—; siempre hay modos de vencer.

—¡Pagando el precio de nuestra propia destrucción!

—Siempre ha resultado caro luchar contra el prejuicio insano, pero el mundo sería un infierno si unos cuantos de nosotros no lo intentásemos.

«Dile a Mark que no se meta en más peleas; dile que cuando los demás me acusen de ser comunista, asienta. Que les diga que tenga una comunicación directa con Moscú. El propio Kruschev me nombró y estoy planeando derrotar al presidente y a su gobierno el mes próximo».

«Repite a las chismosas de vecindad la misma cosa. Acércate a ellas y pídeles consejo en lo que debes hacer con un marido al que pillas cada semana o cada quince días con muchachas adolescentes, incluso dentro de tu propia casa. Eso, al cabo de una temporada, les hará callar».

«Y luego… nos quedaremos; nos quedaremos aquí mismo y descubriremos quién cometió el asesinato del que acusaron a Clementi. Se lo echaremos a la cara hasta que queden sofocadas todas esas murmuraciones sadistas y falsas».

—De Clementi sólo poseemos una sensación intuitiva… y tú la has rechazado. Es posible que, después de todo, el jurado tuviera razón.

Bascomb permaneció mirando con fijeza los dibujos de la pared opuesta; parecían haberle oído. Luego, lentamente, entreabrió los labios.

—No —dijo—. He rechazado todo lo que Magruder me indujo a creer sobre la intuición, pero la inocencia de Clementi no depende de eso. Nuestros sentimientos hacia él fueron meramente cosa de azar, digamos, pero la lógica me convence de que en un detalle teníamos razón. He repasado y releído los relatos del juicio. La prueba es ridícula; no le dieron la menor posibilidad de defensa. Y creo que es porque tratan de proteger a alguien.

X

Fue un gesto noble y virtuoso. Bascomb, advirtió que Sarah le aplaudiría y estaría de acuerdo en resistir valientemente a su lado. Pero en su lugar, ella se levantó y se detuvo en el centro de la habitación. Le lanzó una sola mirada hacia atrás, casi desdeñosa.

—¡Te estás portando como un necio estúpido! —dijo—. Un guijarro no puede detener a un peñasco de cincuenta toneladas que rueda colina abajo —se marchó en dirección al dormitorio.

Una semana más tarde, Charles Bascomb había llegado al convencimiento de que su esposa tenía razón. Mark se encontraba en el hospital curándose un brazo que se había roto cuando una turba de compañeros de colegio cayó sobre él. Sarah había sido expulsada de los dos clubs de damas a los que pertenecía y el ministro de su iglesia la informó que había reorganizado los asientos que utilizaron siempre durante los servicios.

Sarah no tendría que molestarse más en acudir a los roperos de caridad, etc.

Bascomb halló su coche pintado de rojo chillón —incluyendo todos los cristales— cuando bajó del tren a fin de semana para volver a casa. Aquella misma noche hallaron los cristales de las ventanas rotas por piedras disparadas con hondas y, cuando se levantaron, hallaron en la puerta principal toscamente pintado el emblema de la hoz y el martillo.

En la ciudad no pudo celebrar ni una sola entrevista para solicitar trabajo durante todo aquel tiempo.

Bascomb visitó al agente de terrenos suburbanos local a primeras horas de la mañana. Por la tarde tenía una oferta… con una pérdida de cuatro mil dólares, que el agente le aseguró era lo mejor que podía hacer en vista de la peculiar condición en que

estaba ligada a la propiedad.

Una vez aceptada la derrota, Bascomb se sentía impaciente por marcharse. No sabía adónde se dirigiría, pero en cuanto quedó resuelto el almacenaje y posterior envío de sus bienes personales, embocó con su coche hacia el oeste. Hebras de pintura roja aún aparecían cerca de la goma protectora de los parabrisas; pero el nuevo repintado del vehículo simbolizaba la única cosa que se Nevaron consigo: la esperanza.

No sabía a donde iba. Aún estaba anonadado por los acontecimientos de los pasados días. La maldad incontrolable y la brutalidad de los ataques contra su familia resultaban inexplicables. Hasta la policía se mostró apática cuando efectuó sus quejas. Toda una ciudad se había vuelto en contra suya.

¿Y por qué?, se preguntaba continuamente, una y otra vez. No había explicación racional. Su simple afirmación en defensa de Clementi lo había disparado todo. Pero eso debía ser sólo el gatillo. ¿Dónde estaba la fuerza principal explosiva de la catástrofe? Lo ignoraba. De lo único que estaba seguro era que sus conciudadanos parecían, de pronto, haberse vuelto locos.

Cruzaron Nueva York en fáciles etapas y se detuvieron entrada la noche en un alojamiento para turistas de Pennsylvania. A Mark le dolía el brazo. Ni Chuck, ni Darcie, los más jóvenes, éste último yaciendo dormido sobre su regazo, disfrutaban ante el viaje. Huían de un terror que no mostraba su adecuada cara.

Fue allí cuando escucharon la radio, mientras se disponían a acostarse en las habitaciones del hostal.

—La policía busca al antiguo respetado ejecutivo de seguros que ahora huye con su familia de las consecuencias de una increíble ola de ataques criminales. Charles Bascomb, con un Buick verde oscuro, tres niños menores, matrícula del coche número…

—¡Vamos! —exclamó Bascomb—. Han debido radiarlo antes; me fijé que el empleado nos giraba con curiosidad mientras escribía en el registro el número de matrícula…

Cogieron el coche, salieron por el sendero cuando el conserje apareció a la puerta del despacho para contemplar su inexplicable partida. Sarah le vio dar media vuelta y volver a entrar corriendo.

—Estará telefoneando a la policía —dijo.

No había histeria, ni siquiera desesperación, recordó más tarde

Bascomb cuando entraba con el coche en la autopista y continuaba la marcha. Una especie de calma parecía haberse posado sobre todos ellos. Los niños guardaban silencio y Sarah se sentaba como si confiase en que Bascomb sabía exactamente lo que estaba haciendo.

Como si fuese así en realidad, disminuyó la marcha en un oscuro cruce de caminos y tomó por una carretera secundaria.

—Tendremos que mantenernos apartados de las rutas principales —dijo—. Esta también nos llevará a donde vamos a ir.

No le preguntó cuál era ese sitio; de momento Bascomb no deseaba inquirir a su propia mente lo que quería decir con sus palabras. Sólo continuó conduciendo. A la media noche se detuvo en una encrucijada de caminos vecinales en donde había un caserío. Una sola luz brillaba iluminando el indicativo de un hotel, único alojamiento de todo el pueblo.

—Aquí estaremos bien —dijo Bascomb con seguridad—, trataremos de descansar y saldremos a primera hora de la mañana.

Marcharon hacia el sur y hacia el oeste, eludiendo las autopistas que rodeaban la línea costera de Michigan. Nadie les miró con más recelo que se miraría a una familia corriente de turistas; ningún coche, haciendo sonar su sirena, se colocó a su lado. Sólo en una ocasión captaron una repetición del aviso radiado mencionando la persecución de la policía.

Cuando Bascomb, de manera brusca, metió el coche en un rumbo hacia el norte, tuvo un momentáneo impulso de parar y revisar el mapa de carreteras y preguntarse por qué diablos iba en aquella dirección. Pero no se detuvo; meramente disminuyó la marcha un instante… luego pisó el acelerador y se instaló algo más cómodo tras el volante. Lo había sabido todo el rato, claro.

¿Adónde sino podían ir que no fuese a Myersville… la ciudad que quemó los televisores en la plaza?

Llegaron muy tarde. Los faros del coche mostraron un aseado pueblo de casas blancas y verdes. Parecía que sólo había un hotel y pasaron por delante de la puerta, luego recorrieron un trecho en la población y regresaron. Cuando entraban en el pequeño vestíbulo un hombre se puso en pie desde un sillón de cuero cercano y avanzó con la mano extendida. Sonreía ampliamente.

—Toda la noche les llevo aguardando —dijo el profesor Magruder.

Sarah Bascomb se adelantó con una sonrisa de respuesta y aceptó la mano. Pero Charles se detuvo y se quedó mirando con fijeza aquel hombrecillo que era la raíz de todas sus dificultades.

Había presentido que la seguridad estaba en su huida hacia el oeste. Cuando Bascomb giró hacia el norte, supo que se daba cuenta de manera subconsciente desde el principio de que terminarían en Myersville.

Pero bajo ningún concepto podía admitir en sus cálculos que aquel recibimiento fuese cualquier cosa menos una sorpresa inesperada. Magruder era la última persona en el mundo con quien deseaba reunirse.

—¿Cómo llegó hasta aquí? —preguntó.

—Viajé —dijo Magruder con facilidad—. El juez oyó los cargos en la audiencia preliminar y me dejó marchar el día en que se fueron ustedes. Traté de ponerme en contacto, pero se habían ido demasiado pronto para que pudiera conseguirlo. Supe que los encontraría aquí.

—¿Y cómo lo pudo saber? —preguntó Bascomb con aire beligerante.

Magruder volvió a sonreír.

—¿Cómo sabía usted que Myersville era el lugar indicado para su refugio?

Se negó a decir otra palabra sobre el asunto de su pasada relación. Mientras les acompañaba al comedor y a la cena que parecía haber estado esperándoles, les habló de la ciudad, su paz y la oportunidad para vivir de manera completa, cosa que estaba seguro que disfrutarían. Habló de otras cosas incidentales, pero la palabra intuición no se mencionó aquella noche.

Después les condujo directamente a sus habitaciones.

—Tengo que inscribirme en el registro —explicó Bascomb.

—Eso está solucionado —repuso Magruder—. Después de todo, gobernamos el establecimiento.

Bascomb adivinó que sería completamente inútil preguntar la identidad de aquel «nosotros», implícita en las palabras de Magruder.

Los niños jamás habían visto al profesor, claro, y oyeron su nombre sólo cuando se pronunció en su presencia. Pero inmediatamente iniciaron una fuerte amistad. Al desayunar a la

mañana siguiente, el profesor demostró una aptitud inesperada para los juegos de manos, enigmas y relatos que mantuvieron hechizados a los niños.

Bascomb, sin embargo, estaba más absorto en una inspección de los otros comensales; estaba acostumbrado a clasificar individualmente a los tipos que consideraba como «personajes»… pero nunca en tanta cantidad. El hotel parecía estar lleno de ellos.

Magruder le miraba, según descubrió al cabo de un rato. Los niños y Sarah estaban enfrascados en el desayuno y el profesor dijo:

—A quien miraba usted es Shifty, en la otra parte del comedor. Es encargado de un billar. Como este juego ya no es tan popular como antaño, también trata con fotos escabrosas. Eso le da un gran predicamento entre los jóvenes estudiantes, especializándose de igual modo en introducir nuestro material. Los chicos creen haber encontrado un estupendo medio de ayuda cuando han acabado el cursillo.

—Me gustaría saber de qué diablos está usted hablando —murmuró Bascomb testarudo.

—Marty, el de allá, trabaja entre la multitud aficionada a las carreras. Les da un sistema que en realidad ha de ganar… pero es que también eligen los caballos adecuados. No dejarán a Marty por todo el uranio de Utah.

»Luego, el individuo cerca suyo, es el doctor Simmons; es quiropráctico. Tiene buena clientela entre las mujeres neuróticas de la alta sociedad de Chicago. Enfrente se encuentra el doctor Bywater… aquí tenemos muchos médicos… que respaldan los anuncios que ve usted a veces en las pequeñas revistas. Ya sabe: “le curarán en diez días o le devolveremos el dinero”. O: “Pacientes de próstata, alíviense en veinticuatro horas”. Esa clase de cosas. Les dan la rutina acostumbrada, y, claro, trabajan un uno por ciento del tiempo. Tienen un almacén lleno de testimonios de curaciones.

—¡Esto carece en absoluto de sentido! —exclamó Bascomb.

—Está bien, pues, se lo diré —Magruder comía mientras hablaba; ahora se levantó, acabó con el desayuno mientras Bascomb no había probado bocado. Bascomb se levantó también, sin embargo, y salió hasta el amplio porche del hotel y se sentó frente a la poca concurrida calle de la ciudad.

—Un lugar pacífico, ¿verdad? —dijo Magruder. Señaló a un

lugar oscuro en el pavimento de la plaza de la ciudad, a una manzana de distancia—. Ahí es donde quemaron los televisores; debió ser todo un espectáculo.

«¿Pero usted quería saber a qué viene todo esto, verdad? No debería ser muy difícil en la actualidad, porque ya conoce…».

—¡No conozco nada! —exclamó Bascomb—. ¿A qué «nosotros» se refería usted anoche? ¿Quiénes son las personas que señaló en el comedor… qué significan estas actividades insensatas?

—Lo primero que necesita comprender —dijo Magruder lenta y cuidadosamente ahora—, es que la intuición no le proporciona una inteligencia de superhombre en el mundo estadístico y lógico en el que ha vivido toda su vida.

«La intuición es una casta de gato completamente distinta, un medio no lógico de llegar a conclusiones sobre el mundo. Recuerde que el mundo y sus problemas siguen siendo los mismos. A veces las respuestas son iguales, también; la mayor parte de ellas son considerablemente mejores. Pero el cambio de métodos a veces tiende a hacer que toda la imagen —el mundo de sus relaciones interpersonales— aparezca de súbito tan diferente de lo que uno piensa que el individuo es capaz de sentirse como dejado caer en otro mundo».

«La no lógica ha llegado a ser sinónimo de irritación o locura… un fragmento de viva propaganda puesta por un sistema que lucha con uñas y dientes, por así decir, para evitar el reconocimiento de otros sistema mejor. Cuando se cambia de uno a otro, uno puede sentirse inclinado a descontar, a no parar mientes en parte de los rasgos del nuevo».

Bascomb rezongó disgustado.

—Si trata de decirme que puse en funcionamiento algún sentido de la intuición, puede ahorrarse las palabras. La única vez en que me fie de él por completo, por poco me destruye. Lo barrió todo, destruyó lo que hasta ahora había construido… hogar, trabajo, relación comunal. Incluso me buscaba la policía, según oí. ¡Sólo el cielo sabe cómo se resolverán estos hechos!

—No… creo que Charles Bascomb sabe que todo saldrá bien. La historia pasará; los cargos serán retirados y olvidados. No habrá persecución continuada, ni tampoco dificultades por esa parte.

«Estoy del todo seguro de que usted conoce que su intuición no

le falló. Trabajaba de una manera segura para llevarle a la máxima velocidad a las nuevas circunstancias que le producirán la próxima satisfacción en su vida».

—¡Usted está loco! Mordí el anzuelo de sus paparruchas pseudocientíficas y me hundí y decidí basar en todo eso una nueva vida. Mi esposa estuvo de acuerdo conmigo. Todo fue mal, usted evidentemente sabía lo que pasaría.

—V usted debe también recordar que predije cuál sería el curso de los acontecimientos, ¿no es cierto? Tenía que ser así. Usted seguía una facultad intuitiva fuertemente operativa y le conducía casi por el sendero óptimo.

«Hay una característica de la intuición que le hace un poco difícil de tragar para el hombre educado y de casta estadística. La intuición es absolutamente implacable. Si para llegar a cierta meta es preciso seguir un sendero a través de trampas e infierno, la intuición no deja paso a las objeciones lógicas acerca de estos obstáculos. Te lleva en línea recta; que es lo que ocurrió en su caso».

—Espero que no intente decirme que fue intuitivamente deseable que huyera de una ciudad con la reputación destrozada.

Magruder asintió.

—Ese es exactamente el caso —dijo—. Usted ha captado su facultad intuitiva como un motivador primario en el momento que reconoció que existía en realidad. No todo el mundo lo hace así, comprenda, pero usted en cambio… tal como afirmó hace un momento, mordió el anzuelo y se tragó el cebo.

«Era por tanto facilísimo asumir un alto nivel de funcionalismo y sustituir una masa considerable de razonamiento lógico. Pero aun así, quedaba comparativamente todavía en desarreglo embriónico… con el resultado de que se encontraba usted en cierto modo en la posición del hombre tratando de cabalgar en dos caballos que querían ir cada uno en direcciones opuestas».

«Sí, usted permitía que operase la intuición, pero trataba de evaluar sus resultados lógicamente».

—¡Supongo que el intuicionista no tiene ningún deseo de poseer un puesto en la comunidad! ¡Es inútil una reputación sólida y estable y una perfecta vida familiar!

Magruder hizo una mueca impaciente.

—Me supongo que resulta difícil hacerle salir de un hábito que ha poseído toda la vida al tratar de generalizar las cosas partiendo de un solo incidente específico. Sin embargo, aprenderá…

«Su caso nada tiene que ver con lo que desean o no desean los intuicionistas en general. Para usted, su intuición le determinó un curso óptimo de acción con la precisión de la Ley Natural. Para usted, no para cualquier otra persona. Para usted».

—¿Es que hay algún propósito que se pueda comprender entonces por mi mente sencilla y lógica? —preguntó Bascomb con amargura.

—Pues claro. Simplemente es que usted tenía que ser arrancado de su nicho en una sociedad estadística, o no se habría ido. Eso representa una actividad refleja casi increíble de la intuición que no se puede comprender en términos lógicos. Yo, por así decir, adiviné que usted estaba deseoso de utilizar la intuición; pero también vi que usted nunca renunciaría lo suficiente al modo estadístico de vida que se había construido con tanta solidez. Usted vio, por consecuencia, la necesidad de destruir el impedimento con el fin de permitirle realizar su elección básica intuitiva de una vida intuitiva. Así que elaboró la cadena de circunstancias… le condujo a usted a que la elaborase… para destruir su posición en la sociedad estadística y por tanto dejarle libre para la vida plena que ya había elegido pero que de otro modo no podría obtener.

«Usted se acostumbrará a esa clase de operación al cabo de una temporada; reconozco que le sacudió con rudeza en las primeras veces que entró en funciones, pero eso le ocurre a todo el mundo».

—Es absolutamente…

Bascomb no terminó con la palabra «locura», que tenía en la punta de la lengua. De pronto se sentó muy quieto, mirando a través de la tranquila Calle Mayor de Myersville. Y en lo más profundo de su mente una página parecía haberse girado, basándose en el curso natural de la sucesión numérica y una anterior opacidad estaba inundada con un torrente de luz brillante. Y sintió un temblor en las fibras más íntimas de su ser, que era a la vez alegría y aprensión.

¡Cada una de las palabras que pronunció últimamente Magruder era cierta! Ahora lo veía… y comprendía cómo posiblemente no pudo advertirlo antes. Pero algo en su interior se daba cuenta… la

cosa misteriosa y terrible que los hombres llamaban intuición…

No hubiese abandonado su nicho. Habría realizado cosas insensatas como para promover el rumbo que iniciara; había hablado de su hallazgo a sus amigos y asociados.

Y habría retrocedido cada vez que el ridículo pusiese en peligro su asociación con la sociedad que le rodeaba. Habría evaluado su lugar en la comunidad; su debilidad o su reputación… todo… por encima de la explicación de la intuición. Habría permanecido con New England; se habría quedado para ser un Hombre Estadístico.

Algo en él le enseñaba cómo hubieran sido las cosas. Y ahora era un testigo claro de la página iluminada de su mente en que aparecía el proceso de aquella visión, el curso intrincado de su manar ilógico.

El proceso que le había convertido de una vez para siempre en un Hombre No Estadístico.

Supo que volvería a estar allí, realizando su trabajo, contemplando su modo de vivir, su consciencia razonadora. Jamás dudaría o volvería a perder la fe. ¡Esa era la íntima cualidad de la fe que antaño sugiriera Magruder!

—No me habría marchado de no haberme visto expulsado, obligado a huir —dijo despacio, los ojos aún fijos en los edificios del otro lado de la calle—. Jamás volveré a perder la fe en la intuición.

Magruder sonrió algo feliz.

—Lo necesitará; pero dudará de la verdad de su afirmación cuando la intuición le conduzca a infiernos mucho más terribles de los que ha visto usted hasta ahora. ¡Y lo hará, no lo dude!

«Pero, eventualmente, poseerá una sólida fe que no podrá ser conmovida por nada de lo que se le oponga. Para entonces conocerá que la consciencia intuitiva excede a la cruda lógica en cualquier crisis básica».

—Esto parece erróneo —murmuró Bascomb dudoso—; me refiero al modo en que ha estado usted hablando y pensando. Como si algo exterior a mí mismo que impulsara, me dirigiese y me dijera lo que hacer sin intervención de mi propia voluntad. Pensar así me produce una sensación incómoda.

—Debería serlo, porque no es la manera adecuada de pensar en el asunto. La intuición no es ningún hombrecillo verde misterioso

que hay dentro de su cráneo, dando instrucciones y reteniéndole datos.

«La intuición es usted… una función de su yo, como la imaginación, la lógica, o cualquiera de las otras funciones. Al igual que el subconsciente, retiene datos del departamento lógico a veces; pero eso no significa una entidad separada, bajo ningún concepto».

«La naturaleza exacta de la intuición es, claro, todavía un misterio para nosotros. Sólo hemos descubierto como restaurarla y utilizarla hasta cierto grado. Y al igual que cualquier otra facultad, su operación, su funcionamiento puede mejorarse y desarrollarse. Cuáles son los límites máximos, lo ignoramos; ninguno de nosotros ha llegado hasta ellos, todavía».

«Hallará usted hoy algunas cosas que la intuición no es. De manera básica, intuición significa conocimiento de cosas tal y como existen, sin recurrir en particular a los otros sentidos y relaciones como son y pueden ser, sin recurrir a la lógica correspondiente. Dejando esto aparte, no es un medio de viajar por el tiempo para conocerlo todo, para saber lo que va a ocurrir en el futuro al final de la vida de uno. Entraña una cantidad considerable de presciencia del futuro inmediato; pero esto se desvanece de manera exponencial a medida que aumenta el tiempo y la cantidad de variables entrelazadas. Resulta una de nuestras propiedad más gloriosas, sin embargo, y que nosotros estamos expandiendo rápidamente».

«Básicamente, la intuición parece funcionar en las premisas del contacto directo con el universo. Tenemos que postular una condición de no distancia y contacto simultáneo con todas las porciones del universo triinmediato, o por lo menos a voluntad. Es muy complejo, pero creemos hallarnos en el buen camino».

—Acepto su palabra —dijo Bascomb—. Sin embargo, hay una cosa que me gustaría comprender y es la maldad de los ataques sobre mí, allá en mi ciudad. Eso no era nada normal; nada que yo pudiera explicar posiblemente. La policía ignoró mis peticiones de ayuda y los vándalos atacaron a mi familia a voluntad. ¡Todo porque defendí a un hombre inocente a quien querían matar!

—No —Magruder sacudió la cabeza—. ¡Seguro que usted no puede creer que el ataque fuese resultado de su defensa a Clementi!

—¿Y de qué si no?

—Hay una cosa que saber, o uno de los propósitos básicos de su

venida se habrá perdido. Mire en su propia mente y vea si ahora no se muestra aparente otro motivo.

Bascomb meditó y la iluminación que había experimentado pareció arder lentamente para recuperar la brillantez como un rayo de sol insólito e imprevisto.

—Sí —dijo—. Comprendo. Clementi nada tenía que ver. Ellos pensaron que Clementi era el motivo; pero en realidad lucharon contra mí porque yo había tratado de enseñarles lo de la intuición.

—Eso fue —asintió Magruder—. La furia de la sociedad estadística rompiendo la pequeña película que le separaba de la apariencia y luchando contra su rival más deseable. Usted no puede olvidar, con seguridad, que los hombres siempre quemaron a los brujos y brujas y a los pocos que encontraron sabiduría en sus palabras. Los profesores han pagado siempre su don con la vida, de un modo u otro. La lógica casi gana; los profetas y las brujas y brujos son pocos en estos días.

«Usted aprenderá incluso más plenamente como la dependencia de la Sociedad inhibe la habilidad intuitiva del hombre. Usted ha aprendido que la Sociedad luchará contra la Intuición, con uñas y dientes; era absolutamente necesario que se aprendiese muy bien esa lección».

—¿Por qué? —exclamó Bascomb—. ¿Acaso no era asequible el conocimiento de manera intuitiva, sin tener que sufrir esa desagradable experiencia?

—No cometa el error de presumir que la intuición sustituya a la experiencia —aclaró Magruder—. Si eso fuese cierto, podríamos hacernos ascetas y pasar nuestras vidas en lo alto de un poste, contemplándonos el ombligo. La intuición sirve de guía a la experiencia, no la substituye. El conocimiento intuitivo, ante el que sus vecinos han reaccionado como si ellos no quisieran, en sí, ha servido para arrancarle de su medio ambiente estadístico… Sin la experiencia actual de verse sujeto a su reacción, habría permanecido siendo una cuestión académica, un motivo más o menos viable para su ruptura.

«Similarmente, usted podría preguntar, si la gente puede detectar su propia necesidad de seguridad en el seguro de manera anticipada, y si acaso no podrían cambiar por entero esa necesidad. ¿Pueden evitar accidentes siguiendo tal camino? A veces sí… si es

apropiado para su experiencia mundial, total, óptima el que lo haga. En otras ocasiones sólo pueden prepararse para enfrentarse a la experiencia de una manera óptima».

—¡Pero todos los estudiantes que asisten a sus cursillos no sufren lo que yo sufrí!

—No… usted es distinto por lo que ha llegado a ser en este campo. Los demás aprenden cómo utilizarlo en sus vidas particulares, pero no hablan de eso; su intuición les enseña a tener cerrada la boca y no contar cosas peligrosas. La suya le impulsa a divulgarlo, a causa de la lección que tuvo que aprender… a causa de que tuvo que saber, de primera mano, cómo se volverían contra usted los vecinos con un salvajismo frío y maligno a causa de este asunto.

»Usted tenía que ver a la Sociedad movilizar todas las técnicas de quemar brujas acumuladas en el transcurso de las épocas y darse cuenta de que todavía existen; que la ciencia no las ha hecho innecesarias, pero que a veces aparecen mostrándose como una forma más suave del mismo principio sólidamente plantado en su ser. Usted tenía que conocer que la Sociedad reconoce su posición como una orden de muerte para sí misma y que luchará hasta morir por su propia supervivencia».

»Usted tenía que saber cuán sinceramente el Hombre se ha hecho pobre, se ha hecho un niño apenas enriquecido, sentado en el centro de su opulento sistema social, que se ha hecho abundante más allá de su capacidad para emplearlo y que dentro, en un alma que se iba encogiendo psíquicamente para dejarle un hueco, los ojos sin vista se desplomarían en aquel montón de dispositivos brillantes cuando hubieran muerto ya sus últimos fuegos internos».

»Pero yo digo que la lógica casi gana; que la batalla no ha terminado. La lógica todavía no ha quitado el hechizo a la Sociedad de las brujas y profetas y hechiceros y charlatanes. Su compañía ha aumentado considerablemente desde nuestro descubrimiento del proceso para restaurar las facultades intuitivas a pesar de las presiones sociales que se ejercían sobre ella».

»Yo empecé hace cinco años mientras estaba todavía en la universidad. Hice un reclutamiento lento y cuidadoso y todos mis discípulos originales siguen conmigo. Más tarde nos adentramos en el país, trabajando al azar, desarrollando nuestros métodos,

mejorando nuestros medios de contacto y de pura existencia en una sociedad estadística. Ha encontrado usted informes de parte de nuestro trabajo, ya sé que sólo estamos empezando».

»Hace seis meses decidimos que el experimento tuviese lugar en toda una comunidad. Elegimos Myersville porque ya tenía una buena fundación estable; ya conoce los resultados. Será nuestro cuartel general durante algún tiempo futuro».

»El público, en general, aquí no está en el secreto de lo que le ha ocurrido precisamente, compréndalo. Simplemente se da cuenta de que ha decidido cambiar su forma de vivir; que se ha hastiado de la manera antigua y que voluntariamente ha decidido mejorar. Le sorprende ahora cuando sale a efectuar alguna visita. Pero nosotros no hicimos esto. Lo hicieron ellos… después de tener una libre experiencia de parte de sus facultades intuitivas, lo que les conduce a pensar en su esclavizante dependencia de la Sociedad».

»Hasta hoy ésta es toda la historia. Tratamos de reclutar hombres más fuertes mientras transcurre el tiempo. Nuestra vigilancia de sus capacidades demostró que usted era uno de esos hombres más fuertes.

—¿Y cómo pudieron saberlo? —preguntó Bascomb con brusquedad—. Yo vivía enterrado, literalmente enterrado… en la masa estadística que llamaba yo vida. ¡Oh, el ojo intuitivo de Sarah me asustaba profundamente y me quitaba toda posibilidad de advertir la luz!

—Lo sabíamos… y sabíamos el porqué. Su medio ambiente nativo de facultades intuitivas es tan alto que ya había efectuado su elección a primeras horas de su existencia; enterrarlas por completo, y no arriesgarse por terror al ostracismo más total de la Sociedad que le consideraría un enemigo de su propia existencia.

«Nada hay vergonzoso en esa decisión; es la única que tomó la raza entera en el alba de su vida. Fue particularmente una suerte que se casase con una mujer como Sarah, que ya poseía algo de comprensión y creía en sus propios poderes intuitivos. También ella nos será de gran ayuda».

—¡Parece usted muy seguro de que formaremos en su bando!

—¿Se imagina que nos habríamos tomado tantas molestias si careciésemos del conocimiento positivo e intuitivo de ese hecho? —preguntó Magruder, asombrado.

Bascomb sonrió al comprender. No tenía ningún argumento que ofrecer; sabía que el profesor estaba en lo cierto. Sabía, del modo más positivo que un hombre puede alcanzar jamás, que el profesor decía la verdad.

Sintió que así deberían ser las cosas.

FIN

LA LUNA ESTÁ MUERTA

Uno no sabe lo que significa la edad hasta que ha visto la Luna de cerca. No es como el rostro amistoso de un viejo que ha vivido una buena vida repleta de sensaciones; es el viejo esqueleto hallado en un viaje alrededor del desierto, podrido y descarnado después por los buitres. Pero hace diez mil años.

Enviaron a dos en el primer viaje. McAuliffe y Joe Siddons. McAuliffe era geólogo, Joe un experto en campos electromagnéticos. Joe suponía que esa clase de combinación era tan adecuada para averiguar los misterios de la Luna como cualquier otra, pero que hubiese preferido un compañero más próximo a su campo de especialidad. Mac y él nada tenían de qué hablar. Sólo del viaje en sí y ninguno de los dos deseaba hacer muchos comentarios sobre aquello.

Debió ser cuanto menos un grupo de cinco individuos, se dijo Joe. Conocía la clase de humor que puede producirse en estas patrullas de dos personas y no le agradaba la idea de ninguna discusión con Mac. El geólogo era un tipo grande, ancho de hombros, que parecía más un estibador que un buscador de guijarros.

Joe era lo bastante mayor para cuidar de sí mismo en más aspectos de los que se podía imaginar, pero no quería provocar una antipatía con nadie en estos momentos. Deseaba descubrir por qué no regresó ninguna persona jamás de la Luna. Deseaba saber qué había pasado a su íntimo amigo, el Dr. Radon Harcourt, que perteneció a la Expedición Cinco.

Mac manejaba los mandos del pequeño cohete saltador. Sus ojos estaban fijos en un sector brillante del disco de la Luna que iluminaba la portezuela delantera. Joe comprobó sus atalajes y miró

hacia estribor en donde aparecía, como flotando, la estación del espacio, que les proporcionó el punto inicial para su salto en esta investigación lunar.

Consultó la carta del panel y señaló delante de ellos.

—Un poco a estribor, Mac. Ahí están las Montañas del Caucasus. Base-Cinco está en algún lugar a lo largo del pie de ellas, en el borde del Mare Imbrium.

Mac consultó la carta y corrigió la caída. Por encima de ellos, la pantalla de televisión mostraba la fila de oficiales mirándoles desde el interior de la propia estación espacial, vigilando cada movimiento hecho por los dos hombres del cohete. Escuchando cada palabra que decían.

«Buitres», pensó Joe.

Trató de despejar de su mente la animosidad. Mala manera aquélla de empezar. A nadie se le podía echar la culpa de la muerte de Harcourt; por lo menos, todavía no. Y nadie les había obligado a Mac y a él a efectuar este viaje. Se ofrecieron como voluntarios para intentar un aterrizaje lunar.

Los hombres lo habían estado intentando durante más de veinte años. Los primeros cohetes naturalmente estaban dirigidos a la Luna; no regresaron. El equipo especial, la masa de componentes de radio… nada jamás de la Luna para demostrar que las expediciones habían aterrizado con los hombres vivos.

Había habido en total ocho expediciones antes de que finalmente renunciaran. Para aquel tiempo los motores atómicos estaban preparados y Marte se hallaba tan cerca para un hombre con una pila reactora como la Luna lo estaba para el que poseía un cohete. El hombre ya había aterrizado y regresado de Marte sin haber siquiera caminado por la superficie de la Luna… por lo que hasta entonces se sabía.

La Luna era un enigma, comenzaban a decir. Los hombres se negaban a firmar contrato para cualquier nuevo intento en el satélite natural de la Tierra, mientras que se mostraban ansiosos de que les diesen una oportunidad de volver a Marte o a Venus.

Pero se organizó por último otro viaje a la Luna. Le llamaron Expedición Cinco, porque era la quinta bajo el sistema de operación actual. En ella participaron tres de los mayores navíos atómicos y casi doscientos hombres. Incluyendo Radon Harcourt.

A ninguno de ellos se le volvió a ver jamás.

Habían tomado tierra; hasta ahí se sabía. Se recibieron mensajes narrando la exploración de rutina, describiendo la fría y muerta superficie del satélite. Pero a las pocas horas llegaron noticias de alguna especie de desastre. Hubo informes frenéticos y confusos de una división entre los miembros de la expedición. Y luego silencio.

Se decidió que era preciso hacer algo. Este era un desafío que ya no se podía ignorar más tiempo. La Luna tenía que ser abierta a la exploración y su misterio resuelto. Para tal propósito, una estación del espacio, del tipo que se construían en órbita en torno a la Tierra, fue montada y remolcada a su lugar en órbita lunar. Mil especialistas se situaron para exigir una respuesta concerniente al destino de los hombres desaparecidos.

No había precedentes. Tripulaciones de dos personas en pequeños cohetes saltadores fueron decididas arbitrariamente para abrir una línea de ataque. En donde habían fracasado centenares, quizá dos pudiesen hallar una simple respuesta a este por qué. McAuliffe y Siddons fueron los primeros en ir, elegidos como lote de todos los voluntarios asequibles. Se encontraban ahora a unos trece kilómetros de altura, rebordeando hacia la yerma llanura del Mare Imbrium. Joe miró por el telescopio, buscando evidencias de la existencia de la Base Cinco.

—Lo tengo —dijo de pronto—. Tres navíos en triángulo con las cabañas en el centro. Eso es.

—Está bien, demos la vuelta —repuso Mac. Sus dedos oprimieron botones.

Joe se afirmó contra la deriva lateral y el impulso de los cohetes mientras daban la vuelta al navío, deteniendo su movimiento hacia adelante para que formase un arco hacia arriba; luego bajándolo despacio sobre los cohetes de cola. Mac timoneó con cuidado para llevarles cerca de la base desierta. Los cohetes despidieron una nube de polvo más alta que el navío y éste se aposentó en el poco profundo cráter.

Mac cortó la ignición.

—Fin de trayecto y nadie ha regresado jamás. ¿Por qué se supone que somos tan condenadamente locos como para meternos en un apuro como éste?

—Todavía no hay apuro —aclaró Joe—. Ahora mismo

podríamos oprimir los botones y volver a la estación.

Mac miró con cuidado por la ventanilla al antiguo y desalentador paisaje lunar visible ahora al ponerse la nube de polvo.

—Me pregunto si no sería eso una gran idea —dijo—. ¡Sólo para romper la mala suerte de este condenado lugar!

Su primera tarea era instalar los transmisores de televisión que mantendrían la zona de la base bajo la vigilancia de los oficiales a bordo de la estación del espacio. Explorarían el área a plena vista de los hombres que estaban en órbita. Cuando entrasen en una de las cabañas, o en las espacionaves abandonadas, no podrían estar fuera de vista más de veinte de minutos, su ausencia por un período más largo sería señal para lanzar un segundo cohete saltador, cuyos ocupantes irían directamente al lugar en donde Mac y Joe fueron vistos por última vez. Y si esto no servía para localizar la dificultad, se tenía en reserva otra serie de trucos.

En sus trajes compensados en cuanto a peso descendieron por las escalas de las aletas y se encaramaron por el costado de la escasa depresión producida por los cohetes. Delante de ellos se veían los picachos de las Montañas Caucasus, como un montón de huesos iluminados por el sol.

A la distancia de unos treinta metros del cohete dieron media vuelta. Joe habló.

—Joe Siddons informando al comandante Ormsby. Hemos instalado las cámaras de televisión y avanzamos hacia Base Cinco. ¿Se nos ve? ¿La alineación resulta satisfactoria?

—Muy bien —dijo Ormsby—. Procedan de acuerdo con el plan.

Los hombres dieron media vuelta y avanzaron con dificultades, el polvo formando espuma en torno a sus pies. Joe podía imaginarse cómo se estaría allí en la estación… los hombres atestados ante las pantallas de televisión, el cohete de auxilio preparado para cualquier emergencia…

Mac avanzaba a unos tres metros de distancia y Joe hizo una pausa, mirando hacia adelante en dirección a los huesudos picachos que se destacaban de la llanura. El aura de edad infinita y desolación era todo menos tangible. Empapaba, penetrando a través del plástico de su traje y parecía recomerle los huesos. Marte es el Jardín del Edén comparado con esto.

La Luna era mil veces más vieja que la Tierra, pensó.

Vio a Mac, delante suyo, detenerse bruscamente y arrodillarse en el polvo. El geólogo dio un áspero grito por el radioemisor. Y entonces, cuando Joe corrió presuroso hasta él, alzó un voluminoso objeto que había estado semienterrada.

Era una figura en traje espacial yaciendo boca abajo, los hombros extendidos como si el hombre hubiese caído mientras caminaba.

—Cógele el brazo —dijo Mac.

Con suavidad, volvieron bocarriba el cadáver. Joe limpió el visor del casco hasta que los rayos inclinados del sol iluminaron la oscura caverna interior.

Su mano estaba inmóvil y el respirar de ambos hombres hizo una pausa profunda mientras contemplaban los restos del individuo que había muerto dentro del traje. La cabeza era un cráneo brillante; apenas permanecía allí un rastro de carne coriácea. Las profundidades de las órbitas oculares estaban desnudas y blancas.

—Parece como si hubiese estado aquí un millón de años —jadeó Mac—. Un cadáver no tiene ese aspecto cuando se congela bruscamente… como ocurriría aquí. Por lo menos, después de sólo seis meses, no toma esta apariencia.

—Quizás el alternativo calor de los rayos directos del sol y el frío de la noche… —empezó a decir Joe—. Jamás habíamos visto a un hombre muerto en la Luna.

Pero no lo creía, como tampoco lo creyó el geólogo.

—No es la manera en que debería estar —dijo Mac.

Se pusieron en pie, dejando la figura donde yacía. Joe informó brevemente del hallazgo.

—¿No hay signos de violencia física? —preguntó el comandante Ormsby.

—Ninguno que resulte evidente —contestó Joe.

—Claro, se requerirán pruebas del laboratorio para determinar si el traje era defectuoso o fue saboteado y si la muerte llegó por enfermedad o veneno. A menos de que encuentren algo de mayor significado, no se olviden de traer el cadáver con ustedes, cuando regresen.

—Sí señor —dijo.

«Cuando regresemos», pensó. Miró hacia la puntita de alfiler

luminosa que era la flotante estación espacial y al disco verde de la Tierra, visible en el horizonte. Sintió frío y soledad y «e creyó viejo, viejísimo.

—Vamos —dijo Mac—. Demos una rápida vuelta por la base y acabemos pronto.

Él también lo estaba experimentando, pensó Joe, y sólo llevaban en la superficie lunar pocos minutos. ¿Qué es lo que sintieron los hombres después de días de mirarse uno a otro, de verse morir aquí, como debió ocurrirles?

Siguieron la marcha. Delante estaban las columnas guardianas de los tres navíos; eran ahormes… seis u ocho veces la altura del pequeño cohete saltador. Los dos hombres podían ver sus puertas exteriores abiertas en dos de los navíos, pero el tercero estaba cerrado, como si se preparase para despegar. Joe se preguntó si habría habido allí un intento salvaje de última hora por escapar, un intento que fracasó.

En el centro del triángulo estaban las chozas presurizadas, alzadas por el trabajo de la expedición. Sólo dos habían sido erigidas antes de que sucediese el desastre… la barraca vivienda y la residencia del comandante.

Eligieron la barraca vivienda o cuartel para la inspección inicial. El edificio era del tipo familiar Quonset, herméticamente cerrado y equipado con escotillas de aire a ambos extremos y dos a cada lado. Estas eran para una rápida entrada o salida de todos los hombres de complemento de la expedición, en caso de emergencia.

Las escotillas de las entradas más próximas estaban cerradas.

—¿Supones que aún hay atmósfera? —preguntó Mac—. ¿Podría todavía estar funcionando la maquinaria?

Joe extendió las manos.

—No hay razón para que no lo haga. Me imagino que deliberadamente no la desconectarían… ni siquiera el último individuo que hubiese ahí dentro. Probemos por el otro lado.

Encontraron una escotilla abierta en el extremo opuesto, fuera de la vista de las cámaras de televisión. Joe consultó con Ormsby.

—Podemos entrar en la vivienda general por la escotilla. ¿Quiere que entremos ambos, o ha de quedarse uno a la vista?

—Pueden entrar los dos —autorizó el comandante—. Su transmisor no funcionará en el interior de las viviendas, pero no

corte la comunicación por más de veinte minutos. Recuerden, el segundo saltador será enviado si no aparecen dentro de ese tiempo.

Los dos hombres se arrastraron a través de los sesenta centímetros de la abertura, entrando en la cámara externa de la escotilla. Cerraron y se aseguraron de la hermeticidad para que resistiese la presión que aparecería cuando abrieran la puerta interna. Mac se acercó al panel de las válvulas y accionó los mandos con viveza. Una niebla compuesta de finos copos de nieve cayó al suelo mientras el aire salía de las tuberías.

—Aire —dijo Joe—, y caliente, respirable… porque se ve que tiene humedad y ha sido renovado, sino hace mucho tiempo que ya estaría completamente seco.

Cuando cesó el silbido y la película de nieve desapareció del suelo, Joe abrió la puerta interna y cruzó entrando en el vestíbulo de la vivienda. Mac le siguió. Su brusca inspiración de aliento y la maldición apagada le llegaron por los auriculares.

La habitación era un caos. En las literas había centenares de restos humanos. Otros estaban extendidos en el suelo, doblados sobre las mesas, o desplomados en los pocos sillones asequibles. Y cada uno se había convertido en un esqueleto reluciente. Como el que vieran en el exterior éstos sólo tenían hebras de cuero aferradas a los huesos, mostrando que antaño la carne los había cubierto.

Los dos hombres avanzaron despacio recorriendo toda la longitud de la construcción.

—Es como una catacumba —murmuró Joe—. Juraría uno que llevan aquí siglos, en lugar de seis meses. Al igual que el individuo de afuera.

Mac consultó al termómetro colgado en la pared y empezó a quitarse el casco de su traje. Joe le tocó el brazo.

—Mejor no; podría haber alguna especie de enfermedad que acabó con ellos.

—Los gérmenes no han podido yacer dormidos aquí en la Luna desde Júpiter sabe cuándo…

—Sí —insistió Joe—. Esporas del espacio, incluso. Lo sabremos cuando los del laboratorio se pongan a trabajar. Pero será mejor que permanezcamos dentro de nuestros trajes hasta que regresemos a la estación y estemos completamente desinfectados.

—Entonces voto porque volvamos. Ya hemos encontrado lo que

vinimos a buscar —opinó Mac.

Continuaron caminando despacio hasta el extremo de aquella catacumba reciente. Los esqueletos estaban en todas las actitudes concebibles, pero le parecía a Joe que la predominante era el desplome indefenso en el mismísimo centro de toda actividad. Parecía como si hubiesen sido atacados por algo casi simultáneamente.

Buscó ansioso alguna pista de los restos de su amigo, el doctor Harcourt. Pero sabía que era inútil hasta que las ropas y las posesiones particulares de todos ellos pudieran ser examinadas minuciosamente. Los esqueletos son anónimos en la muerte.

—¿Qué te parece si echamos un vistazo a la cabaña contigua, al Cuartel General? —preguntó Joe—. El diario de operaciones quizá PJS diga cómo empezó todo esto.

Mac asintió, pero apenas prestaba atención a las palabras de Joe. Sus ojos se veían atraídos por un grupo de figuras desplomadas en torno a una mesa próxima a la pared opuesta de la sala. O, mejor, por los objetos que predominaban en aquella zona de la sala.

Se acercó más. Había una pila pequeña de piedras redondas. Eran como cantos rodados, variando en tamaño desde guisantes a nueces, con unas pocas que llegaban a tener hasta unos siete centímetros de diámetro. Tenían la suavidad del cuarzo lechoso, pero su característica sobresaliente era una débil fosforescencia amarilla.

Mac cogió una de las piedras mayores y la dio vueltas en sus manos.

—Un tipo extraño de formación para encontrarse en la Luna. Me pregunto dónde la recogieron. Parece como si los hombres las reuniesen como recuerdos más que como parte de un trabajo de recolección sistemático de muestras.

Se metió la piedra reluciente en el bolsillo del traje espacial.

—Será interesante efectuar un análisis químico cuando regresemos a la estación. Dudo que la luminiscencia proceda de alguna forma de radioactividad.

Joe consultó la esfera del reloj en el lado de su casco.

—Tenemos que salir. Han pasado dieciocho minutos desde que establecimos contacto con Ormsby.

Cruzaron presurosos por aquella siembra de esqueletos y

entraron una vez en la escotilla. Fuera, se plantaron a la vista del objetivo de la televisión y enviaron una llamada a la estación. Joe dio un rápido informe de la situación en la choza.

—¿Siguen sin verse rastros de violencia? —preguntó Ormsby.

—Ninguno —contestó Joe—. Ha debido ser enfermedad… esporas que quizás estuviesen dormidas durante centenares de millares de años. Todo lo que vuelva de la Luna tendrá que ser concienzudamente desinfectado. Nuestra intención es inspeccionar la choza del Cuartel General ahora mismo.

—Prepararemos lo de la desinfección —dijo Ormsby—. Recojan todos los papeles del Cuartel General, especialmente los que ustedes crean que pueden dar alguna luz a este asunto.

Ahora todo estaba aclarado, se dijo Joe, mientras cruzaban por el polvo de piedra pómez hacia la otra cabaña. No era nada excepto gérmenes de enfermedad. No había misterio. Sólo una plaga de la naturaleza que casi había derrotado los intentos del hombre por llegar a las estrellas.

¿Pero creía eso en realidad?, pensó. ¿Creía que era tan sencillo? El aura de la edad parecía deslizarse a su alrededor y se colgaba con frialdad al traje, dentro del cual se sentía como un prisionero solitario. No era tan sencillo. No podía serlo, sintió con pánico. Pero si no era así, ¿entonces qué sería?

Se detuvo y se volvió a su compañero de pronto, que estaba inclinado y comenzando a dar zarpazos en el polvo ligero con los dedos.

—¿Qué diablos estás…?

Mas se incorporó y alzó un objeto triunfante.

—Me pareció notarlas mientras caminábamos. Las piedras… las piedras de la Luna, si te place… y están por todas partes, dentro del polvo.

Joe se inclinó palpó a su alrededor. Al cabo de un momento tenía tres o cuatro de las pulidas piedras.

—¡No me extraña que las recogiesen como recuerdo! Hay tantas como conchas en una playa. ¿Cómo te imaginas que se produjo esta formación?

Mac dio vueltas a la piedra y sacudió la cabeza.

—Esto ni me lo imagino. Probablemente será muy sencillo cuando conozcamos la respuesta, pero ahora me sabría mal tener

que sugerir que antaño hubo aquí un lago cuyas aguas pulieron estas piedras, como ocurre en nuestro planeta.

En la cabaña del Cuartel General encontraron el cuerpo del Comandante Maxwell, jefe de la Expedición Cinco. Había estado en su escritorio con el diario de la expedición abierto ante sí. Sus dedos garrapatearon unas últimas líneas ininteligibles, incluso mientras moría.

Mac extendió el brazo para coger ansioso el libro, mientras Joe abría los cajones de los armarios y escritorios de la sala. Allí no había nada excepto fichas de equipo y personal y planes de los objetivos de la expedición.

Mac lanzó una exclamación mientras leía.

—Tres días y medio —dijo—. Esto transcurrió desde el momento de su aterrizaje hasta… —Con un gesto señaló los restos esqueléticos del Comandante.

—¿Tenía alguna idea de lo que fue? —preguntó Joe.

—No. Una cantidad de hombres se vieron atacados por el mal al final del primer día. Maxwell dice que parecía como encogerles y quitarles todas sus fuerzas. A principios de la tercera jornada todos, excepto un puñado, estaban enfermos y tuvieron que dejar el trabajo de la expedición por completo, manteniendo únicamente erigidas estas dos cabañas.

»Entonces se dividieron. Algunos trataron de coger uno de los navíos y regresar a la Tierra.

Ahí fue cuando captamos los últimos informes confusos por radio. Maxwell creyó que era una enfermedad, de acuerdo, y dio órdenes de que no partiese nadie llevándola consigo a la patria. Dos o tres docenas de hombres murieron en la batalla que siguió. Evidentemente, Maxwell ganó.

Metió el libro en una de las bolsas herméticas para muestras y la depositó en un bolsillo del traje.

—Eso parece ser todo. De aquí en adelante la cosa es cuestión de los médicos.

Mientras se volvían para marcharse se fijaron en una de las piedras lunares colocada encima de un archivador.

—Todo el mundo parece haberlas recogido —dijo Joe.

Informaron de nuevo al Comandante Ormsby y se dirigieron hacia uno de los navíos atómicos para su inspección final antes de

regresar a la estación en el cohete saltador. Eligieron el navío con las portezuelas cerradas porque era evidentemente el único que estuvo a punto en la escena del forcejeo final por escapar.

Necesitaron unos cuantos instantes para abrir las cerraduras desconocidas, que, automáticamente, cerraban las puertas internas de las escotillas antes de permitir que se abriese la puerta exterior. Una vez dentro, los hombres observaron que el navío, como las cabañas allá abajo, mantenía intacta su cálida atmósfera. En el corredor que conducía a la escalera espiral que ascendía por todo el eje de la nave.

—¿Por qué no nos dividimos? —preguntó Mac impaciente—. Ya hemos encontrado todo cuanto necesitábamos saber. Sólo una mirada rápida por la nave bastará a Ormsby, luego podemos volver a la estación.

—De acuerdo —contestó Joe—. Yo subiré y echaré un vistazo a la sala de control. Tú ve a la que hay en la cubierta de máquinas.

Mac afirmó con un gruñido y dio media vuelta mientras Joe ascendía por la escalera. Si Mac pensaba que conocía la solución, ¿por qué tenía tanta prisa por marcharse? Se preguntó Joe. ¿Porque ambos la tenían? Trató de disipar las desagradables aprensiones que parecían aferrarse a él.

Sin detenerse, pasó por los numerosos corredores que partían en los inmediatos pisos. En una cubierta vio de reojo a un hombre del espacio caído, con un cuchillo en su mano esquelética. En el tercer piso había tres apiñados en la escalera, una metralleta junto a ellos. Hubo una batalla. ¡Qué final para una expedición que empezó con tanta magnificencia!

Bruscamente la escalera terminaba y se encontró mirando hacia un pasillo que conducía a la sala de control del navío. Incluso allí, advirtió parte de una figura desplomada sobre una de las mesas de control. Una metralleta yacía en el suelo a su lado. Evidentemente se había defendido en los pisos inferiores y subió hasta aquí, para morir en el mismo instante que estaba a punto de poner el navío en movimiento.

Joe recogió el arma y la apartó a un lado. Y luego observó otra cosa más. A los pies del hombre se veía un gran saco, pesado por la masa de piedras lunares que tenía en su interior.

Joe silbó suavemente para sí. ¿Por qué se había molestado

alguien en llevarse tantas piedras a la vez cuando lo importante era aprovechar cada segundo en su intento de escapar? Se preguntó si sería posible que las piedras tuviesen un valor tan intrínseco en la Tierra. En apariencia el hombre muerto así lo pensó, de todas maneras.

Al acercarse más vio que el individuo se había desplomado y muerto mientras escribía algunas notas, al igual que lo había hecho el Comandante Maxwell. Y entonces Joe se quedó mirando la escritura garrapateada en la agenda.

Era del Dr. Radon Harcourt.

No había posibilidad de confusión. Joe estaba seguro de conocer hasta en el propio infierno aquellos garabatos fluidos y apresurados. Lleno de lástima y de profunda reverencia examinó los rasgos esqueléticos que yacían retorcidos dentro del casco espacial. Notó una ansiosa añoranza por hacer algo en favor de su viejo amigo. Tomó la agenda de debajo de los huesos que fueron dedos y comenzó a leer. Si alguien en la expedición pudo encontrar la verdadera causa de la tragedia, debería ser su amigo y estaría escrito en aquellas páginas.

«Estoy solo», había escrito Harcourt. «Davis y Galloway muertos. Ya no puedo resistir más. No puedo bajar ahora a la sala de máquinas. Nadie de esta expedición se llevará el navío a la Tierra, pero algún día alguien vendrá y descubrirá una manera de llevarse las piedras… y la muerte… a la Tierra». Joe notó un rápido escalofrío que le nació en la nuca. Miró al pesado saco en el suelo y retrocedió en las páginas hasta un escrito anterior.

«Ahora comprendo lo que es», decía Harcourt. «Todos creen que morimos por alguna enfermedad misteriosa. Maxwell trata de acuciar a nuestros biólogos para que encuentren la solución. ¡Cómo si se pudiese hallar el antídoto para una nueva enfermedad que es fatal a las pocas horas!».

«No se le puede censurar a Maxwell; todos estamos dominados por el pánico. Lo que no podrán creer es que morimos de senilidad. De nuestro proceso natural de vida. He tratado de explicárselo, pero no han querido creerme. Comprendo lo que está sucediendo. Soy un viejo; he envejecido cincuenta años en las últimas doce horas».

«Son las piedras. Lo descubrí contemplando cómo los hombres las recogían. Al principio no lo sabía, pero de saberlo, de todas, no

habría servido de nada. Sólo estar en la superficie de la Luna basta para verse afligido por causa de ellas».

«Los imanes del tiempo, así las llamo. No puedo explicarlas, pero sé lo que hacen. Retienen un campo de tiempo al igual que un campo de acero retiene un campo magnético. Cuando Cualquier vida, o movimiento mecánico, llega a boca distancia de estos campos de tiempo concentrados, las piedras comienzan a descargarse como un imán descargándose cuando se le acerca al fuego».

«Deben haber salido del espacio… ¡qué suerte tuvimos de que no chocasen con la tierra cuando cayeron! A través de las edades se han descargado parcialmente y han hecho que la luna sea un astro antiguo, envejecido, como lo es. Todos nosotros hemos sentido aquí esta vejez. ¡La Luna ya no puede hacerse más Vieja! Y la masa de este campo permanece sin descargarse. Nos ha convertido en viejos en un día y moriremos de ancianidad aun cuando estamos realizando nuestras tareas».

Había más, pero Joe dejó la agenda. Tenía el rostro sudoroso y se quitó el casco del traje. Ya no había necesidad de temer a los gérmenes de la atmósfera, pensó. Se quitó también la tela exterior de su traje espacial, permaneciendo sentado con el forro interno, mirando con fijeza el cráneo de su amigo muerto. Luego se fijó en su imagen reflejada por el metal pulido del panel de control. Sus mejillas eran más dalladas y más hundidas. Había líneas coriáceas en su frente, que no estaban allí cuando se afeitó aquella mañana, en su habitación a bordo de la estación.

Viejo.

Lo había sentido en el espacio solo al mirar a la Luna. Lo notó al cruzar la polvorienta llanura hasta la base. Lo notó en aquellos antiguos cadáveres que sembraban el interior de las construcciones y los navíos. ¡Seis meses! Aquellos hombres habían muerto diez mil años atrás.

El sudor siguió bajándole por las arrugas de la cara. Era lo último escrito por Harcourt cuando murió lo que se mantenía fresco eh la mente de Joe. Algún día los hombres encontrarían una manera de llevarse las piedras a la Tierra. Como un lento cáncer comenzarían a descamar sus campos eternos de tiempo allá donde atuvieran. Sólo un antiguo milagro había impedido que cayeran al

planeta patrio en primer lugar cuando salieron volando por el espacio.

Joe sabía lo que ocurriría. No importaba cuanto cuidado tratasen de tener los hombres, se encontraría un modo. Crearían una especie de pantalla en torno a las piedras; experimentarían con ellas; se las llevarían a la Tierra. V la muerte se deslizaría por todo el planeta.

Tenía que impedir que esto ocurriese.

Harcourt debió tener el mismo pensamiento. Por eso controló la espacionave, que era evidentemente la única dispuesta para el vuelo inmediato. Se plantó armado con la metralleta y les mató… o les contuvo hasta que murieron por su propia vejez.

Pero había otra cosa más.

¿Por qué lamentó Harcourt su fracaso de llegar a la sala de máquinas? ¿Qué propósito le había impulsado a querer llegar hasta allí? ¿Y por qué trajo el saco de piedras a bordo del navío? Quizá no fue él quien las trajera, pensó Joe. Podían haber sido capturadas por alguno de los otros que las subió a bordo. Pero Harcourt no se hubiera molestado en subirlas a la sala de control.

Aquí faltaba algo. Una pieza del rompecabezas que no había visto.

Pensó en Mac y supo lo que haría su compañero. Mac era geólogo; no podía dejar estar las piedras. Aún ahora llevaba una en el bolsillo de su traje espacial. Joe pensó que Mac trataría de llevárselas a la Tierra. Desdeñaría el aviso de Harcourt y se rodearía de mal llamadas precauciones.

Pero las piedras quedarían en libertad. No se podía permitir que llegasen jamás a la Tierra.

Joe consultó la esfera del casco. Catorce minutos desde su último informe a Ormsby; la hora de la siguiente comunicación se cumpliría dentro de seis minutos. ¿Qué podía hacer? ¿Qué podía hacer nadie, pensó en su agonía, para asegurarse de que las piedras no fueran llevadas nunca a la Tierra?

Debió haber algún plan en la mente de Harcourt; de eso estaba seguro Joe. No podía encontrar la pieza que faltaba en el rompecabezas. La sala de máquinas.

El saco de piedras.

Pero Harcourt había muerto. El sitio de la sala de control le

costó demasiado tiempo y no pudo llevar a cabo el plan que concibiera.

¿Sin embargo, qué clase de plan podría existir posiblemente para asegurarse de que los imanes del tiempo nunca amenazasen el planeta patrio?

Joe sintió una sensación sofocante y desesperada subir a su garganta mientras volvía a mirar el esqueleto de Harcourt y oía el sonido lejano de Mac moviéndose por el navío. Imaginó que el geólogo había tratado de establecer contacto con él por radio, pero ésta había sido desconectada cuando se quitó el casco.

No importaba. Él y Mac nada tenían que decirse. Pronto no tendrían que decir nada a nadie, jamás.

Movimiento.

Movimiento, vida, había dicho Harcourt. Esto descargaría a los imanes del tiempo como una llama destruía a un imán de acero. Bastante movimiento extraería todo el campo de tiempo y lo dispersaría…

De pronto, Joe lo comprendió; supo cuál había sido el plan desesperado de Harcourt. Comprendía ahora que era posible libertad a la Tierra de la amenaza que la había circundado durante eones, yaciendo en su propio satélite.

Los pasos de Mac sonaban ahora en la escalera de caracol. Joe consultó la hora.

Tres minutos. No habría tiempo de discutir con Mac, de explicarle, de tratar de convencerle. Y al final, probablemente no se dejaría convencer.

Joe alzó la metralleta que Harcourt había utilizado. Se sentó con ella en el regazo, esperando, mientras los pasos de Mac sonaban en la nave.

El geólogo llegó a lo alto de la escalera y avanzó impaciente hacia la sala de control. Joe se enfrentó a él cuando le vio venir por el corredor.

La metralleta emitió un trueno rasgado dentro de la sala metálica. Y luego todo pareció infinitamente tranquilo mientras Mac se desplomaba sobre el suelo, la sangre saliendo a chorros por el casco destrozado.

Con aire cansino, Joe dejó el arma y recogió el saco de piedras que había puesto a los pies de Harcourt. Pasando por encima del

cuerpo de Mac, arrastró el saco por el pasillo y comenzó a descender por la escalera de caracol. Ormsby estaría ahora dando órdenes para que otro cohete saltador abandonara la estación. Pero necesitaría más de doce minutos antes de que efectuase un aterrizaje.

Tenía que conseguirlo…

Necesitó ocho de aquellos minutos para llevar el saco a la sala de máquinas. Debió ser una impresionante hazaña para Harcourt, pensó, subirlas a la sala de control en primer lugar.

Tuvo que necesitar protegerlas mientras luchaba por retener a los tripulantes en los pisos inferiores.

Por último, Joe llegó a su objetivo y se permitió un momento de descanso. Se plantó en la pasarela de los ingenieros que quedaba Sólo encima del recio reactor que proporcionaba energía a la nave.

Movimiento, volvió a pensar. Aquí estaba el movimiento en su estado más remoto. O lo estaría… con el súbito influjo del campo de tiempo acelerado. No sólo una fracción de un porcentaje de material fisionable contribuiría a la explosión; probablemente cerca del uno por ciento de la masa estallaría a la vez. En aquella detonación terrible, todos los imanes del tiempo de la Luna se descargarían en este campo.

Se preguntó qué le ocurriría a la propia Luna. Si contenía una proporción de minerales nativos radioactivos…

De pronto Joe se sintió tembloroso. Una debilidad le ascendía por los miembros. Se miró las manos, quedó impresionado por lo que vio. La piel se había hecho quebradiza y seca y semitransparente… como la carne de un viejo, de un anciano muy anciano.

Comprendió. El campo terrible del saco de piedras se descargaba a su través. Rió con histerismo al darse cuenta de que ahora moría de viejo.

¡Nunca supuso que un hombre del espacio viviría tanto!

Y entonces lanzó el saco de imanes del tiempo con todas sus débiles fuerzas que ya se le esfumaban. Lo vio caer derecho al reactor de la nave.

Se observó en la Tierra la explosión. Despertó a los dormidos habitantes de un hemisferio y envió a masas histéricas gritando a sus catedrales.

Los observatorios se vieron conmovidos por la furia del diluvio de preguntas, pero no tenían respuesta ni explicación alguna para el desastre que destrozó a la Luna y destruyó a la estación espacial que la circundaba.

Ni tampoco sabían que jamás tendrían explicación; porque fue la noche en que la Luna se volvió roja y pendió en el cielo, un recordatorio brillante y carmesí de que el hombre jamás pisaría la superficie semifundida de su satélite.

FIN

EL JARDINERO

Jimmy Correll odiaba el olor de los colegios. El olor a papel de los libros usados, el olor de polvo de tiza y el de los perfumes de los maestros y el aceitoso y suave compuesto que el señor Barton colocaba cada noche sobre los suelos de madera. El olor sofocante de pantalones demasiado sudorosos en aquellos cálidos días de primavera.

Este olor de enseñanza fluía a través de los pasillos de Westwood High y se filtraba en el ala del gran auditorio que pronto se llenaría para la asamblea del viernes. El señor Barton ya estaba abriendo los altos ventanales. Jimmy metió la cabeza a través de la puerta entreabierta y contempló la forma angular del custodio moviéndose a lo largo de la pared.

El señor Barton conocía los tanteos de todos los juegos que Westwood había jugado desde que llegó aquí en el año 31. Pellizcaba los bíceps de los chicos y rugía tonante cuando les vencía en discusiones sobre quién derrotó a quién y en qué año. Excepto que jamás pellizcó el brazo de Jimmy. Hablaba con dulzura y despeinaba el pelo de Jimmy. A veces Jimmy creía que el señor Barton era el único amigo que tenía… además de Brick Malloy, claro, Retrocedió de la puerta y la cerró en silencio. Deseó poder llamar y decir al señor Barton lo que estaba haciendo, pero nadie debía verle ahora.

Sonó una campana. El período de cinco minutos entre clases había pasado. Jimmy fue corriendo hacia el extremo del corredor y se escabulló hasta el aparcamiento de bicicletas. Quitó el candado a la suya rápidamente y se alejó del patio de la escuela.

No detuvo su frenético pedalear hasta llegar al puente que cruzaba Willow Creek, a cerca de tres kilómetros de Westwood

High. Su pecho subía y bajaba en profundos jadeos, desmontó y caminó con su bicicleta descendiendo por la escarpada ladera hasta un escondite bajo el puente. Luego recorrió la orilla en la que la hierba primaveral era ya alta, medio escondiendo los viejos senderos. Por fin se detuvo, a un kilómetro del puente, bajo los brazos grandes y sombríos de un sauce. A la sombra, aquí, la hierba era más corta. Jimmy se dejó caer boca abajo en aquella verde blandura.

Durante largo rato no se movió. Estaba a salvo. Sabía que no podía durar, pero no importaba. Estaba a salvo por hoy… Día de Jimmy Correll en Westwood High. Todo habría pasado antes de que le encontraran.

En su interior sentía ganas de llorar, pero no lo haría. ¡El Día de Jimmy Correll! Le llamaban su día y celebraban una asamblea en su honor. Y todo el colegio le despreciaba… todos menos el señor Barton y Brick Malloy.

Presa del pánico, pensó en verse sentado allí en el escenario, mientras el señor Mooremeister, el principal, decía cosas bonitas y floreadas que no pensaba. Se imaginó, también, lo que haría su desaparición a su padre, y madre, quienes iban a estar sentados con él en el escenario. Pero no podía evitarlo; esperaban demasiado.

Avanzó hasta el borde del arroyo y contempló las aguas profundas y claras deslizarse más allá de la orilla. Este era el lugar en donde Brick le había enseñado cómo pescar. Quizá no debió venir aquí. Si le preguntaban a Brick… pero no le echarían de menos hasta que fuese demasiado tarde. Todo cuanto necesitaba era un par de horas.

Se quitó los zapatos y calcetines y dejó que sus pies colgasen hasta el agua fría. Deseó poder hacerles comprender que aquí era donde debería estar, con la tierra y el agua y la hierba salvaje a lo largo de las orillas del arroyo.

Quizá si le hubieran dejado sólo hubiese encontrado un lugar para sí en el colegio, también; pero no le dejaban en paz nunca. Estaba en el primer grado una semana cuando le ascendieron al tercero. Se quedó allí un mes. Después, no se le consideró como perteneciente a ningún grado en particular. Le trasladaban de clase en clase, haciéndole empaparse de todos los libros que los maestros le proporcionaban.

Ahora —el próximo otoño— querían que fuese a la universidad.

Había ganado una beca para cuatro años de la Martindale Electric Company en su certamen anual para Jóvenes Científicos. Presentó su proyecto astronómico y escribió un ensayo sobre el espacio, la Próxima Frontera. Los jueces dijeron que era lo mejor que habían visto desde que se creó el concurso.

No se imaginó que eso significaría que no le permitirían terminar en el instituto. Pero el señor Dunlap, de la Martindale Company, le quería llevar a la Universidad el próximo otoño. El doctor Webber, presidente de la Universidad, también lo deseaba. El doctor Webber se había fijado en él desde que los primeros informes de su genio empezaron a llegar del instituto Lincoln.

Y el señor Mooremeister lo quería. El señor Mooremeister más que nadie. Se moriría de alegría si se desembarazase de mí, pensó Jimmy.

El recuerdo de su primer encuentro con el principal era cómo un hueso atravesado dentro de Jimmy. Fue el día en que el señor Gibbons, principal del Lincoln, se llevó a Jimmy a Westwood. Le dejaron en la pequeña antesala mientras hablaban los dos hombres. La pared era gruesa, pero eso no importaba. Jimmy no necesitaba oír sus palabras para saber todo lo que estaban pensando.

No le era posible hacerlo durante un largo tiempo y aún le asustaba un poquito. Era una de esas cosas de las que jamás habló a nadie. No podía siempre hacerlo funcionar, tampoco, pero ahora esta capacidad funcionaba a la perfección. Era como si se encontrase dentro de los cráneos de los dos hombres.

El señor Mooremeister gruñía con tristeza cuando el señor Gibbons le explicó por qué había venido.

—¡No quiero un pequeño prodigio, Gibbons! —exclamó—. ¡Cualquier cosa menos eso! Nuestro equipo de fútbol no tiene ni un sólo defensa decente; nuestro personal inglés se desmorona. ¡Y usted quiere que me convierta en niñera de un pequeño genio!

»Envíale a Smithers en Central. A Smithers le gustan los chicos maravillosos que pueden sentarse inmóviles durante un día y recitar todo el “Hamlet” de memoria.

—Tiene que aceptarlo —dijo el señor Gibbons—. Conoce más de lo que saben la mitad de mis maestros. Pertenece a su distrito y Webber, de la Universidad, le ha puesto el ojo encima.

—¡Entonces que se lo lleve Webber! ¡Yo no lo quiero!

—Eso tendrá lugar dentro de un año o dos. Pero no creo que sea Jimmy lo bastante mayor para vivir ahora en un medio ambiente universitario.

—A los nueve no, pero a los diez o a los once sí lo será —dijo sarcástico el señor Mooremeister.

—Si —luego el señor Gibbons guardó silencio durante un rato antes de decir, recalcando las palabras—: Jimmy es un tipejo muy raro. Nunca se le puede uno aproximar lo bastante para conocerle en realidad, pero en cierto modo creo que va a convertirse en un hombre muy grande. Puede resultar la cosa más valiosa que usted o yo podamos hacer en nuestras vidas, de otro modo no muy útiles… y esa cosa es procurar que lo que lleva dentro Jimmy no quede apagado antes de que madure.

Jimmy no podía recordar cuándo oyó por primera vez la palabra prodigio. Con certeza fue mucho antes de sus días escolares, pero no se interesó entonces por su significado. No se creía diferente a los demás niños.

Ahora se preguntó si tenía alguna posibilidad de llegar a ser alguna vez como ellos.

Recordó el preciso momento en que descubrió que había una diferencia.

Era en el primer grado, la señorita Brown escribió con letras de imprenta la palabra «correr» en la pizarra aquel primer día de colegio. Dio tres pasitos ridículos para demostrar lo que significaba. Y entonces, en mitad de la mañana, Jimmy se levantó solemnemente y anunció:

—Pero yo ya sé leer. Siempre he sido capaz de leer.

Empezó con un recital de la larguísima lista de clásicos, textos de ciencia e historietas del Pato Donald que había leído con la ayuda paciente y la guía de su padre. En mitad se detuvo. Algo como un viento frío pareció barrerle los pies; la señorita Brown y los chicos le estaban mirando en un profundo silencio.

Por instinto, comprendió lo que había hecho. Se encontraba como extraño allá en el centro, un forastero, y le odiaba por eso.

Esa era la corriente fría que notaba en aquélla habitación, lo supo siempre después. La pena sombría del odio para quien era diferente. Lloró por la noche cuando se acostó. Lloró por el inmenso

dolor sin nombre que se había abierto en su interior.

Su madre le meció en los brazos y su padre dijo que tenía que haber sido la emoción del primer día de colegio. Trató de convencerle para que le dijese lo que ocurría. Pero el niño no tenía palabras con las que expresarlo.

Se plantó ante la boca de la gran caverna vacía de su vida y vio todos los años oscuros y solitarios extendiéndose a lo lejos, en la eternidad. Pero no tenía palabras para expresarlo, ni entonces ni nunca.

No pudo recordar el principio de la extrañeza, de su gran pregunta añorante sobre las estrellas y la Tierra, el agua y el aire, y las cosas que reptaban y nadaban y volaban. ¡Era un lugar mágico este mundo al que había venido!

Y siempre tuvo, desde el instante de su nacimiento, la posibilidad de conocer todo cuanto quería acerca del mundo, haciendo algo más que preguntarlo. Con sinceridad, no recordó haber aprendido a leer. Al primer vistazo a una página impresa supo leer. Pero después de aquel primer día de colegio jamás lo dijo a nadie, ni siquiera a sus padres, no contó las cosas que podía hacer que los demás muchachos eran incapaces de realizar. Recordó la primera vez en la clase de ciencias, por ejemplo, cuando se le enseñó el microscopio junto con los demás alumnos. ¡Había aparecido un objeto inútil! Contrayendo su visión un poquito podía ver con claridad retorcerse a la amiba en la pequeña gota de agua. Pero entonces ya comprendía que era el único en la clase capaz de tal visión.

Sabía que tampoco entendían lo de las estrellas. Leyó en sus libros lo de los grandes telescopios que los hombres construyeron para extender su lamentable visión hasta el umbral del espacio. Sin embargo, desde la infancia —no podía recordar la primera vez— avanzó en visión a través de las enervantes arenas rojas de Marte. Eligió su camino entre las antiguas ruinas y jugó al escondite imaginativamente con los pequeños cachorros pardos que por allí correteaban, únicos remanentes de la orgullosa raza abatida que construyó aquellas ruinas.

Supo que era el único que podía hacer estas cosas. Se despreció a sí mismo por ello, ¿porque para qué servían tales dones si le encerraban en una tumba hermética que le impedía gozar de la vida

y la amistad de los de su propia especie?

Así, con cuidado, escondió todos estos extraños talentos salvajes lo mejor que pudo. Pero le fue imposible mantenerse al paso de sus condiscípulos por ningún medio a su alcance. Le era imposible ocultarse como si fuese un zoquete vulgar y corriente.

Sabía que no era normal. Algunas veces se preguntaba si llegaba a ser humano…

En aquel primer año del colegio, la señorita Brown divulgó la noticia y el señor Gibbons vino a ver el genio de Jimmy por sí mismo. Le hicieron subir, abandonar el primer grado, y así comenzó todo.

Se convirtió en una especie de monstruo celebrado, pero sólo el señor Gibbons mostraba alguna simpatía sincera hacia él. Otros maestros jamás lo hicieron. Sus compañeros de estudio le consideraban con una especie de curioso desdén. Jimmy había esperado que resultase todo diferente cuando llegara a conocerlos. Pero le costó muchísimo tiempo entablar amistades y se veía enviado a un nuevo grupo antes de que tuviera tiempo de conocer al último.

Mientras la brecha entre los años se ampliaba, renunció a luchar. Jamás tuvo a un condiscípulo como amigo. No hasta que apareció Brick Malloy.

En los archivos de la Universidad había un manuscrito mecanografiado, atado con cintas, de unos cuatro centímetros de grueso, dedicado a la descripción y análisis de Jimmy Correll. Su autor, Ralph Grosset, había ganado con él el grado de doctor en psicología y había proporcionado a Jimmy todo un verano con alguien con quien conversar.

Ralph Grosset describió con detalle la memoria fotográfica de Jimmy y su capacidad de adulto para el razonamiento deductivo, pero se pasó por encima las cosas que Jimmy trató de decir acerca de las maravillas y el misterio del universo y el odio y la soledad. No supo ninguno de estos detalles. Estaba sólo interesado en preparar una tesis para su doctorado y, en realidad, no sentía simpatía hacia Jimmy. Grosset le temía un poco, casi, y no se fiaba de él.

Jimmy, en realidad, no esperaba nada diferente. Hacía mucho tiempo que abandonó la lucha y aprendió a dar frialdad a cambio

de frialdad, retirándose más y más en el pequeño inundo limpio construido por él. Pero allí se estaba muy solitario.

Se estaba tan solitario que no lo podía soportar más.

Sacó las piernas del agua fría del arroyo y las extendió en un rayo de luz de sol que se filtraba a través del árbol. Se acostó de espaldas, con la vista fija hacia arriba, en el cielo, a través de la red de ramas. Estaba seguro de una cosa: no quería ir a la Universidad el próximo otoño.

Sabía lo que pasaría allí. Se le reirían cuando entrase en clase por primera vez y le dirían que el parvulario era la tercera puerta del pasillo de la planta baja. Los profesores harían chistes de su presencia aun cuando tratasen de tranquilizarle diciendo que era normal que los niños de once años asistiesen a sus aulas de conferencias. No le tendrían simpatía.

Y todos hablarían de él en cada momento vulgar y corriente de la vida, hablarían en los partidos de fútbol, en los bailes y las fiestas, en el mundo al que no pertenecía. Mirarían a su través y a su alrededor como para librarse de su presencia por el simple hecho de no querer tenerlo delante.

Así había ocurrido en Westwood. Tuvo miedo y sus compañeros lo supieron al instante y actuaron sin piedad. Le llamaban «profesor» y «Cuatro ojos» hasta hacerle desear gritar lleno de rabia.

Lo que más odiaba eran los períodos de gimnasia. El olor del vestuario le hacía sentir náuseas. Odiaba captar el olor a sudor y a ropas y zapatos sucios. Los cuerpos salvajes, negros por el vello, que le rodeaban le daban miedo y le hacían avergonzarse de su propia desnudez infantil.

Y los otros se veían avergonzados de tenerle a su alrededor. A veces jugaban brutalmente con su cuerpecito blanco y flaco, pero la mayor parte de las ocasiones se comportaban como si no estuviera allí. En el campo, claro, cuando se elegían los equipos para la pelota base o el fútbol, le dejaban automáticamente para el último. Nadie jamás en realidad le eligió. Y cuando todos los demás habían sido escogidos y el grupo corría para buscar sus posiciones iniciales, Jimmy marchaba con el bando que le correspondió, siendo el último individuo en quien su nuevo equipo confiaría.

Pero a principios de otoño de este año sucedió un milagro. Jimmy encontró a un amigo. El viejo señor Barton era un amigo,

claro, pero el señor Barton era amigo de todos. La cosa resultaba distinta con Brick Malloy. Brick era un condiscípulo. Capitán del equipo de fútbol.

Jimmy podía caminar con la cabeza alta cuando iba acompañado por Brick. Todo el mundo les llamaba y saludaba cuando pasaba Brick. Claro que los saludos no eran para Jimmy, pero sabía que los demás le miraban mientras marchaba al lado de su compañero. En sus ojos apareció, día a día, una nueva expresión. Al principio era de turbación… y ahora casi de aceptación y de respeto.

Jimmy no había esperado tanto cuando Brick se le acercó por primera vez. Era rudo y amargo, pero para todo el mundo, en aquel entonces. Brick no pareció fijarse.

—Estoy apurado, Jimmy —dijo—. Tú eres el mejor que hay aquí para mi clase de apuros, si desear ayudarme de buena gana.

Jimmy recordó que jamás le había llamado «Profesor» o «Cuatro ojos» y que nunca se rió de él en el vestuario. Brick estaba siempre tan seguro de sí mismo que no necesitaba apoyarse en las gracias de ninguno de sus condiscípulos.

—Me van a catear «trigo» —continuó—, a menos que consiga que alguien me la meta en la cabezota. No tengo bastante tiempo para hacerlo solo. Parece que tiene que ser o bien fútbol o «trigo»… y tal como voy no es probable que sea ninguna de las dos cosas.

Sin entusiasmo, Jimmy aceptó la tarea de enseñanza. La Trigonometría le resultaba muy clara y tuvo la habilidad de hacérsela también clara al muchacho mayor. Brick ofreció un pago monetario, pero al fin de la primera semana, cuando el calor de la amistad crecía ya entre ellos, Jimmy hizo su propia propuesta.

—Yo también estoy en apuros —dijo—. Quiero aprender a chutar en línea recta, para que los muchachos dejen de burlarse de mí en el fútbol. Quiero aprender también a escaparme con la pelota. Enséñame esas cosas, ¿quieres, Brick?

Hicieron trato de intercambiarse enseñanza y Jimmy comenzó a sentir un cierto control sobre los músculos de su flaco cuerpo. Por primera vez notó que era dueño de su carne, con derecho a ocupar la parte de espacio que le correspondía. Tenía derecho a los juegos atléticos de sus compañeros. Brick le respetaba y le enseñaba a respetarse a sí mismo.

Y un día, en aquel mismo lugar, Jimmy le confió el gran secreto de su agonizante maravilla sobre el universo en el que ambos vivían. Jimmy había capturado su primer pez y, en el cielo, el sol sembraba de rosa los altos cirros.

Contemplaban cómo el color se desvanecía lentamente.

—¿Nunca te has preguntado nada acerca de eso? —preguntó Jimmy.

—¿Preguntarme sobre qué?

—¡De todo…! —Y entonces salió como un torrente, como una inundación de palabras mucho tiempo retenidas, porque no había nadie que las comprendiera.

—Los colores —dijo Jimmy—. Los colores al ponerse el sol y al salir, los colores de un arco iris, el azul del cielo. En el espacio, lejos de la Tierra, el cielo no es azul. Es negro. ¿No lo sabías, Brick? Algún día saldré hasta allí, voy a caminar hasta la Luna y ver qué aspecto tiene la Tierra desde el satélite. Iré a Marte antes de que muera.

«Voy a descubrir por qué estalla un átomo. Nadie lo sabe todavía. En realidad, no. No saben lo que son ni la fisión ni la fusión. Lo único que conocen es un poquito de cómo producirlas. Todos ignoran lo que hay en realidad dentro del átomo. Yo voy a descubrirlo, Brick».

—Pues claro que sí —contestó Brick tranquilo—. Irás más lejos, más de prisa, subirás más alto y bajarás más profundo que lo que la mayor parte de los hombres haya soñado jamás.

—¿Qué piensas hacer, Brick? ¿No te gustaría ir también? Bajar al interior de un átomo, salir al espacio.

—¿Yo? ¿El torpón en «trigo» de Westwood High? Papá ya me tiene preparado un sitio en su negocio de contratista. Espero llegar a ser ingeniero, eso si puedo aprender alguna vez lo que tú me estás enseñando.

—¿Y lo deseas?

—Claro. Me he criado entre construcciones de puentes en Sudamérica y de alcantarillas en Siria. En la actualidad, papá sigue floreciente en sus negocios. El mayor que tuvo fue una línea de alcantarillas de dos metros de diámetro que cruzaba San Francisco. Tuvo que empezar casi sin nada. Espera que yo continúe con sus empresas y yo deseo continuar.

«Y todo muchacho debe cumplir la misión que se propone, no la que los demás esperan que realice. A ti te espera una ascensión más dura de la que yo tengo que realizar, porque tus metas son más altas. Pero puede que no, en realidad. Has comenzado desde un trampolín más alto que la mayoría de nosotros y logras alcanzar tu meta después de toda una vida de intentarlo».

—¿Y por eso me odian?

Los ojos de Brick se desorbitaron de asombro.

—¿De manera que eso es lo que te dolía? Por todos los cielos, deja de albergar tan locas ideas. ¡Te tendrían simpatías si les diesen una pequeña oportunidad!

Jimmy comprendía que eso era mentira, claro. Reclinado ahora en la hierba donde una vez hablaron, sabía que Brick sólo Intentaba mostrarse amable. Les dio oportunidades hasta que le dolió el corazón con la añoranza de una amistad no conquistada. Sin embargo, seguían odiándole y Jimmy les tenía miedo.

Tenía demasiado miedo para presentarse en la farsa de la Asamblea del Día de Jimmy Correll. Estaba demasiado asustado para ir a la Universidad el año próximo.

Tenía muchísimo miedo de abandonar a Brick.

De esto no se avergonzaba. Por primera vez en la vida sabía lo que era caminar por el patio del colegio y por las calles de la vecindad con una sensación de orgullo y de libertad del miedo. Brick le concedió una honrada amistad. No era vergonzoso enorgullecerse de eso… y temer perderlo.

Quizá si se quedaba en Westwood sólo hasta el año siguiente —con Brick— podría recobrar suficientes fuerzas para proseguir sólo. Pero si tenía que marcharse ahora a otro mundo de punzantes desconocidos, se encontraría perdido. Jamás hallaría el camino de volver a este mundo del cielo y de la luz que Brick le había enseñado.

Dejó de pensar y permitió que el tiempo vagase mientras absorbía el placer del agua, del cielo y la caricia gentil del viento en la hierba y en las ramas del sauce. Y entonces supo que había ocurrido, la cosa que sabía que ocurriría porque era lo bastante estúpido para haber vuelto a aquel lugar encantado.

Brick estaba allí, plantado a su lado.

Jimmy miró el rostro de su amigo. Un rayo de luz que pasaba

por el enrejado de hojas y ramas le cegó. Brick se sentó en la orilla.

—Te buscan por todas partes, Jimmy —dijo.

Una profunda quemadura parecía inundar el estómago de Jimmy. No podían haber estado buscándole mucho tiempo.

—¿Por qué has venido aquí? —preguntó.

—Siempre me imaginé que ocurriría esto —contestó Brick despacio. Arrancó unas hojitas de hierba de la orilla—. Creo que siempre supe que escaparías cuando se te presentase una gran oportunidad. Eso es lo que has hecho siempre… escapar.

—¡Por mucho que me provoques no me harás volver! —exclamó con torpeza Jimmy—. No volveré, digas lo que digas.

—No espero que lo hagas. Sólo creí que sería el momento adecuado de decirte lo que siempre sospeché: No sabes aceptar la vida como es.

—¡Sé lo que me hago! —Se incorporó ante Brick, su rostro infantil casi amenazador—. ¡No voy a consentir que nadie me haga pasar por el aro como un perrito amaestrado! ¡Jimmy Correll, el niño prodigio, va a realizar su hazaña!

Brick se arrellanó, sonriendo cínico.

—Brick… todo lo que quiero es una posibilidad de quedarme en Westwood otro año —las palabras se le escaparon de Jimmy—. Ya sabes lo que esto significa… poder hablar contigo y pasear por el colegio como si tuviese derecho a hacerlo. Si pudiese aguantar un año más, quizá lograría hacerlo. Pero ahora no puedo. ¿No lo comprendes? Además… tú irás también a la Universidad.

Brick se apartó.

—Conmigo no cuentes, niño. Dimití hace una hora. Había pensado que si esperaba lo bastante para que demostrases tener algo de valor, podrías aprender a defenderte por ti mismo y abandonaría yo ese trabajo inútil de enseñarte a correr con una pelota, cosa que no aprenderás jamás. Pero veo que es inútil. No has nacido para jugar al fútbol ni nunca lo lograrás.

El rostro de Jimmy se contrajo con expresión desamparada.

—Brick… Brick…

—Llegó el momento en que aprendas la verdad. Ya no debes aferrarte a mí más tiempo. Tienes que poseer el suficiente valor para enfrentarte a las cosas tú sólo. Para encontrar a los de tu propia especie.

—¡Maldito seas, Brick Malloy… maldito seas…!

Pero Brick había dado media vuelta y ya desaparecía entre la alta hierba de la orilla.

El encantamiento se había esfumado. Aquel lugar jamás volvería a ser sagrado y maravilloso. Jimmy permaneció tumbado en la hierba durante largos minutos, tratando de recuperar la emoción perdida. Pero sabía que se le había ido ya para siempre.

Se levantó y recorrió el sendero. Era inútil quedarse. Cuando Brick volviese al colegio enviarían a alguien a por él. Sus padres, o el principal, o cualquiera.

Llegó a la vista del puente y alzó los ojos. Ya habían venido. Parecía que no hubo tiempo de regresar para hablar e informar, pero allí se encontraba un coche en la cuneta de la carretera, a la entrada del puente.

Entonces Jimmy lo reconoció. El maltrecho automóvil que pertenecía al señor Barton, el ordenanza. ¡Seguro que el señor Barton no sería el único que viniese a por él! Esa sería la traición final.

El señor Barton le aguardaba en el asiento delantero, fumando la pipa. Le abrió la puerta, moviéndose esta ligeramente a impulsos del viento.

El ordenanza agitó la mano.

—Hola, Jimmy. ¿Quieres volver conmigo? Colocaremos tu bicicleta en la trasera.

Jimmy se acercó al coche y se le quedó mirando con amargura.

—Creo que Brick contó a todos lo que hice.

—No lo sé; no he visto a Brick.

—¿Entonces cómo supo que yo estaría aquí? ¿Por qué vino?

—Fue una especie de deducción, Y supuse que estabas preparado ahora para volver, así que pensé llevarte en el coche.

Las lágrimas asomaron dé pronto a los ojos de Jimmy. Se inclinó hacia delante, suplicando.

—¡No me haga volver! ¡Lléveme lejos de aquí a algún lugar en donde no me obliguen a volver jamás!

—De acuerdo. Iremos adonde quieras —contestó el señor Barton amable—. Coloquemos tu bicicleta en la trasera.

A los pocos momentos el antiguo coche marchaba traqueteante carretera abajo, alejándose de la ciudad y de Westwood High. El

señor Barton nada dijo, continuando con su pipa entre los dientes. Luego, de pronto, Jimmy empezó a contarlo todo, la historia completa desde el principio, en el primer grado. Habló de la soledad de ser diferente, del odio de aquellos que eran perfectamente normales, del temor insalvable de enfrentarse a todos sus enemigos en la asamblea en su honor.

—¡No soy más que un monstruo! —gritó angustiado—. ¡Soy más listo que cualquiera de ellos en el colegio y nadie será jamás mi amigo!

El señor Barton asintió sereno, luego habló.

—Tienes que decidir cuál de las dos cosas quieres… ¿Son las estrellas y los átomos de los que siempre hablas… o es la palmadita en la espalda de los chicos del colegio, chicos como Tom Harlow quizá y Jack Foster? Puedes tener una u otra cosa, pero no ambas.

«Tom y Jack y los demás jamás apreciarán a Jimmy Correll que está medio enfermo de añoranza por salir al espacio, cruzar la superficie de la Luna, excavar en las antiguas ciudades de Marte. Se ríen de cosas así porque tienen miedo de mirar tan alto y tan lejos».

«Pero te darán palmaditas en el hombro si abandonas todas esas cosas y haces como ellos».

—¡Quiero ser como ellos! ¿Por qué no puedo serlo… y conservar también lo otro? ¿Qué me pasa a mí que me impide ser como los demás muchachos, para que dejen de odiarme y sean amigos míos?

—Puedes, Jimmy. Simplemente cierra los ojos a las cosas que ves, que ninguno de los demás es capaz de ver. Cierra los oídos a los sonidos que sólo tú oyes. Ríete ante sus chistes estúpidos. Entonces serás uno de ellos, y no se te carcajearán de ti nunca jamás. ¿No es eso lo que deseas?

—Sí —contestó Jimmy con voz apenas audible—. Quiero que me tengan cariño y que jueguen conmigo y que dejen de odiarme.

—¿No echarías de menos ver a Ruffy y a sus amigos? ¿No echarías de menos las puestas de sol en el desierto de Loh-Khita?

Jimmy se volvió despacio hacia el viejo. Un súbito escalofrío de miedo le recorrió la columna vertebral. Sintió un gélido temor dominándole.

—¿Cómo sabe usted lo de Ruffy? —susurró con aspereza—. ¿Cómo sabe usted lo del desierto de Loh-Khita? ¡Esas cosas están en Marte!

El señor Barton asintió.

—Sí, lo sé. Sin embargo, no has respondido a mi pregunta. ¿Podrías renunciar a todo eso? ¿Podrías abandonar el contemplar la Tierra desde el Mare Imbrium y explorar las ruinas de la infortunada colonia de Marte en la Luna? ¿Abandonarías aquellos antiguos navíos varados en la piedra pómez del Mare Serenetatis a cambio de unas palmaditas en la espalda procedente de Tom Marlow?

—¿Cómo sabe usted todas estas cosas? —La voz dé Jimmy era un grito de tormento.

—Yo también las veo —dijo con tranquilidad el señor Barton.

—¡Entonces usted es… usted es como yo!

—Sí. También puedo ver sin telescopio. Puedo ver las cositas que hay en una gotita de agua. Puedo conocer los pensamientos de los hombres antes de que los traduzcan en palabras.

De pronto, Jimmy se puso a sollozar, lleno de un profundo y dulce alivio de toda su angustia.

—¡Yo creí que estaba solo! —exclamó—. ¡Pensé que estaba solo en todo el amplio mundo!

—Nunca has estado solo —contestó el señor Barton—. No desde el instante de tu nacimiento. Te hemos estado vigilando siempre con atención.

Los sollozos de Jimmy amainaron y volvió alzar la vista maravillado, incrédulo, fijando los ojos en el rostro del viejo ordenanza.

—¿Quiénes? —preguntó en un susurro—. ¿Quiénes me vigilaban?

—Los de tu propia clase. No todos los hombres nacen ciegos y sordos y torpes como la gente normal de la sociedad humana. Pero tienen que pasar muchas generaciones de aquellos que no lo son… y de los que fueron aplastados y destruidos al igual que tú pudiste serlo.

»Somos como semillas de gigantes de gigantes del bosque, arrastradas por el viento hasta una jungla impenetrable. Las semillas germinan entre la maleza sofocante, pero la planta no madura pierde su sostén y queda abrumada por la abundancia de los vegetales inferiores».

»Así ocurre con los seres humanos. Una criatura “superior” sigue

siendo una criatura no madura durante la infancia y puede verse aplastada por enjambres de seres normales puyas potencialidades sólo forman una milésima parte de las suyas. Ya has aprendido a someterte a los que son menos que tú. Casi voluntariamente has abandonado tus grandes dones sólo para conquistar la aprobación de tus condiscípulos.

—¡Pero eso fue antes de que yo supiese lo de usted! —exclamó Jimmy—. Fue porque me encontraba tan solo. No podía soportarlo, no podía sufrir ser el único…

El señor Barton asintió.

—Lo sé. Así me ocurrió a mí. La semilla del mayor gigante del bosque requiere incluso nutrición y protección durante su edad inmadura. De otro modo, sólo puede sobrevivir si enraíza en donde no exista una competencia que la anule.

«Ocurrió así con nosotros unas cuantas veces. Así es como logramos comenzar. Ahora ya no es preciso aguardar eso. Tenemos la buena tarea de… digamos, actuar de jardineros. Plantaremos en la jungla hasta que la semilla se aposente y sea capaz de resistir cualquier ataque. Puedes llamarme jardinero».

Jimmy continuó mirando con fijeza a su viejo amigo. Las cosas que decía parecían caer en su lugar, tener sentido en el cerebro. Recordó cómo ocurrió todo. Cuando leía, siempre estaba con él. Eso fue aparentemente, una cosa fácil. Pero nunca conoció la visión microscópica antes de ir al instituto. Había visto los desiertos de Marte y las llanuras blancas de la Luna mucho tiempo, sin embargo. Y la habilidad para conocer los pensamientos de los demás aún era cosa indecisa, una pericia incierta que apenas mantenía bajo su control.

Comprendía los que quería decir el señor Barton. Estaba desarrollando los talentos del Homo Superior, pero aún era un niño, una cosa creciente e inmadura. Y los adultos del Homo Normal —¡incluso sus hijos!— eran capaces de derrotarle en esta época presente, si tenía que sufrirla solo…

¡Pero no lo estaba! ¡Jamás volvería a estar solo! Miró el rostro del señor Barton con lágrimas que empezaban otra vez a asomar a sus ojos.

—Háblame de los demás —susurró—. ¿Dónde están? ¿Cómo puedo encontrarlos?

El ordenanza sacudió la cabeza.

—Eso era de esperar. No estás preparado para esa impresión… para el trasplante, ¿no te parece el término adecuado? Irás a la Universidad como desean que hagas. Vivirás el tiempo de crecimiento aquí donde has estado sembrado. Pero no debes tener miedo de lo que puedan hacer los «normales». Ya no es preciso que tengas añoranza por abandonar tus dones sólo por ganarte su amistad. Puedes ser tú mismo y crecer a tu manera porque siempre habrá… un jardinero… cerca, para guiarte cuando la jungla amenace abrumarte.

Jimmy, hasta ahora, no se había dado cuenta, pero habían doblado Creek Loop y se acercaban otra vez a la ciudad. Westwood High se cernía alto en primer término. Jimmy sintió una punzada de pena al darse cuenta de que la entrevista había terminado y que el señor Barton era una vez más el primer ordenanza del instituto. Con añoranza, se preguntó cuántos años necesitaría para estar preparado para que ellos le invitasen… dondequiera que estuvieran…

El señor Barton aparcó el coche y bajó.

—Imagina, Jimmy, que falta poco para la Asamblea. Tendremos que darnos prisa.

El sol parecía terriblemente brillante en sus ojos y parpadeó para despejarlos. Caminando detrás de la figura curvada del ordenanza, se preguntó durante un instante si había oído las cosas que recordaba o las soñó. Pero no era sueño… El señor Barton conocía a Ruffy y al desierto de Loh-Khita.

Entraron en el edificio y, de pronto, Jimmy se odió a sí mismo intensamente por tratar de establecer un puente en la brecha entre Tom Marlow y las estrellas. Tom crecería, sería un camionero y apenas se preocuparía de si las estrellas brillaban en el cielo o no.

¿Qué había dicho Brick? Encuentra a los de tu propia clase. Eso era. Ahí estaba el secreto. Tener paciencia. Lincoln y Westwood no eran toda la creación. Fuera, en el resto del mundo, estaban esparcidos los otros como él, solitarios, como él se sentía solitario. Algún día iría hasta ellos y su soledad habría terminado.

Pero la soledad no era la cosa más terrible del mundo. Las estrellas también eran solitarias, pensó, y los hombres envidiaban su gloria.

Cruzó el vestíbulo hacia la parte posterior del escenario. El auditorio estaba lleno y unos cuantos de la multitud gritaron cuando pasó por entre ellos.

—Que te vaya bien, profesor.

Apenas oyó el odiado apodo.

Luego se encontró en la semioscuridad de entre bastidores y casi tropieza con el señor Mooremeister, que paseaba por el escenario con agonizante indecisión.

—¡Tú… Jimmy! —gritó—. ¿Dónde cielos has estado? Tus padres están frenéticos. Te hemos buscado por…

—No me sentía bien. Tuve que marcharme. Siento haber causado molestias.

—Molestias… —murmuró el Principal. Tomó a Jimmy suavemente por el brazo y lo condujo hasta su despacho—. Molestias…

Su padre y su madre estaban allí. Ellos le facilitaron las cosas. Le vieron la cara, llorosa y manchada y adivinaron sus sentimientos sin pronunciar palabra. El señor Mooremeister continuó murmurando sobre las dificultades de la situación actual.

El señor Dunlap y el doctor Webber se mostraron curiosos, presintiendo los acontecimientos que tenían lugar por debajo de su nivel de comprensión.

Jimmy fue hasta los lavabos para arreglarse y peinarse. Luego volvió a escena, en donde los demás se habían reunido, murmurando en silenciosa urgencia.

Más allá del telón, el rugido de los estudiantes reunidos casi le llenó del viejo pánico. Pero recordó las palabras del señor Barton y esto amainó. Apartó las cortinas y miró por una rendija estrecha. En cierto modo, ahora les tenía compasión. Sabía dónde iban. Sería políticos y pilotos de reactor e ingenieros.

Pero ninguno compartiría su gran maravilla acerca de cómo el Universo se reunió, o su gran poder para descubrirlo. Tendría que hacérselo evidente a ellos, todo cuanto descubriese. Era aún un su mundo, igual que el mundo de los demás. Tenían derecho a conocerlo.

El señor Mooremeister efectuó un gesto desvaído con la mano en dirección al señor Barton y el pesado nuevo telón se descorrió con un susurrar mecánico de sus mecanismos. El Principal marchó con

andadura pomposa hasta el centro del escenario. Jimmy le siguió; la cabeza alta y los ojos brillantes. Los demás vinieron tras él.

Cada cual permaneció un rato de pie, mientras la orquesta tocaba la canción del colegio y el himno «Bandera de Barras y Estrellas». Jimmy vio por el rabillo del ojo que el resto del escenario se había llenado. Allí estaba el señor Lawson. Era el maestro de educación física que hacía de agente de seguros en las horas libres. Jimmy ignoraba qué es lo que tenía que ver con el programa. Y el corazón de Jimmy dio un triple latido. Brick había entrado y ocupaba su lugar en la parte posterior del escenario.

Se había olvidado de que Brick tenía que hablar. Brick representaba al cuerpo estudiantil ofreciendo su título a Jimmy. ¡Qué tributo sería! Ahora Brick le odiaba por ser cobarde. Tenía que llegar hasta Brick y decirle que las cosas habían cambiado, que nada era como había sido poco tiempo atrás. Pero no tenía posibilidad. El señor Mooremeister se estaba levantando y comenzaba su discurso.

—Amigos, estudiantes, maestros, padres…

Había muy pocos padres entre el público. Sonreían y agitaban la cabeza, con expresiones complacidas, en las filas posteriores. Jimmy reconoció a la señora Parks, su maestra de la escuela dominical. Casi todos los vecinos del barrio habían venido.

—¡Ya conocen la historia de Jimmy Correll! —continuó la voz solemne del señor Mooremeister—. No tengo por qué volverla a contar, aunque es una historia que vale la pena. Quiero repetir cuán orgullosos estamos, la ciudad de Murrayton, los colegios Lincoln y Westwood, a los que ha asistido Jimmy. Quiero decir lo orgulloso que estoy yo por haberle conocido y comprender al genio que tenemos el privilegio de poseer entre nosotros. El genio de Jimmy Correll.

Jimmy sintió que podía perdonar al señor Mooremeister decir aquellas cosas que no pensaba, aunque deseó un poquito que el señor Mooremeister llegase a pensarlas en realidad. Pero eso ya no importaba. El Principal era sólo un crecido Tom Marlow y Jimmy ya no tenía por qué odiar a ninguno de ellos desde estos momentos.

Sólo tenía que decirles. Tendría que decirles y hacerles comprender cómo era el milagro de las estrellas. Tendría que conmover sus corazones y sus mentes con la increíble gloria del

átomo, y mostrarles la maravilla del espacio y de la noche y de las infinidades del tiempo.

Brick se levantaba ya. Avanzó despacio, siguiendo la larga fila de las sillas y sus ojos estaban fijos en el rostro de Jimmy al acercarse. Se detuvo delante de Jimmy le tomó la mano.

Jimmy tragó saliva y Semi se levantó en su asiento.

—Brick…

Brick volvió la cara hacia los estudiantes.

—Poco puedo decir acerca de un muchacho como Jimmy. Lo principal que deseo afirmar es que Jimmy ha sido mi amigo y estoy muy orgulloso de esto. Espero haber sido un buen amigo para Jimmy. La mayor parte de vosotros sabéis lo que Jimmy ha hecho por mí. Yo no fui dotado con un cerebro sobresaliente y él trato de compensar la diferencia durante la temporada de fútbol. Para mí ha sido una experiencia maravillosa. Me gustaría pensar que Jimmy es mi hermano menor. Me agrada pensar de él como el único amigo íntimo que he tenido.

Pareció que su pecho se llenaba de manera descomunal, que se hinchaba. Parpadeó para conservar clara en sus ojos la imagen del público. Ahora no veía nada del odio que durante tanto tiempo creyó que existía. Quizá nunca existió en absoluto, como Brick había intentado decirle.

Así será siempre, sin embargo, pensó. Nunca se encontraría a muchos que extendieran sus brazos en su torno y le dieran palmaditas en la espalda y rieran ante sus chistes. Ellos harían todo esto. Le colocarían ante sí y le ofrendarían honores y discursos. Era la única especie de homenaje que sabían hacer para los que eran como Jimmy.

Miró los rostros individuales. Se les veía serios y sinceros, de acuerdo con las cosas que Brick decía. Pensaban en los honores que hacían. Y entonces Jimmy se volvió con viveza al hombre que tenía a su lado. El señor Mooremeister había extendido el brazo y le daba palmaditas en el dorso de la mano. Los ojos del Principal estaban fijos en Brick y asentía y sonreía feliz ante el torpe discurso del muchacho.

Entonces Jimmy sintió una oleada abrumadora al comprender la verdad: ¡El señor Mooremeister pensaba lo que había dicho, pensaba lo que estaba diciendo Brick también!

—Jimmy vive en un mundo que ni vosotros ni yo comprendemos —continuó Brick—. Vive en un mundo de estrellas y átomos y fuerzas que mantienen en su lugar a los mundos. Sueña en estas cosas mientras el resto de nosotros… bueno, me imagino que el resto de nosotros soñamos en que llegue la noche del sábado para salir con una chica o en comprarnos un nuevo casco de aluminio para nuestra motocicleta.

»Es difícil ser amigo de un individuo así. Siempre aparece delante de nosotros, llevándonos ventaja. Creo que casi todos conocemos lo difícil que es ser amigo de Jimmy…

No, no lo es, Brick, dijo Jimmy con fiereza, en voz inaudible. Nunca va a ser difícil ser amigo de Jimmy otra vez. Sabía ahora que había muchas cosas que el señor Barton no le había dicho, muchos motivos de por qué tenía que permanecer en este lugar antes de unirse con los demás de su especie. Estaba aprendiendo por primera vez que había sido tan difícil para los Tom Marlow y los señores Mooremeister como lo fue para él.

«Te lo demostraré, Brick. Os lo demostraré a todos —murmuró para sí—. Seré vuestro amigo. De veras que lo seré».

FIN

ENTREACTO

CAPÍTULO PRIMERO

La fiesta era como un velatorio; se hablaba en voz baja, los rostros de los invitados eran cerúleos. Algunos lamentaban no haber venido, pensó John Carwell. Algunos de sus mejores amigos. No se lo censuraba; no hay nada apropiado que decir a un hombre en su propio funeral.

Doris había insistido en celebrar la fiesta y luchaba inútilmente por producir un aire de celebración. Lo malo es que en ella era real.

Se sentó ante el piano, sus dedos ejecutaron una sonora canción de primavera. Los invitados estaban sentados alrededor, o de pie, en grupos pequeños. Pero podía haber sido igual una marcha funeraria por toda la expresión de delicia reflejada en sus rostros.

John avanzó en silencio por las amplias puertas hasta la terraza que daba al jardín. En la oscuridad casi tropezó con otra figura plantada junto a la barandilla. Gruñó en son de excusa:

—Lo siento, George. No te vi, aquí de pie.

La figura de George McCune, agente de conciertos para John y Doris Carwell, avanzó como una sombra bulbosa.

—Salí aquí a llorar —dijo—. Esa música… me vuelve del revés cuando pienso que no voy a oírla más.

Colocó una mano amplia y gruesa en el hombro de John.

—Lo he dicho todo; te he dado todos mis argumentos. Así que ahora te doy mis felicitaciones.

«Lo que estáis haciendo, tu hermana y tú, es una cosa maravillosa. Una cosa maravillosa… la mayor locura que he oído jamás en una vida que ha sido larga y compuesta de más locuras que de ordinario. ¿Qué puedo decir para demostrar cuán loco… cuán maldito loco…?».

Extendió las manos resignado y las dejó caer a sus costados.

—¿Has intentado demostrárselo, John?

El brazo de John se apoyó en los bajos y amplios hombros del agente.

—Es inútil hablar más —dijo tranquilo—, bebe y sé feliz, porque mañana Doris y John serán sólo conejillos de indias, cobayas.

George resopló violentamente y se libró de la mano de John. Miró hacia el horizonte, a través de la ciudad llena de vida y ruinas.

—Planeta 7 —murmuró—. ¡Desarrollos Humanos! Es maravilloso que debieran tornar cretinos y cerdos y convertir seres humanos en genios sacándolos de ellos; ¿pero qué infiernos tiene esto que ver con John y Doris Carwell?

«Tu hermana y tú sois ahora genios, tenéis el genio en las yemas de los dedos. Con vuestra música hacéis a la gente feliz. ¿Hay mayor genio que esto?».

«Ah, pero ya hemos hablado de esto antes. Dime que has cambiado de idea y que se lo has hecho comprender a Doris. Di sólo una palabra que haga feliz a un viejo».

—Mañana a mediodía nos iremos —dijo John.

Las notas del piano eran como un millar de diminutas campanas en el aire, junto a ellos. Los dos hombres escucharon y soñaron en un mundo fresco y primaveral sin ennegreceduras del fuego y apareciendo inundado de vida.

—Doris tomó la decisión —dijo John—. Incluso desde que murieron nuestros padres cuando éramos niños, ella ha sido la que tenía la solución… para ambos. Es mayor. Las cosas siempre resultaron como dijo ella; quizás esto también.

«Yo no iría, claro, si no fuese por mi hermana; pero sería bastante menos que la mitad del equipo Carwell de piano si me quedase. Ni siquiera podrías conseguirme contratos para actuar tres veces al año».

—¡Escucha, muchacho! —George casi dio un salto con súbita inspiración—. Tú puedes hacer que la gente llene los locales hasta estar de pie en los pasillos. Lo sé. Te he visto… posees un fuego que Doris jamás poseerá. Ella toca de manera brillante… y fría; jamás te permite mostrar lo que llevas dentro.

«Dile a ella que has decidido seguir solo; dile que vas a vivir tu vida y tocar tu música del modo en que se te antoje. Entonces ella se echará atrás, cancelará toda esta cosa de Desarrollos Humanos y

permitirá que conduzcas los conciertos como siempre debiste hacer».

—Conoces a Doris mejor para pensar en eso. ¡Ella no se echaría atrás ni por el propio diablo y yo no soy ningún diablo!

—¿Qué eres tú? —murmuró George con una súbita amargura que les sacudió a ambos. Luego dijo—: Olvídalo. Yo no pensaba en lo que decía, John; entremos.

—No… me quedaré aquí fuera. De cualquier forma, el espectáculo es de Doris.

—¡Siempre el espectáculo de Doris! —estalló George—. Pero esta actuación no la aceptaré. La convenceré en persona. Mañana tocaréis ante el público; ¡anunciaré por la radio que habéis cambiado de opinión!

Se alejó… rechoncho, resuelto, ridículo, estimable. Se fue como si no hubiese explicado ya centenares de veces a Doris la locura que era abandonar una carrera en la Tierra por los fantásticos experimentos que tenían lugar en Venus.

John se apoyó en la barandilla de hierro, mirando por encima de la ciudad a la estrella vespertina. Al cabo de un momento oyó cómo la música cesaba y percibió el murmullo de las voces. Cerró sus oídos al debate que volvía a estallar; estaba harto. Iban a ir, él y Doris. No comprendía por qué; quizá Doris lo comprendiese.

Allí fuera, en Planeta 7, en el sistema Alfa, estaban tratando de construir un hombre nuevo porque el hombre viejo había fracasado. El Homo Sapiens había incendiado un mundo.

En los trescientos años transcurridos sólo una cuarta parte de la Tierra se había hecho habitable y su población era inferior a los treinta millones. Una humanidad sobria, atónita y acerada, reconstruyéndose entre las ruinas.

Había logrado mucho en aquel siglo. Volvía a haber ciudades; existía el vuelo espacial; luego, el supermotor y las estrellas; y los mutantes habían sido aniquilados. Existía un solo gobierno coordinado que unía los esfuerzos de todas las razas y lenguas.

John pensó que eran las ruinas las que lo hicieron. No importaba cuán borracho o cuán eufórico y olvidadizo se convirtiese el hombre, jamás podría escapar de las ruinas. Mil años de reconstruir el mundo no acabarían con ellas en absoluto.

Pero Doris dijo que esto no era bastante; dijo que, con el tiempo,

el hombre olvidaría incluso lo que indicaban las ruinas y las destruiría de nuevo para reproducirlas en guerras frescas, creadas para él y por él.

Quizá Doris tenía razón. Siempre tuvo razón, pensó John.

Volvió a pensar en George. ¿Qué eres tú?, le había preguntado George. John deseó tener alguna especie de respuesta a esa pregunta. La había visto antes… en ojos de aquellos que les contemplaban a él y a Doris juntos.

No podía comprender con exactitud por qué se debería formular tal pregunta. Le parecía antinatural que encontrase sus respuestas viviendo en la mente más fuerte y más brillante de su hermana. A veces experimentaba como si alguna explosión de energía lo hubiera destrozado todo excepto un mínimo de sus propios circuitos pensantes, dejándole tan dependiente de los demás como un robot.

Sabía, conocía el momento en que eso ocurrió, también… el día en que se enteró que sus padres habían muerto y que no había nadie en el mundo excepto él y Doris. Pudo recordar el momento como un gran telón cayendo a través de una porción de su mente, en donde la vida y la iniciativa y el entusiasmo estaban confinados.

Entonces tenía ocho años; Doris dieciséis. A ella no le dañó tanto como a él. Tenía fuerza suficiente para ambos y de esta fuerza fue de la que se alimentó todo aquel tiempo.

Así que… ir al Planeta 7…

No ponía en el viaje ni verdadera esperanza ni sentimiento. Se encontraba en blanco ante todo el torrente de argumentos que giraba a su alrededor. Eso pertenecía a la parte de su mente que desde mucho tiempo atrás estaba como amurallada. Doris decía que era adecuado; su propio cerebro no podía albergar otra opinión.

Y tampoco pudo responder a la pregunta de George, porque no sabía qué otra cosa podía ser.

El balbuceo de sonido dentro de la habitación de pronto se vio hendido por una voz colérica. John miró a la alta figura de pelo negro de Mel Gordon, junto al piano.

—Cállense todo —dijo Mel—. Doris sabe lo que se hace. La mayor parte de nosotros no tenemos valor para pensar en ello, mucho menos para llevarlo a cabo. ¡Cállense y déjenla en paz!

Giró en redondo y salió dando zancadas de la habitación para perderse en la oscuridad de la terraza. Todos comprendieron la

explosión. Mel Gordon tampoco quería que Doris se fuera.

Mel vio a John mirando desde las sombras de la terraza.

—Lamento haber perdido la cabeza —dijo.

—Todos nos sentiríamos algo mejor si hiciésemos lo mismo —contestó John—. ¿Has recibido el informe de tu re-solicitud?

—Me han vuelto a rechazar. Mel Gordon… no es ni siquiera bueno para ser un conejillo de indias. ¿Quién sabe lo que ocurrirá cuando dejen de trastear y enredar y traten de hacer el homo superior de ti y de Doris? Conmigo tendrías una posibilidad; pero Doris es ya lo que tratan de encontrar.

—¿La has pedido que se quede?

—No tengo derecho a pedir eso; nadie lo tiene. ¿Cuántos de nosotros sabemos lo que queremos hacer con nuestras vidas? — Volvió a mirar a la habitación cuando el ruido de los invitados indicó que se marchaban.

«Creo que he estropeado vuestra fiesta. Lo siento, John».

—No la estropeaste; de cualquier forma no les gustó venir a este funeral. Comprenden lo que tú sientes.

—¡Sí! Bien por el viejo Mel… llevando la antorcha bien alta. John, cuando estéis allá arriba, dile que traté de acompañaros, ¿querrás? Dile que lo intenté.

Después que los invitados se hubieron ido, se quedaron frente a frente en aquel débil y esperanzador vacío que les rodeaba siempre que se encontraban a solas. Doris tornó a sentarse ante el piano. Sus dedos se movieron en la melodía de una canción de cuna de Brahms, tan suavemente que apenas podía oírse la música.

Ella era la cosa más hermosa que había vivido jamás, pensó John. A los treinta poseía algo de la sabiduría de una madre y de la pasión del primer amor. Pero ni conocía el amor ni la maternidad, ni los conocería nunca; vivía en algún plano distante y frío, en donde el destino humano se determinaba por la pura brillantez de la razón y la emoción era desconocida. Él no conocía tal lugar, él no conocía tal cerebro.

Sólo sabía que Doris no solía equivocarse.

Se daba cuenta de que su hermana había dejado de tocar y que le estaba mirando. Había en sus ojos una pensativa añoranza que le asombró por su infamiliaridad.

—¿Crees que está bien que nos vayamos, verdad, John? —

preguntó ella.

—Seguro… todo está arreglado; no habrás cambiado de idea, ¿verdad?

—¡No! Es que a veces desearía que pudieses comprender lo que siento… sólo un poquito.

II

Había casi un centenar de voluntarios aguardando detrás de las puertas del espaciopuerto, cada núcleo de amigos y parientes diciéndose las últimas frases de despedida. Algunos de los grupos guardaban silencio, esperando lo inevitable; otros eran charcos tormentosos llenos con lágrimas de última hora y de abrazos.

El cielo, encima del espaciopuerto, estaba salpicado de nubes y brillantez, como si la propia Tierra estuviese efectuando una última y final súplica a los emigrados para decirles que se lo pensasen, que meditasen lo que iban a abandonar. John contempló los pequeños torbellinos sobre el campo y se preguntó si el polvo del Planeta 7 tenía el olor cálido y seco de los viejos caminos olvidados en el verano; si uno podría imaginarse caras y caballos y navíos del mar en sus nubes.

Se plantaba cerca del centro de su grupo. Incluso el murmullo de las voces humanas era una especie de música, pensó. Pero no oiría esas voces… no las volvería a oír jamás.

Rebordeó, alejándose de la silenciosa súplica de Mel; la furia explosiva de las últimas demandas de George para que Doris recuperase la sensatez; las felicidades murmuradas de los dos grupos de compañeros músicos; el chirrido de varios centenares de admiradores y melómanos.

No era difícil escapar. La atención se centraba en Doris, increíblemente hermosa e intangible por el hecho de que abandonaba la Tierra hoy y que nunca volvería a verla. John notó que nada de la conversación se centraba en él.

Contempló el navío estelar moviéndose lentamente hacia su base de lanzamiento, remolcado por traqueteantes tractores, que se esforzaban como insectos en transportar su masa. Intentó mirar por

encima de las cabezas de la multitud para ver a los demás que serían sus compañeros de viaje.

Y entonces captó un asombroso movimiento de color deslizándose entre las islas de humanidad.

Era una chica con un vestido color rojo fuego. A la puerta se puso de puntillas, agarrada a las barras de hierro como una niña ansiosa. John se acercó a ella y se plantó a su lado.

—Si busca usted a alguien entre la gente, me temo que le va a resultar difícil ahora encontrarlo —dijo.

—Oh, no —ella levantó la vista con rapidez—. Voy a tomar el navío. ¿Viene usted también? —Sus guedejas de cabello negro temblaban y las pupilas casi negras de sus ojos relucían con la luz.

De entre todas las cosas que los científicos del Planeta 7 considerasen que valía la pena de pasar al futuro, John esperó que aceptaran conservar aquella luz. Jamás le había visto antes, pensó.

—Sí, también voy —dijo.

Contemplaron al gran navío. Estaba ahora inmóvil y los mecánicos a su base se movían como si fuesen hormigas. Las escotillas se abrían de manera ostensible.

—¿Cree usted que podremos ser de ayuda? —preguntó John—. ¿Piensa que la humanidad dentro de mil años será mejor porque nos hayamos ido?

La chica soltó una carcajada.

—Nada conozco de la humanidad de dentro de mil años; yo voy para ayudarme a mi misma.

Como si el silencio de John fuese una reprimenda, la muchacha volvió la cabeza con aire desafiante.

—¡Y de cualquier forma, yo soy humanidad! Y no les importa por qué va uno, mientras ese uno posea las suficientes cualidades para ser un conejillo de indias.

—No pretendía reprenderla —dijo John—; su actitud es refrescante. Ocurre que la costumbre indica que hay que hablar con cara larga y tonos solemnes de las grandes cosas que Desarrollos Humanos está haciendo para el futuro de la humanidad.

—Nadie relacionado con todo ese asunto se preocupa ni un bledo del futuro de la humanidad de dentro de mil años. Los científicos se interesan porque es su trabajo manipular conejillos de indias y finalmente han concebido el espectáculo más colosal, a

base de cobayas, que se haya soñado.

«El resto de nosotros tiene sus propios motivos. Algunos huimos; otros vamos para divertirnos. Y otros… bueno, ya lo verá cuando llegue allí. No es el grupo noble, sacrificado, que los periodistas gustan de describir. Después de todo, nadie vuelve para decir lo que pasa allá».

John miró con fijeza a la muchacha. Era tan retadora como una mañana de invierno. ¿Y podría tener razón? Sabía que en su marcha no había nobleza. ¿Pero qué opinaría aquella joven de tos altos propósitos de Doris?

Doris no tenía que huir de nada. Su mentalidad era rápida y bastante aguda para seguir el compás del universo entero, incluyendo la humanidad de dentro de un millar de años. La rápida estimación de la muchacha sobre sus compañeros de viaje apenas se habría aplicado a su hermana. Tendría que procurar que se conociesen a bordo del navío, pensó.

Pero ahora las puertas se corrieron a los lados cuando los vigilantes quitaron candados y cadenas. Despacio, al principio —como si no estuviesen ganosos de embarcar en el viaje que había sido planeado con tanto cuidado y grandeza— la ola de emigrantes recorrió el terreno, mientras los guardias y vigilantes contenían a los amigos y parientes que protestaban y deseaban lo mejor para los que se iban.

John miró hacia Doris y notó la oleada de la multitud que le separaba de la muchacha del vestido rojo.

—¡La veré a bordo del navío! —gritó—. Estoy en la sección de la Sección de la Colonia de Alpha.

La sonrisa de ella, rápidamente retrocediendo a través de la multitud, era pensativa.

—No me verá. Yo voy como una Control.

* * *

Encontró a Doris cortando cuidadosa y desapasionadamente sus últimos lazos con la Tierra. Acarició la mejilla de George como si se despidiera del perrito al que le tuviera cariño. Dio a Mel un frío beso fraternal. Y luego cogió el brazo de John y le apresuró a dirigirse hacia la puerta.

El navío tenía un olor terrible, que presionó a John en la boca del estómago y le detuvo a mitad de camino, a lo largo de la rampa elevadora. No era el amistoso olor del carbón, del aceite o la gasolina, sino el olor vivo del ozono del espacio exterior y de los mundos contrahechos en donde no era natural que estuvieran los hombres.

Miró de reojo hacia arriba al gran tubo chamuscado. Había visto los arcos brillantes en el cielo de la noche, pero jamás estuvo antes tan cerca de un navío. Consultó con la mirada a su propia blanca y esbelta mano descansando en la barandilla y se preguntó qué clase de hombres construían naves como éstas.

—¡Sigan, no se detengan!

Cerró su mente a la extrañeza y se concentró en la cubierta de acero de la rampa, bajo sus pies.

En su camarote, John se sentó con cuidado en la litera cerca del gran ventanal principal. Tuvo una súbita sensación curiosa de torpeza como si todo el mundo fuese algo que le estuviese ocurriendo a él.

Vio en el oeste, más allá de la ciudad, el cráter de dos kilómetros de anchura, ahora lleno de agua, como algún lago placentero con el sol de la tarde brillando sobre él. No podía ver la gran cerca eléctrica que vallaba la zona entera, indicando que estaba contaminada para la ocupación por los seres humanos. No supo cómo, pero tuvo la sensación de que eso le concernía a él, profundamente.

Por debajo de la columna de acero del navío, el suelo… casi a sesenta metros de distancia… estaba cubierto de gente que se movía, con movimientos a la vez erráticos y llenos de propósito. Ellos también le estaban ocurriendo a él, en cierto modo.

Y la chica, la chica del vestido rojo fuego. Ella le había sucedido a él.

Siempre había sido así; era un poco terrible reconocer que todas las cosas de su vida y las personas le habían ocurrido, como si él fuese el centro de algún fantástico escenario, a cuyo alrededor sucedieran hechos y cosas.

Se levantó y trató de librarse de esa sensación. Oyó a Doris, invisible más allá de la puerta de su camarote adyacente, abriendo el equipaje, destapando maletas y cerrando cajones con abrumadora

eficiencia. A ella no le ocurrían las cosas; ella las conformaba. El mundo de Doris Carwell era exactamente lo que ésta deseaba que fuese.

Sin deshacer el equipaje, John se metió las manos en los bolsillos y salió del camarote. Avanzó por los pasillos, sin darse cuenta de adonde iba, medio enfadado consigo mismo por ignorarlo. Bruscamente se halló en la sala de estar principal. El enorme salón estaba a oscuras y, pensó, desocupado. Luego divisó un destello de color familiar en un rincón lejano.

Era esperar demasiado, pero allí estaba la muchacha, la chica que conoció en las puertas. Estaba sentada y acurrucada con un sencillo gato amarillo en el regazo. Los dedos acariciaban gentilmente las orejas del animal.

No hubiera podido decir por qué le producía tanto placer verla. Pero también allí había un súbito sentido de pérdida, al recordar las palabras finales de la muchacha.

—No esperaba verla tan pronto —dijo—. ¿Le importa si me uno a usted y…?

—Toby —dijo ella—. Este es Toby; me dejan llevármelo. No se supone que debería estar aquí abajo, pero se escabulló cuando le saqué de la sala de equipajes y tuve que perseguirle hasta aquí. Creo que no tardaremos en despegar, ¿verdad?

—No entendí lo que dijo usted en la puerta —murmuró John al cabo de un momento—. ¿Qué fue eso de un control? He oído la palabra, pero siempre me ha parecido un nombre odioso.

—Quizá lo sea. El agente de reclutamiento que firmó mi contrato opinaba distinto —ella remedó—: «Usted efectuará el mismo servicio dedicado y desinteresado a la humanidad que se está ofreciendo para el viaje e incluso los que están en la Colonia Alpha». De todas maneras, yo no hubiese venido excepto como una control.

—¿Y eso qué significa?

—Me explicaron que cuando un científico realiza un experimento efectúa su trabajo con una remesa de material y deja otra completamente sin tocar con el fin de comparar las dos y ver los cambios producidos por su experimento.

«Así, en el Planeta 7, hay colonias de personas que viven en circunstancias completamente naturales, con gobierno propio y sin

cuidados, excepto el que puedan encontrar su existencia de la propia jungla. Los productos de las colonias experimentales son, después, comparados con los que somos llamados Controles para ver cuáles son los beneficios».

—Yo no pensaría que era necesario preparar colonias especiales de Control en el Planeta 7; la Tierra en sí sería suficiente.

—Hay demasiados factores de azar… sociales y económicos… que son bastante difíciles de evaluar. Por lo menos, así me lo explicaron.

—¿Pero cómo puede uno escapar de estas cosas en el sistema Alpha? Allí está la tecnología; la gente conserva sus recuerdos y subsisten los mismos problemas sociales y económicos.

—A un nivel ligeramente distinto —respondió ella—. Cuando se le pone en libertad a uno en la jungla y tiene que luchar con las manos desnudas para vivir, la mayor parte de los factores extraños van abandonándose gradualmente. Esa es la palabra que utilizaron, extraños.

John se sentó, horrorizado.

—¿Quiere usted decir que es la clase de existencia que usted ha de soportar durante el resto de su vida? ¿Una vida primitiva en la jungla, sin civilización de ninguna especie? Eso la matará o la convertirá en una salvaje.

—Eso es lo que los científicos desean descubrir —indicó la muchacha—. Dicen que así es como comenzó la humanidad y quizá hemos completado el círculo. Quieren aprender en qué punto la humanidad debió desviarse, con el fin de seguir ascendiendo.

—Eso es horrible… colocarles deliberadamente como salvajes con el fin de poner a prueba una teoría.

—Bueno, no me tenga compasión. ¿Qué es exactamente lo que usted cree que van a hacer con su persona?

—Lo ignoro —contestó John con súbito cansancio—. Creo que preferiría no haber oído jamás hablar del Proyecto de Desarrollos Humanos.

—Entonces será mejor que se parche del navío a toda prisa —contestó ella a la ligera—, porque acaba de sonar el aviso de despegue. Tenemos que irnos a nuestros camarotes y acostarnos antes de que suene la siguiente campana. ¡Vámonos, Toby!

III

Se mareó durante el despegue. Cuando por último estuvieron en el espacio se sentó, la cabeza como un globo y el estómago dándole vueltas. Vio a Doris apoyada, tranquila, junto al ventanal, contemplando cómo la Tierra decrecía. Durante un momento odió la fría competencia y el dominio de sí misma de ella. Precisamente entre todos, tuvo que ponerse enfermo.

—¿Te sientes mejor, Johnny? —Se le acercó, sonriendo con la simpatía de una criatura superior—. Te dio muy fuerte. El camarero dijo que no suele ocurrir con frecuencia.

—Me encuentro perfecto.

Durante el resto del día permaneció en el camarote. Contempló cómo desaparecía el disco de la Tierra; el supermotor no entraría en funcionamiento hasta dentro de otra jornada. Incluso aun cuando le proporcionase un terrible vértigo, no pudo resistir lanzar una hipnótica última mirada a su Tierra natal.

Deseaba prescindir de la cena por entero, aquella noche, pero cuando Doris se ofreció a hacer que el camarero se la trajera al camarote, rehusó la sugerencia.

—Podré cenar en el comedor —dijo.

Pero no confesó que el único motivo por el que quería ir era bien otro; apenas se atrevía a decirse a sí mismo que ansiaba volverse a encontrar con la chica del vestido rojo fuego, propietaria de un gato amarillo. Se dijo que deseaba conocer a sus compañeros de viaje, reunirse con los que eran lo bastante estúpidos para abandonar todo lo que poseían en la Tierra por este experimento de los Desarrollos Humanos.

Cruzó lentamente el comedor, la mano de Doris sobre su brazo. Examinó las mesas que le rodeaban en busca del único rostro

familiar, pero no logró verlo por ninguna parte.

Luego creyó comprender. Era un comedor pequeño y con certeza no todos los que habían abordado el navío estaban aquí. Cada grupo colonial indudablemente tenía su propia sección y servicios; preguntó al camarero.

El hombre asintió.

—Esta es la Colonia Alpha —dijo—. Los reclutas de Beta, Gamma y Delta están en las otras cubiertas. ¿Hay alguien que desea usted encontrar?

John dudó.

—Tengo un amigo… un Control.

—Lo siento, señor —respondió el camarero—; seguro que han debido decírselo. No se permite comunicación entre los colonos Control y los grupos experimentales… en bien del experimento, ya comprende. Puede comprobarlo con su supervisor de adoctrinamiento, señor, por si hubiese en todo esto un malentendido.

No hay malentendido, pensó con torpeza John. Era sólo otra de las cosas que le estaban sucediendo. Y esto no lo quería. Le parecía de pronto de importancia vital volver a ver a la chica del vestido rojo fuego. Ni siquiera conocía su nombre. No podía hablar de ella o preguntar cómo se llamaba, pensó.

—¿No tienes ganas de comer? —inquirió Doris.

—Creo que mi estómago todavía no podría soportarlo.

Los cursos de adoctrinamiento de abordo se celebraban para cada grupo por separado, para familiarizarles mejor con el trabajo de su colonia. Un tal doctor Martin Bronson era supervisor del grupo de la Colonia Alpha. John le conoció al día siguiente, cuando se introdujo en el camarote para presentarse.

Se halló incapaz de llevar a cabo su determinación preconcebida de sentir antipatía hacia Bronson. Calculó que el hombre tendría unos treinta y cinco años y que parecía poseer un aire pensativo acerca de cuanto le rodeaba… como si desease asimilar todas las respuestas que debía conocer.

—Estoy familiarizado con su música —dijo—; en el Planeta 7 tengo todos sus discos. Fue estupendo enterarme de que su hermana y usted se nos unían. Estoy impaciente por escuchar más música de ustedes.

John señaló una silla junto al ventanal.

—¿Para eso nos llevan? ¿Para ser músicos cortesanos, poco más o menos?

Al instante lamentó la mala intención de su observación. Una sombra cruzó el rostro de Bronson.

—¿Realmente le gusta a usted la música? —preguntó.

—Me temo que en realidad lo que no me guste sea la Colonia Alpha, si quiere que sea sincero. He venido por mi hermana, pero yo no tenía ningún propósito propio; sin embargo, procuraré no mostrarme poco cooperativo en lo que ustedes deseen.

—Hay muy poco que desearemos de usted —dijo Bronson—. Casi todo lo que pedimos es oportunidad para contemplar cómo viven… en el medio ambiente físico y social que nosotros les proporcionamos.

«Tenemos una sección de la Colonia Alpha dedicada al estudio de las ciencias estéticas; queremos que usted y su hermana formen parte de ese grupo. Siempre se ha sabido que los valores estéticos contribuyen mucho a todo progreso de la humanidad, pero que nunca han sido evaluados adecuadamente».

«Vivirán en un pequeño grupo comunal, en donde sólo están presentes las ocupaciones estéticas; todas las necesidades económicas les son satisfechas. Dentro de este grupo, vivirán ustedes en libertad completa; pero serán observados y su vida registrada minuciosamente».

—¿Cuáles son los aspectos de casta del programa? —preguntó John sin tono definido.

—Los feos rumores circulan por doquier, ¿verdad? —contestó Bronson—, pero estoy seguro de que se les dijo brevemente que el matrimonio entre miembros del grupo se permite con toda libertad, pero que no se fuerza. La única restricción es que debe ser dentro del grupo, porque las parejas potenciales son aquellas que tienen las mismas cualidades que nosotros deseamos destacar y solidificar en futuras generaciones.

—¿Es muy grande esta sección de la Colonia Alpha?

—Hay casi un millar de miembros en la sección estética.

—¿Qué son los grupos Control? —preguntó John de pronto—. He oído hablar un poquito de ellos, pero sólo poquito.

Bronson le miró a la cara en silencio durante largo rato.

—Sí —dijo por último—, su camarero del comedor me habló de sus preguntas.

Hizo una pausa, luego estalló con insólita brusquedad:

—¡No trate de verla! ¡No intente volverla a ver!

John notó como la sangre se le acumulaba en la cara.

—Se precipita usted en sacar conclusiones —dijo.

—Eso espero —repuso Bronson—. Pero hay una cosa que no debe olvidar; estoy seguro de que se le explicó adecuadamente. Una vez una persona embarque en este viaje, no puede volver atrás; nadie en absoluto. Su firma de un contrato con Desarrollos Humanos automáticamente cancela todas las obligaciones anteriores y todos los contratos futuros se harán dentro del marco de Desarrollos Humanos; nuestras restricciones son las mínimas requeridas para el éxito de los experimentos, pero estos lazos no se pueden anular. ¿Comprende eso, John?

—Sí… sí, lo comprendo —contestó John.

El tiempo pasado en superimpulsión fue breve, pero una vez fuera, dentro del sistema Alpha, pasaron días de viaje con cohetes antes de que llegasen al Planeta 7, el único mundo de tipo terrestre en esta familia de planetas. El hombre ahora podía llegar a las estrellas, pero el ímpetu para utilizar esta habilidad casi había muerto; el descubrimiento llegó tarde, casi demasiado tarde…

Fue en el noveno día de viaje cuando John vio al gato… al gato amarillo que pertenecía a la chica del vestido rojo fuego. John divisó al animal marchando delante por el pasillo que conducía a su camarote. Miró rápidamente en su torno, pero no había nadie cerca. Luego llamó con suavidad. Como si le reconociese, el gato se volvió, arqueó el lomo y se frotó contra la pared de acero. John lo recogió, poniéndoselo debajo del brazo y se apresuró a dirigirse al camarote.

Era estúpido, pero descubrió que sus manos temblaban cuando dejó el gato en el suelo. Momentáneamente se debatió ante la idea de abrir la puerta y empujar a Toby para que saliese al pasillo; pero supo que no haría tal cosa.

Entró en el camarote de Doris, sabiendo que ella no estaba, porque acababa de salir con el doctor Bronson para dirigirse a la cubierta de paseo. Buscando por entre los cajones encontró un pedazo de cinta ancha. Luego regresó a su propio cuarto y se sentó ante el escritorio y allí se detuvo.

¿Qué había que decir? ¿Y por qué creía que ella estaba interesada en tener más noticias suyas? Lo ignoraba.

Escribió presuroso en un pedacito de papel: «Ni siquiera conozco su nombre. El mío es John Carwell. ¿Podría volverla a ver?… En el pasillo entre la sala de estar principal su cubierta hay una puerta rotulada. Sólo que conduce a la pasarela de los maquinistas. Estaré allí después de la cena de esta noche».

Las manos le temblaron todavía más mientras plegaba el papel en un rollito pequeño y doblaba la cinta sobre él. Ató una banda estrecha en el cuello del gato. Luego, con precaución, abrió la puerta y empujó al gato al corredor vacío.

—Búscala, Toby —dijo—. Ve de prisa.

El largo y hueco tubo del centro del navío llevaba los diez mil cables y tuberías que formaban el sistema nervioso mecánico de la nave. Contenía un ascensor para uso de los tripulantes y en cada cubierta había una pequeña plataforma para propósitos de inspección. Una escalera de mano pasaba entre las plataformas, conectándolas de extremo a extremo del navío.

En aquel tubo pasarela hacía frío y se estaba a oscuras. Se percibía un olor a azufre y el hedor débil y punzante del ozono del aire. John podía percibir el rechinar y el criquetear de los ocasionales motores auxiliares y las notas de bajo profundo de las máquinas del navío.

Aguardó allí a la escasa luz, sabiendo que estaba haciendo el ridículo más completo. Había nueve probabilidades entre diez de que el gato no hubiese llegado al camarote de la chica con el mensaje en el cuello. Cuando John lo vio por última vez estaba rascándose… y existía también la décima posibilidad de que la muchacha se riese e ignorase por completo su mensaje.

Pero allí estaba. Llevaba veinte minutos y no sabía cuánto más tiempo iba a esperar. Quizá hasta que llegasen a Venus, pensó de manera irracional.

Una maza oblonga de luz batió contra la oscuridad, con una brusquedad momentánea. John oyó el abrirse de la gruesa puerta aislada. Se aplastó contra la pared.

Luego retuvo vivamente el aliento al reconocer el mal iluminado perfil de ella y la inclinación de su cabeza. La muchacha llamó con suavidad:

—John.

—Por aquí —dijo él.

Durante un momento se quedaron plantados uno frente a otro, incapaces de explicar por qué habían venido.

—Deseaba volverla a ver —dijo John simplemente, por último.

—Yo esperaba que lo desease usted —repuso ella.

Y luego no parecía haber nada más que decir. Dentro de unos cuantos días el navío aterrizaría en Venus y ella iría a vivir en la jungla salvaje, mientras que él pasaría el resto de su existencia en alguna especie de país de ensueño musical. Todo parecía, de pronto, más allá de la razón.

—¿Cómo se llama? —preguntó él.

—Lora Wallace.

—¿Por qué vino? ¿Por qué va usted al Planeta 7?

—Para huir de la muerte. La Tierra no es nada excepto una gran tumba. Nos engañamos diciendo que estamos reedificando, pero no es verdad. Los miembros de Desarrollos Humanos saben que no es verdad, pero la mayor parte de la gente lo ignora.

«Pero no creo tener ninguna simpatía hacia Desarrollos Humanos; todo el proyecto sigue un camino equivocado. Vine para escapar».

«Allá en la patria ocurre la misma antigua cosa que ha sucedido cien veces antes. No se puede uno trasladar de una ciudad a otra sin un millar de firmas en sus documentos; uno no puede planear un proyecto más complejo que el referente a su huerto sin consultar con veinticinco autoridades y expertos».

«Oh, todos se muestran muy generosos y serviciales. Comprendemos que es muy necesario obedecer las leyes con el fin de conservar y reedificar el mundo. Pero de todas formas estamos en prisión».

«Me harté tanto que no lo pude soportar más. Algunos de mis amigos se unieron a las colonias de la Luna; otros han ido a Marte. Pero yo no tenía dinero bastante para ninguna de las dos cosas. Convertirme en una colono Control con el Proyecto de Desarrollos Humanos era el único modo que imaginé para escapar de la cárcel».

—¿Cree que hallará libertad luchando en la jungla con las manos desnudas? —preguntó John.

—Sí —contestó ella con una fiera intensidad—. Porque nadie se

preocupará de donde vaya yo, o de lo que haga, mientras no lastime a mi vecino. De buena gana apostaría que, a la larga, los únicos supervivientes de la cultura de la Tierra serán los descendientes de las colonias Control del Planeta 7. El único modo en que se pueden construir hombres y mujeres capaces de conquistar un planeta es proporcionándoles un problema y dejándoles que lo resuelvan, con entera libertad de acción.

—¿No es eso lo que la Tierra estaba haciendo? —preguntó John —. ¿Y de un modo más civilizado? Tenemos el problema… hacer la Tierra otra vez habitable, crear una civilización estable. ¿Vamos a hacer eso con una cooperación mayor de la que se alcanzó jamás?

—¡No! Es la misma antigua falacia que ha destruido a centenares de naciones. Controles, restricciones, oficinas… esas cosas no necesitan cooperación; significan fuerza. Y cada aplicación de la fuerza es una libertad menos para algún hombre.

«No necesito que nadie me diga cuál ha de ser mi tarea, yo la encontraré. No necesito que nadie me diga dónde es el mejor sitio para vivir; yo lo hallaré sola. Y eso harán millares de otras personas, cuando tengan una posibilidad. Y cuando hayamos terminado tendremos realizado un trabajo mejor que todas las oficinas y expertos hayan soñado en realizar jamás. Si no puedo realizarlo en la Tierra, como ciudadana libre, lo haré en el Planeta 7, siendo una Control».

John se sentía algo embarazado por la vehemencia de la conversación de la muchacha, pero era como tener un atisbo de un nuevo mundo. Un mundo que en cierto modo sospechaba había deseado mucho tiempo poder ver.

—Ahora dígame por qué vino usted —dijo ella.

—Lo ignoro —contestó John—. No tengo motivo alguno, en absoluto, para estar aquí; necesito encontrarlo. Necesito hallar algún propósito para mi marcha al Planeta 7.

Lora sacudió la cabeza.

—De esa manera no lo encontrará. Los propósitos son algo con los que uno vive durante meses y años. Todos los años de su vida. No es algo que suceda de la noche a la mañana o en el ensueño de un momento.

«Será mejor que regresemos —dijo ella—. Alguien podría echarnos de menos si nos quedamos demasiado tiempo. Deje que

me vaya primero y usted me seguirá a los pocos minutos».

—Aguarde —la cogió por el brazo—. ¿La volveré a ver?

La joven dudó y le sonrió.

—Está bien. Mañana. A la misma hora. Tenga cuidado. No deben descubrirlo.

IV

La clase de adoctrinamiento del día siguiente resulté interminable. Bronson pareció hallar un encanto particular en destacar la irrevocabilidad de la decisión tomada por todos… recordándoles que habría manera de volverse atrás, abandonando el viaje que habían emprendido.

Cuando llegó el período de discusiones, John se puso de pronto en pie.

—¿Qué hay de aquellos que descubren que son Incapaces de conformarse? —preguntó—. ¿Qué hay de los que se niegan a respetar las reglas Proyecto?

—Nadie se desperdicia —respondió Bronson—. La rebeldía es un rasgo que ha sido anotado a través de las épocas; tenemos colonias en donde su valor está siendo ahora determinado. Yo podría decir que las investigaciones preliminares demuestran el valor de la rebeldía para la sociedad indicando que ha sido enormemente superestimado.

—¿Pero qué hacen ustedes con ellos?

—Hay colonias de la jungla compuestas sólo de rebeldes, inconformistas, individualistas que creen que pueden abrirse paso solos. Usted puede imaginar que los miembros de esta colonia en verdad pasan muy malos ratos. Milagrosamente, sin embargo, incluso ellos logran sobrevivir y de esta supervivencia nosotros aprenderemos muchas cosas.

—Es inhumano —exclamó John—. Ustedes no pueden sentenciar a los hombres a una existencia así durante el resto de sus vidas sólo porque descubren que han cometido un error al venir aquí.

—Todo el mundo vino voluntario —aclaró Bronson—, para

contribuir durante el resto de su vida y con todas sus energías a Desarrollos Humanos. Necesitamos toda clase de contribuciones. Y no debe de olvidar: los rebeldes consiguen lo que quieren. Esta es la primera regla del experimento, dar a un hombre lo que desee y descubrir que hace con ello.

John se sentó, el pecho ardiéndole y la garganta abrasada. Notó las miradas curiosas de los demás de la habitación como si hubiese interrogado al oráculo de todas las eras.

La atención se desvió de él. Otra discusión se convirtió es un zumbido insignificante mientras él permaneció allí sentado, pensando. Eso no le importaba, no tenía intención de rebelarse; estaba dispuesto a sufrir el viaje. Y, sin embargo, si esto fuera así, ¿por qué le ardía el pecho y las palmas de las manos se le acaloraban y humedecían?

El nombre de Lora seguía sonando en su cerebro y no supo por qué todos aquellos atorbellinados pensamientos se centraban en aquella muchacha. Era porque se mostraba tan segura, pensó, y él en cambio aparecía tan inseguro.

En alguna otra parte, la muchacha había encontrado la exacta respuesta de lo que quería de la vida. En esto se parecía a Doris. ¡Pero cuán distintas eran sus respuestas a las de su hermana! Y, entre las dos, él no podía hallar contestación para sí mismo que aquietase las infinitas y atorbellinadas preguntas de su cerebro.

Lora.

El nombre seguía todavía en su mente, horas después, mientras estaba sentado en el camarote, contemplando el lento oscilar de las estrellas a través del ventanal. La puerta del cuarto de su hermana se abrió con brusquedad y Doris entró y se plantó ante él.

—¡Martin lo sabe! —exclamó—. ¿Por qué diablos cometiste una estupidez así?

John empalideció.

—¿Qué estupidez? —preguntó.

—Ya sabes a lo que me refiero. Escabullirte hasta la cubierta de Controles y reunirte con esa chica. Creo que es repugnante, John… profundamente repugnante e increíble. Martin dijo que no iba hacer nada porque no creía que se produjese ningún daño con una sola visita. Pero tienes que prometerme que no repetirás otra vez esa estupidez.

«¿Quién es ella? ¿Dónde la conociste?».

John se puso en pie, el rostro blanco y frío.

—¡Doris! —dijo con voz gruesa—, tiene la amabilidad de no meter tu maldita nariz en mis asuntos…

Aún se encontraba tembloroso cuando llegó a la cita en la pasarela de los maquinistas, mucho más tarde. Llegó primero y aguardó mucho más rato pensando que la muchacha había decidido no venir o que le habían impedido que lo hiciese.

No sabía cómo averiguaron su reunión con Lora, ni tampoco sabía si le estaban espiando en este momento. Cansado y con un gran agotamiento espiritual no le importaba lo que supieran, ni lo que hicieran.

Por fin vino. Pareció como si su lenta y precavida abertura de la puerta consumiese una eternidad y cuando estuvo dentro de la plataforma, permaneció de pie, completamente inmóvil.

—Lora —extendió el brazo y la tomó la mano, manteniéndola entre las suyas. Estaba fría como si la muchacha hubiese tenido miedo de algo durante largo rato.

—Saben lo nuestro —musitó ella—; ¿se lo dijeron a usted?

John asintió en la escasa luz.

—Pensé que le habían impedido que viniera.

—Me previnieron para que no lo repitiese, pero no han tratado de impedírmelo.

—¿Por qué vino usted?

—No lo sé —ella negó con la cabeza en una violenta protesta contra algo de lo que él pudiera haberla acusado—. Creo que fue sólo porque se lo prometí.

—¿Y por qué lo prometió?

—¡No lo sé! —De pronto las manos de ella se cogieron a los brazos de John y se apretó contra el pecho varonil, aplicando la mejilla sobre su hombro—. ¡John… John!… ¿Por qué tiene que ser así?

Él la apretó aún más contra sí, como para impedir que temblase su cuerpo. La acarició el pelo, junto a la frente.

—Volveremos —dijo—, les obligaremos a que nos hagan volver.

Permanecieron plantados allí, en silencio e inmóviles, como si tratasen de conservar este momento para eternizarlo. John pensó: Estar allá en aquella cámara fría y sulfurosa, con la vida del navío a

su alrededor. Y más afuera la negra noche del espacio a través del cual aquel esbelto cilindro viajaba, teniéndoles encerrados e impidiendo que la fría muerte les dominara.

Cuán lejos habían tenido que llegar para encontrar este momento.

La levantó la barbilla suavemente con el canto de la mano.

—No sé nada acerca de ti —dijo—. Cuéntame. Quiero saber todo lo que te ha ocurrido en tu vida, cada salida del sol que has visto y cada hoja que ha caído cerca de ti.

Ella sacudió la cabeza y trató de apartarse como si la magia hubiese cesado. Pero él la retuvo.

—No hay tiempo para eso —dijo la muchacha—. Sólo hay tiempo para maravillarse de por qué no habremos nacido en el mismo mundo. Ya sabes que no se puede comprender nunca la dureza del mío… y menos tú que has vivido en otro medio ambiente. Es imposible que comprendas cómo viví yo y adónde voy. Yo me sofocaría en tu mundo.

—Entonces encontraremos uno nuevo —dijo él con fiereza—. Descubriremos una Tierra que nos albergue a los dos. No te dejaré marchar.

Una luz súbita desde el pasillo cayó sobre ellos mientras la pesada puerta se abría. Se abrazaron con más fuerza, quedando iluminados durante un instante y se separaron cuando Bronson vino en su dirección. Otras figuras asomaron en el umbral.

—Ustedes están empeorando las cosas, haciéndoselas más difíciles —dijo Bronson—. Lamento que no haya seguido mi consejo, John; será necesario confinarle en su camarote durante el resto del viaje. Por favor, venga conmigo ahora.

Notó como la mano de Lora se ponía rígida momentáneamente entre las suyas y luego la soltó al separarse la muchacha.

—Vamos a regresar —dijo John a Bronson—. Exijo que nos devuelva a la Tierra en el próximo navío que regrese.

Bronson sacudió la cabeza.

—Me parece que no me entendió. No hay regreso; no hay regreso para ninguno de nosotros. En Desarrollos Humanos sólo se va hacia adelante.

* * *

Los continentes centrales del Planeta 7 son seca desolación en donde sólo existen los monstruos de arena de unos treinta centímetros de longitud. Pero cerca de los polos hay cinturones de verdor casi de dos mil kilómetros de anchura. En los límites de las feas arenas, donde éstas se transforman en verde vivo, florece una selva impenetrable, junto a las yermas inmensidades.

Toda la humedad del planeta halla su camino hacia los ríos cálidos y los lagos de las regiones polares. Aquí el escuálido puesto de vida nativa se encuentra. Aquí los hombres de la Tierra han establecido su Proyecto de Desarrollos Humanos.

En esta fantástica jungla, cada plan utópico concebible se ha puesto en práctica, se ha ensayado y probado, buscando su utilidad. Proyectos planeados durante millares de años de tiempo miden los efectos del medio ambiente y la capacidad del hombre para conquistar el universo, conquistándose primero a sí mismo.

Concebido casi doscientos años atrás por el doctor James Rankin, un sociólogo del gobierno, este proyecto fue primero considerado un plan salvaje e impráctico, indigno de recibir el dinero del erario público para respaldar tan acaloradas teorías. Rankin propuso la idea poco después del final de la Gran Guerra. Salido del conflicto llegó el descubrimiento de la superimpulsión; la primera ráfaga de entusiasmo envió expediciones al sistema Alpha, en donde se encontró al Planeta 7 y se le explotó, y se trazaron mapas. Pero entonces fue cuando comenzó a intervenir la pereza; el cansancio mundial absorbió todas las energías humanas y los informes fueron archivados, languideciendo la construcción de navíos estelares…

Rankin propuso la idea de crear una nueva especie de hombre para sobrevivir en la Tierra, pero nadie sabía qué clase de hombre sería esa, o si podría hallarse. Las colonias de la Luna y de Marte habían sido instaladas, pero allí faltaba algo…

La idea de Rankin prendió y, por último, forzada su aceptación por aclamación espontánea al gobierno del mundo, los jefes parecieron advertir que era el último acicate… no habría otra si esta oportunidad se dejaba pasar. Rankin vivió lo bastante para ver establecida la primera y diminuta colonia, en las junglas prohibitivas de un mundo lejano, que orbitaba en torno a un astro extraño.

Teóricamente pudo haberse hecho en algún mundo de nuestro propio sistema solar, pero el viaje espacial hacía que todos estos mundos pareciesen demasiado próximos; había algo en el atractivo psicológico de un planeta que giraba en torno a otra estrella… algo que proclamaba que aquí se encontraba un principio rotundamente nuevo…

En tres cuartos de siglo el Proyecto se incrementó hasta cubrir casi toda la banda polar septentrional con sus colonias aéreas. Todavía existía la controversia sobre los méritos de Desarrollos Humanos. Controversia acalorada y vehemente. Se efectuaban demandas de que se despojase al Proyecto de su carácter secreto y que su historial y sus progresos se hicieran públicos. Pero el único modo de adquirir tal información era ofreciéndose para colono voluntario.

No era un deseo de esconder sus intimidades del mundo, decían los jefes del Proyecto, sino un superior conocimiento de las actividades que tenían que evitar fuesen contaminadas, por el pensamiento de aquellos que deseaban ser voluntarios, al transcurrir los años. Los inspectores del gobierno que recibieron permiso para investigar cualquier evidencia de malos tratos o malas prácticas, siempre expidieron un certificado de salud para el Proyecto y jamás hubo escasez de voluntarios. Los escogidos eran resultados de un estudio cuidadoso para obtener las muestras adecuadas para los diversos medios ambientes y sociologías que tenían que ser puestos a prueba.

John Carwell contempló cómo el planeta poco a poco llenaba el ventanal, sustituyendo a la negrura salpicada de estrellas a la que había estado mirando a través de cinco largos días de prisión.

El navío pasó copio un rayo cruzando las yermas zonas centrales. Contempló las enormes extensiones azotadas por los vientos y las grietas e irregularidades que poco a poco se fundían en el verde de la región polar.

Luego, de manera brusca, el navío se vio envuelto en una niebla, marchando a través de aquella perpetua capa de nubes que giraba despacio en torno a las bandas polares. John la miró, jamás moviéndose de su posición ante el ventanal, las manos entrelazadas a su espalda, la cabeza inclinada y gacha. Había niebla y el vistazo ocasional de verde que, de vez en cuando, cruzaba la bruma. La

lluvia caía en cascadas a los lados del navío, precediendo al saludo que el Planeta 7 les dedicaría cuando abandonaran la nave.

Miró aquel mundo y lo odió. Era la única emoción que podía encontrar dentro de sí. Odiaba al Planeta 7; odiaba Desarrollos Humanos. Pero más que nada, se odiaba a sí mismo. Debería emprender alguna acción salvaje y violenta para defender su posición y ganarse a Lora.

Pero ignoraba cuál podría ser tal acción. No podía arrancar las mismísimas paredes de la nave y tampoco estrellar su puño blanco en el rostro implacable de Bronson. No deseaba esa clase de puñetazo; estaba atrapado y ligado.

La puerta se abrió en silencio a su espalda. Doris se le acercó sin hacer ruido.

—Estamos entrando. ¿Lo tienes todo preparado?

—Todo preparado, excepto yo —señaló con la cabeza la jungla ahora visible a través de las láminas decantadas de lluvia—. Me moriré ahí fuera —susurró.

—Ahí no es donde vamos —exclamó Doris—. Ya has visto las fotos y las películas; ya sabes cómo es la Colonia Alpha. No vamos a entrar en esa jungla. Ahí es donde están las Colonias Control.

Apenas pronunciadas estas palabras hubiese querido retirarlas, no haberlas dicho. El rostro de John se hizo todavía más amargo.

—ˆLa enviarán ahí. ¿Qué clase de fanáticos son?

—Recuerda: es lo que ella desea —apuntó con amabilidad Doris —. Se presentó voluntaria como Control. Nada puedes hacer. Nada en absoluto.

—Encontraré algo. ¡Haré algo por ella!

V

Jamás notaron la humedad de la tempestad. Una pasarela techada salió desde la protección del terminal y sujetó su metálica boca al casco de la espacionave. A su través, los pasajeros entraron en la seca comodidad del edificio. John no pudo ver a Lora; su grupo fue conducido rápidamente bajo la supervisión de Bronson.

En el lado opuesto del edificio subieron a un autobús que les llevó raudo por una pavimentada autopista que hendía la jungla. La irrealidad creció para John mientras el coche cortaba las cortinas de lluvia. Era como hundirse más y más en un sueño… tan profundo que quizá jamás despertara.

Después de una hora de viaje disminuyó la marcha. Mientras efectuaba un rápido giro pudo ver fugazmente la enorme burbuja brillante que parecía apoyarse en el suelo y echar hacia atrás la selva. Su gentil curvatura indicaba una asombrosa enormidad. Luego se detuvieron ante otro edificio terminal a un borde de la burbuja.

Ninguno de sus compañeros hablaba. Marchaban como máquinas hasta entrar en el edificio, como si ya les hubiesen arrebatado toda voluntad e iniciativa. Pero notó que estaban tan asombrados como él por el impacto de la llegada a su destino final. Había sido aventura y osadía cuando firmaron con sus nombres el contrato que les ligaba para siempre al Planeta 7; pero eso quedaba tan lejos. Ahora…

John y Doris fueron acomodados en apartamentos contiguos una vez más. John se sentó en la lujosa cama y la dio unas palmaditas desanimadas.

—Ahora somos superhombres —dijo.

La amargura de su voz impidió toda respuesta que pudiese tener

preparada Doris. Su hermana dio media vuelta y se acercó hasta las ventanas, descorriendo los caros cortinajes. Soltó un respingo al mirar hacia afuera.

—¿Qué es eso? —Entonces John vio también el panorama. Contempló un escenario cuyo impacto era como el sonido de un dulce acorde arrancado suavemente de un gran teclado.

Se levantó despacio y se plantó junto a Doris. Era como la antigua Grecia; era un panorama campestre inglés, los grandes bosques de la vieja Alemania.

—Vale la pena —dijo Doris—. Vale la pena, John. Nunca tendremos que luchar contra este mundo.

No había calles, sólo senderos cruzando la herbosa y alta extensión. No se permitía que los vehículos mecánicos rompiesen el panorama. Los edificios, las casas… eran propios del lugar. Toda la escena hubiera quedado defectuosa si algo hubiese sido quitado de allí.

Estatuas tan gloriosas como en la Era de Pendes salpicaban los enormes céspedes. Junto a esto, las ciudades de la Tierra, como John las recordaba no eran sino grandes basureros.

—Es nuestro hogar —murmuró Doris, apenas en su susurro—. Jamás tendremos que abandonarlo; nunca volveremos a estar cansados.

Había un extraño humor en ella que John no conociera anteriormente y que no comprendía. Parecía como si, de pronto, la viese librarse de una carga que antes ignoró que su hermana llevara a cuestas.

Pero la suya propia no podía ser descargada. En algún lugar de la jungla, más allá de la gran cúpula transparente que albergaba la Colonia Alpha, estaba Lora, sin protección y en un medio ambiente salvaje.

John fue convocado a primera hora de la mañana siguiente para celebrar una entrevista con el doctor Warnock, director de la Colonia Alpha. Se sintió débilmente impresionado por la apariencia inicial de este director: Warnock parecía cualquier cosa menos el jefe de tal grupo.

Era inmenso y sus ojos casi quedaban ocultos por la gran redondez de su cara. Un cigarro apagado sobresalía de entre sus dedos. El despacho era muy comercial, lejos de la gloria que

quedaba visible por los ventanales del apartamento.

—Siéntese, John —le indicó el doctor Warnock.

Una segunda sorpresa residía en su voz, que era suave y amable y John se encontró cambiando apresuradamente sus primeros cálculos y estimaciones.

—¿Ha hecho usted alguna vez algo útil en su vida? —preguntó de pronto Warnock.

John dudó, ruborizándose.

—No… no lo sé…

—Eso está bien. Yo tampoco sé si lo he hecho. Algunas personas tienen las visiones más fantásticas acerca de sus propios logros. Me preguntaba si sería usted una de esas.

«Nos agradó enterarnos de su venida. Especialmente se alegró Papa Sosnic. Quiere oírles; vendrá esta tarde».

—¿Papa Sosnic?

—El decano del grupo; alardea de ser el primer miembro. Casi tiene noventa años. Está buscando al Gran Músico y a la Gran Música antes de morir. Afirma que las colonias son estériles y que nunca han producido ningún músico. Pero eso lo oirá de sus propios labios. Háble me de su música.

Se encogió de hombros.

—Ha sido una manera de vivir.

—¿Eso es todo? ¿No le gustaba a usted su música?

Sonrió débilmente y habló a Warnock de su infancia con Doris, que había soñado por ambos. Le contó cómo le había sometido y forzado a infinitos ejercicios musicales cuando era pequeño.

—Y por eso odia usted su música —comentó Warnock.

—No —John sacudió la cabeza—. Esa es la cosa más extraña. Debería hacerlo, pero no la odio.

—¿Por qué?

—Es difícil de decir. Jamás he intentado contárselo a nadie, especialmente a Doris; nunca comprendería por qué sigo tocando.

—¿Me lo puede decir a mí? —inquirió Warnock.

John se halló contándolo, sin comprender la razón. Warnock le parecía tan enorme en comprensión como su cuerpo físico y John explayó sus sentimientos.

—Los escritores, los poetas y los artistas todos han sido hombres —dijo—. Es decir, los grandes. Una mujer no puede ser una gran

artista. Pero nunca me atreveré a decirle a Doris eso, es una manera varonil de llorar y reír y decir que el mundo es bueno y feliz; por eso hace música y escribe libros y pinta cuadros.

«Una mujer no tiene que hacer eso; no puede. Tiene otros mil caminos. Pero se supone que el hombre ha de ser un animal mudo y sordo que jamás piensa en estas cosas. Alguno de nosotros tropezamos con una manera aceptable de decir lo que tenemos dentro».

—Su hermana —dijo Warnock—, ¿por qué supone usted que toca?

John sacudió la cabeza y sonrió.

—Ella no entiende de música. Toca a través de su cabeza… no de su corazón.

—Ella lleva la jefatura en todo el trabajo de ustedes. ¿Por qué se lo permitió?

—Lo ignoro. No comprendería si tratase de decirla como quiero yo tocar; imagino que tengo miedo de que ninguna otra persona lo comprendiese.

—Me parece que Papa Sosnic le entenderá —comentó Warnock. De pronto se levantó y extendió la mano—. Vendrá para verle. Y se están formalizando los arreglos para su alojamiento. Ya le avisaremos.

John sintió cierta culpabilidad mientras regresaba al apartamento. Había dicho cosas que no debió comentar; no tenía derecho a hablar de Doris como lo hizo. Pero esta pena desapareció ante el pensamiento recurrente de Lora.

Casi había expuesto sus problemas a Warnock, tan extraña era la facultad del director que invitaba a las confidencias. Pero ahora sintió alivio de no haber hablado del todo. Warnock había recibido un informe de Bronson sobre el incidente, claro; pero prefirió ignorarlo, por lo que John hizo bien en no traerlo a colación.

Pero eso no le dejaba sitio para poder hablar con alguien de Lora y allí había pánico y soledad. Desde la ventana del apartamento comparó la paz elisíaca del panorama con la jungla odiosa que quedaba más allá de la cúpula. Tenía que sacar de allí a Lora y no sabía cómo podría hacerlo.

Doris había salido. Papa Sosnic vino por la tarde. Llamó una vez, como un pajarito, y entró sin esperar que John abriera la puerta.

Con el pelo blanco y la barba blanca también, era un hombre avispado, tan viejo como un gnomo. La piel de sus manos parecía una telaraña. Había flaquezas en su voz, pero aún poseía una autoridad patriarcal.

Se presentó a sí mismo.

—Quiero oírle tocar, deseo saber si es usted músico, u otro charlatán.

John sonrió con aire amistoso, mirando al avispado ancianito.

—Habrá oído mis discos —dijo—. Ya sabe cómo toco.

—Yo no sé nada —repuso Sosnic—. ¿Se puede poner mucho del alma de un hombre en un disco de plástico? Y, además, todo lo que hemos oído aquí ha sido con su hermana llevando la jefatura. Un muchachito tímido caminando en las sombras en donde el sol no quema y la lluvia no moja. Siéntese y déjeme oír cómo toca.

De inmediato, John se encontró temblando, aunque ligeramente, como si un gran secreto hubiese sido descubierto y no tuviera lugar en donde esconderlo.

Luego se sentó ante el teclado y desapareció el miedo. Se notó en presencia de un amigo con quien podía hablar como nunca habló antes. Empezó a tocar con suavidad una sonata de Beethoven. Pero, al cabo de una docena de compases, Papa Sosnic alzó las manos.

Casi gritó:

—¡Toque! Doris no está aquí ahora. Toque música.

John volvió a tocar. No retuvo nada; no tocó como si Doris estuviese allí, con su fría e intelectual medida de los compases, criticando cada vez que oprimía una tecla. Alteró el tiempo y moduló su ejecución para que la música ya no fuese un diagrama de precisión matemática.

Ahora pintaba un cuadro y narraba una historia. Y, en cierto modo, se convirtió en la historia de Lora. Esbozó las finas y dulces líneas de su perfil como las había visto en la semioscuridad de la pasarela del navío.

Se lo contó todo a Papa Sosnic, con su música. Le contó lo que significaba estar solo y lo que significaba hallar un final a esta soledad, aunque sólo fuera por un momento.

Cuando hubo terminado, había lágrimas en los ojos del viejo. Se sentó y dio unas palmadas a John en los hombros y le besó en la mejilla.

—John, puedes tocar —exclamó—. Puedes tocar.

Se sentaron ante el piano hasta que oscureció en el exterior. Y, entonces, porque no podía mantenerlo dentro de sí más tiempo, John narró a Papa Sosnic la verdadera historia de Lora, cómo se habían encontrado a bordo del navío y se volvieron a separar sin esperanza de verse otra vez jamás.

El anciano gimió.

—¿Quieres decir que la dejaste marchar? —preguntó—. ¿Qué no has hecho nada absolutamente?

—¿Y qué podía hacer? Todavía no he renunciado. Encontraré un modo de lograr que nos devuelvan a la Tierra. Pero eso parece ahora muy distante y completamente desesperanzador.

—¿Por qué le dejaste que se fuera? Pudiste haberte ido con ella. ¿No lo sabías? Pudiste haber cambiado tu condición de miembro, trasladándote a la colonia experimental Control. Siempre es privilegio de cualquiera de los que se cansen de las condiciones aquí; ¿no te lo dijeron?

John asintió en medio de una bruma anonadadora.

—Creo que sí —contestó despacio—. Creo que había algo así en el contrato. ¡Pero usted no puede significar que se nos debió conceder a ambos una vida en el salvajismo primitivo durante el resto de nuestras existencias! ¡Eso es ridículo!

—Ah —exclamó Papa Sosnic—, ¿es ridículo el amor? ¿Importa más alguna otra cosa? Ni siquiera tu música… que estés donde estés, siempre llevarás en el corazón.

—No —susurró John—. No resultaría; no resultaría jamás. Nos destruiría a ambos.

—Hasta ahora sí —murmuró con tristeza Papa Sosnic—. Tienes que caminar muy lejos, Johnny, antes de que salgas de las sombras. Vuelve a tocar para mí, Johnny; déjame oír otra vez tu música.

VI

De entre todos los posibles alojamientos que se les ofrecieron, John y Doris seleccionaron sus viviendas cerca del apartamento de Papa Sosnic. A Doris le agradó de inmediato el viejo músico y John se mostró complacido. En cierto modo le parecía muy importante que su hermana y el anciano simpatizaran.

La vivienda de John era una explosión de lujo, verde y dorada, en la que estaba servido con precisión robótica. Los dispositivos a porrillo, que nunca había imaginado, atendían cada necesidad. Paneles para la comida eran capaces de servirle hasta el último de sus gustos. En silencio y durante su ausencia, el lugar quedaba barrido y arreglado y sus ropas limpias y lavadas. Jamás vio un sirviente humane.

Al principio era sólo una novedad, pero se convirtió en sorprendente a los pocos días cuando se dio cuenta de que iba a ser así el resto de su vida. Cada día sería como un carnaval.

Trató de trabajar; trató de pensar; trató de luchar contra sus propias emociones y planear una solución. Y trató de abrumar cualquier consideración acerca de la terrible respuesta que le había propuesto Papa Sosnic.

Aceptar esa proposición sería abandonar la esperanza para siempre. Las colonias existían para el estupendo y alto propósito de desarrollar a un hombre que pudiese sobrevivir a su propia ingenuidad. A John le agradaba pensar que él estaba comenzando a notar ese propósito. Pero los Controles no eran más que meras existencias a nivel animal, por las que medir el progreso del hombre.

Quizás eran necesarios para el experimento, pero no había escapatoria del hecho de que ningún solo Control podría

considerarse a sí mismo nada excepto un sacrificio viviente, ciego y sumiso… su vida un perfecto desperdicio con respecto a la creación y satisfacción generales.

Se acusaría a sí mismo cada día de su vida, pensó John, si renunciaba a una orden para vivir con Lora en la jungla, sólo para contemplarla agostarse y desvanecerse, para presenciar cómo se apagaba la luz en sus ojos.

A través de años de incesante forcejeo contra la humedad y las durezas de la vida, contra los terrores nocturnos, su amor disminuiría; se vería sustituido por la indiferencia y luego por el odio. Prefería no volverla a ver más antes que experimentar todo eso.

Ahora tenía tiempo para componer, lo que le había sido denegado casi por completo por los rigurosos contratos en la Tierra. Con la atorbellinada energía que desencadenaba sobre el teclado y en la mesa de escribir, su mente podría olvidar el problema de la huida. Estudió la colonia, su administración, la fuente de ingresos y las entradas y salidas. Y por último supo lo que podía hacer.

Su primera composición le dejó agotado emocional y físicamente. En ella dijo algunas de las cosas que había anhelado decir durante toda su vida y ahora no sabía si las había dicho o meramente se engañó a sí mismo, creyendo haberlo hecho.

Invitó a Papa Sosnic a oír la obra cuando la hubo terminado. El viejo estaba encantado.

—No me suponía que acabases algo con tanta rapidez —dijo—. Quizá sirva para el concierto de Otoñó. Permíteme oír la pieza, John.

Volvía a oscurecer, pero apenas necesitaba ver el teclado. Sus manos lo recorrieron con seguridad, puesto que estaba diciendo lo que deseó expresar durante toda su vida.

Empezó con tonos sombríos de azoramiento y de pérdida. Luego la música se hizo frenética de miedo y salió disparada ascendiendo con el terror. De pronto, en plena ejecución, notó el impulso del pánico. Supo que esto era malo; paró, las manos cayendo sobre sus muslos.

De la oscuridad, la voz de Papa Sosnic sonó suave.

—Sigue, Johnny…

Al cabo de un instante, levantó las manos cansado y reasumió la

música en donde la había dejado. Continuó con una especie de impresionante creación. Habló de estar vivo y tener conciencia del espacio y del tiempo y de los planetas y de los soles y del frío y de la oscuridad. Narró lo que era sentirse solitario y lo que era estar contento.

Cuando hubo terminado, no oyó ningún sonido en absoluto desde el otro lado de la habitación. Luego hubo un murmullo junto a él y la figura de Papa Sosnic se sentó a su lado, en el asiento del piano.

—Servirá, Johnny —susurró—. Creo que quedará muy bien en nuestro concierto. Si me permites, lo programaré.

John sacudió la cabeza.

—No lo creo. Es muy malo, ¿verdad?

—Es lo que hay en tu corazón, Johnny, y el corazón del hombre jamás es malo.

John se levantó de pronto y se plantó junto a la ventana, contemplando el burlón crepúsculo, de espaldas a Papa Sosnic.

—Bueno o malo, yo no puedo hacer nada que no sea por el estilo. Ha impedido que me volviese loco el último mes, pero no estaré aquí para el concierto de otoño.

—¿Dónde estarás? ¿Vas a por Lora?

—¿Puedo confiar en usted? ¿Me ayudará?

—Pues claro. Si es para ver a Lora, nada en el mundo es demasiado pedir. La música es una insignificancia; el Proyecto de Desarrollos Humanos es una bocanada de viento comparado con los asuntos de un hombre enamorado. ¿Cuál es tu plan, Johnny?

—Volver a la Tierra. He imaginado cómo volver en el navío la próxima vez que entre en el muelle. Lo conozco bastante bien para poderme meter de polizón durante el viaje. No me encontrarán nunca hasta que sea demasiado tarde para dar media vuelta.

«He revisado el horario de autobuses hasta el terminal. Puedo cruzar las puertas durante el período nocturno en que están abiertas y podría llegar al espaciopuerto como máximo en un día. Pero necesito una cosa y es su ayuda para prepararme una coartada durante los siguientes días aquí, hasta que el navío esté bien adentrado en su rumbo».

Papa Sosnic asintió.

—Claro; yo podría decir que te has ido al bosque para vivir sólo

en una de las cabañas y trabajar un poco. Eso es normal y nadie repararía… si pudiese impedir que Doris tratara de adivinar. ¿No se lo dirás a ella?

—No. Cuento con usted para impedir que lo sepa. De todas maneras, parece atareada, tanto que no creo que se fije.

—¿Y qué harás cuando estés en la Tierra? —preguntó Papa Sosnic—. ¿Estarás entonces más cerca de Lora?

—Les diré cómo es el Proyecto de Desarrollos Humanos. Les hablaré de la prisión y la esclavitud de aquellos que no se inclinan ante los deseos de los gerentes del Proyecto. Diré a todo el mundo una historia que no podrá ignorar.

—¿Esclavitud? —Papa Sosnic volvió las palmas de las manos hacia arriba, en un gesto de pregunta—. Aquí no veo esclavitud. La Tierra jamás fue tan buena como esto.

—Es esclavitud cuando uno no puede hacer lo que desea, pero es inútil discutir ese término. ¡Les diré lo que sé!

—Sí —suspiró Papa Sosnic—. Se lo dirás; pasarás meses y años martilleando en las puertas oficiales con frenéticas acusaciones que nunca conseguirás que te escuchen. Tu vida y energía se apagarán. Estarás en la Tierra y Lora se encontrará aquí. Quizá cuando ambos seáis vejestorios resecos, sin juventud y sin belleza, os permitirán veros otra vez. Quizá.

John se desmoronó por la abrumadora lógica del anciano.

—Y usted quiere que me convierta en un salvaje y que tenga a Lora y a mí mirándonos día a día, con creciente amargura, mientras luchamos contra la jungla meramente por sobrevivir.

—Eso es una solución —dijo Papa Sosnic despacio—. Yo la he sugerido porque representa una ligera esperanza. Pero me gustaría que lo intentases antes de efectuar ese vuelo loco a la Tierra como polizón.

—¿Explíquese, quiere? —preguntó John.

—¿Fue Lora examinada para diversas calificaciones de Colonia?

—No lo sé. Dijo que se presentó voluntariamente para Control.

—Entonces quizá sea posible que pudiera pasar las pruebas para la Colonia Alpha. Si lo lograse, se le permitiría volver a presentar otra solicitud y probablemente la admitirían… si pasara las pruebas.

—Nunca lo haría. Por motivos en apariencia estúpidos, odia la idea de las Colonias experimentales. La única solución para nosotros

es un intermedio. Y el único lugar donde encontrarlo es la Tierra.

—Lleva ya en la jungla un mes. Quizá ha cambiado de idea; quizá la cosa no es tan romántica como se imaginó.

John se volvió con viveza, la decisión impregnando su voz.

—¿Qué puedo hacer?

—Podrían traerla aquí para un período de visita y sufrir el examen. Valdrá la pena intentarlo.

—Sí… sí…, vale la pena.

John abordó al doctor Warnock a primeras horas de la mañana siguiente. Expuso al director toda la historia, reteniendo únicamente su desesperado plan de regresar a la Tierra… que aún pretendía conservar como recurso final.

Cuando hubo terminado, Warnock le miró de reojo y rió con malicia.

—¿Y Papa Sosnic le dijo que esto sería posible, traer a Lora aquí para unos visita de inspección a la Colonia Alpha, y a ver si le gustaba lo bastante como para quedarse?

—Siempre y cuando pasase las pruebas. ¡Y estoy seguro que podría pasarlas!

—A veces me preguntó quién gobierna esta colonia… Papa Sosnic o yo —contestó Warnock.

John notó un escalofrío viajando lentamente por su columna vertebral a partir de los pies. Entonces comprendió que Papa Sosnic había dicho que podía hacerse sólo en su propia opinión de anciano.

—Jamás se hizo antes cosa por el estilo —dijo Warnock, confirmando el súbito miedo de John—. Hacerlo ahora casi sería destruir el plan de la Colonia. Usted no entiende, ni tampoco Papa Sosnic, que debe mantenerse aislada.

—Una prisión —susurró John—, esa es la palabra que debió usted pronunciar.

Warnock sonrió con algo de tristeza.

—Es bastante difícil de exponer, a ustedes los que vienen aquí, el razonamiento básico que respalda nuestros experimentos. En el momento en que un hombre se convierte en miembro de nuestras colonias es casi imposible impedir que adopte una especie de complejo de persecución; desarrolla la psicología del prisionero.

—Quizá sea algo más que un comentario trivial acerca de los

métodos de sus experimentos.

—Tenemos reglas, sí… también nos hemos dado cuenta de que tratamos con seres humanos. Supongo que usted cree que voy a rechazar su petición. Bueno, se equivoca. Voy a dejar que Lora venga aquí… si ella quiere, claro; la decisión le corresponde.

«Me doy cuenta de su potencialidad como miembro productivo de esta Colonia. Tenemos un fichero sobre usted que tiene dos centímetros de grueso. Deseamos saber lo que un hombre de su categoría puede hacer por el futuro de la humanidad cuando se le da libertad para desarrollar todo lo que tiene dentro».

—¡Libertad!

Warnock asintió despacio.

—No lo ha comprendido, John. Hay libertad aquí en el Planeta 7; claro que uno lo que tiene que hacer es extender el brazo y tomarla.

—Pero dijo usted que la clase de cosa que he pedido yo jamás se realizó nunca.

—Es que tampoco se solicitó nunca.

John, de pronto, se relajó y se desplomó en la silla y rió de manera incontrolable, a pesar del convencimiento de que tenía más ganas de llorar que otra cosa.

—¿Qué le pasa? —preguntó Warnock.

John le habló del plan salvaje de meterse de polizón en el navío y regresar a la Tierra para preparar una campaña contra el Proyecto.

—No habría podido marcharse sin que lo supiéramos —dijo Warnock—, pero tampoco le habríamos detenido. Entonces jamás habría vuelto a ver a Lora.

—¿Sabía eso Papa Sosnic?

—Papa conoce muchísimas cosas de las que nos maravillamos. Sí, creo que probablemente comprendió esto muy bien. Supo lo que resultaría; Papa Sosnic le ha hecho a usted un gran servicio.

VII

Tres días transcurrieron antes de que se enterase de que Lora estaba en canino. Cuando llegó la noticia le parecía como si se refiriera a alguien a quien hubiese conocido mucho tiempo atrás, en su infancia, alguien que podría haber cambiado durante los largos años transcurridos y a quien apenas conocería. Se preguntó qué se dirían uno a otro cuando se reunieran.

La Colonia Control de Lora se encontraba a la otra parte de la jungla, en dirección opuesta al espaciopuerto; fue en este espaciopuerto donde se concertó su reunión con ella.

Se vieron a través del vestíbulo del terminal oscurecido por la tormenta, en donde el olor a lluvia hacía difícil respirar plenamente. No corrió hacia ella, como se imaginó que haría. La muchacha parecía algún viejo conocido de su niñez y necesitó tiempo para captar el hecho de su presencia.

Jamás la había visto como iba ahora vestida. Sus ropas eran toscas, de un cuero verde que la confirmaba como parte de la propia jungla. Su rostro había cambiado también; estaba más delgada y más morena.

Pero sus ojos seguían siendo iguales. Notó el calor de la tristeza creciendo en su interior al acercarse lo bastante para ver la luz de sus ojos. Era más viva que jamás lo fue antes, pensó.

Luego ella estuvo cerca de él, tocándole, la mano en el brazo. Y aún seguía sin encontrar nada que decir.

Los ojos le brillaban ahora.

—No debía haber venido —dijo la muchacha—. Pero tenía que hacerlo; tuve que aceptar esta posibilidad que pensé jamás se me presentaría. La oportunidad de volverte a ver.

—Ya te dije que nunca te abandonaría —anunció John.

Muy en su interior realmente había creído que este instante no llegaría a producirse, pensó. Hacía mucho tiempo que perdió la capacidad para creer en milagros.

Rodeó con sus brazos el milagro de Lora y lo apretó contra sí, pero era como tener abrazado a un pájaro impaciente.

—No debía haber venido —repitió ella—. Ha sido un truco, pero me di cuenta de que era la única posibilidad que jamás tendría de volverte a ver.

—¿De qué estás hablando? —La apretó todavía más—. Estás ahora aquí y es para siempre.

—No me quedaré, John; les he dejado creer que aceptaría las pruebas, pero no las aceptaré. Ni siquiera quiero saber que podría ser elegible para la Colonia Alpha.

Los músculos de él se pusieron rígidos, como si el tiempo se hubiese detenido, y sintió un frío y un vacío en su interior. Aún la apretó con más fuerza y llevó sus labios al oído de la muchacha.

—Calla —susurró—. Mañana hablaremos.

Pero no lo volvieron a mencionar, ni a la mañana siguiente, ni al otro día. Lora se quedó con Doris y John no estuvo muy seguro de cómo se llevarían las dos mujeres. Aún ardía su cerebro con los recuerdos demasiado ardientes de Doris calificando su encuentro con Lora de asqueroso y estúpido.

Pero Doris había cambiado en las últimas semanas, pensó, sin que él se diese cuenta. Quizás era por Bronson. El científico venía a menudo a verle… a ver a Doris… y John suponía que esto era muy irregular, puesto que constituía un factor contaminante a los ojos de los directores del Proyecto.

El cambio de Doris resultó evidente cuando John llevó a Lora con ella. Las dos se intercambiaron miradas, como si tuviesen algún secreto solitario que las unía contra el mundo. John trató de comprender las tristes y amistosas sonrisas con que se obsequiaron.

Papa Sosnic estaba radiante y la besó en ambas mejillas cuando John llevó a Lora para que la conociera. La muchacha había cambiado temporalmente las toscas ropas de la Colonia Control por los tejidos exquisitos suministrados al grupo Alpha. Delgada y bronceada contra el blanco material de su vestido, era la mujer más adorable de toda la Colonia, según supo John… y confirmó Papa.

Le gustó todo lo de la casa. Cuando volvieron a estar a solas, la

muchacha se dejó hundir en la sana comodidad de un gran sillón. Por el ventanal podía ver el amplio y pacífico panorama y el esplendor griego de las estatuas y de los hombres y mujeres que jugaban en las cercanías.

Con los dedos extendidos, se arregló la falda del vestido.

—Soñé en algo así cuando era una niña —dijo—. Y nunca lo tuve.

—Ahora lo tienes —dijo John—ˆ•, para siempre.

Lora miró por los ventanales, más allá hacia la cúpula que retenía al sol y al viento y a las estrellas. Sacudió la cabeza despacio.

—¡No… jamás me gustó vivir tras las rejas; aquí las hay incluso en el cielo!

En los días siguientes la llevó por la Colonia, pero tuvo la sensación enfermiza interior de que estaba perdiendo. Tuvo la sensación de intentar proteger un castillo de arena con los brazos, mientras que las olas lo disolvían a pesar de todos sus esfuerzos.

Lora se mostró encantada con los fantásticos aparatos que les servían en las casas, que les traían las comidas desde las cocinas centrales automáticas, atendiendo a toda la Colonia. Se mostró hechizada con la paz de los claros del bosque a través de los cuales la llevó cogida por la mano. Y se plantó ante los grupos de estatuas clásicas más de una hora mientras él la explicaba las historias que representaban.

Pero era como una criatura emocionada por la visita a una casa extraña y fabulosa. Todo su encanto no significaba que la hubiese aceptado como propia; y esto sí que no podía hacérselo creer… que era su casa también como la de él.

Warnock no les concedería muchos días más, eso lo sabía; pronto la pedirían que aceptase los exámenes sufridos por todos los colonos de los grupos experimentales.

Mientras, se celebraría el festival de conciertos para el que Papa Sosnic había previsto la presentación de la obra original de John. No tenía corazón para ejecutar, pero asintió a tocarla, a pesar de su tristeza, porque lo quería así Papa Sosnic.

El tiempo y la Colonia Alpha se hacían irreales a cada momento. Trató de ver las cosas desde el punto de vista de Lora. Miró al cielo a través de la cúpula protectora y se preguntó por qué veía en ella

Lora los barrotes de una cárcel.

¿Acaso no eran más que las paredes de una casa?, se preguntó a sí mismo. ¿Por qué era tan malo aceptar la protección y la paz y el lujo que te daban tiempo para dedicarte a la música? En la Tierra, él y Doris habían sido músicos, pero tuvieron que trabajar con ahínco… con tanto ahínco como si fuesen albañiles… y no le quedó tiempo para la composición.

Trató de explicarle esto a Lora el día del concierto, pero ella se limitó a reírse.

—Sería mejor si fueses albañil de día y músico de noche —contestó.

Lora parecía vivir mediante un juego total de normas y reglas de las que él ni siquiera conocía su existencia. Y se negaba a proporcionarle el secreto del misterio de su razonamiento.

Iba a perderla, pensó, y nada podría hacer. Dentro de un día o dos la pedirían que aceptase las pruebas y ella se negaría. Regresaría a la jungla. Si deseaba, podría acompañarla… y morir lentamente allí, en su presencia. ¿Por qué la muchacha prefería la vida de la jungla a la vida que era aquí posible?, se preguntó por milésima vez.

En la noche del concierto ella apareció más guapa que nunca, como si quisiese atormentarle con lo que estaba a punto de perder. Pero esa idea le confundió todavía más, porque ella también lo perdería. En la jungla no tardaría en vestir la chaqueta y los pantalones de cuero verde. Jamás volvería a tener otra vez este aspecto.

El concierto se iba a celebrar en el auditorio central de la Colonia, en donde tenían lugar todas las grandes actuaciones. John advirtió con disgusto que su nombre era el último del programa. Un tributo, sin duda, al neófito, que podía esperarse presentara algo que le granjeara por lo menos la atención de aquellos que todavía no se habían dormido o bostezado de sueño, pensó colérico.

Se sentó cerca de la parte delantera, con Lora y Doris y Papa Sosnic y el doctor Bronson, cuya presencia frecuente se había convertido en una fuente creciente de extrañeza en toda la Colonia. Hasta que tuviera que ejecutarse su propio número, John permanecería sentado entre el público.

El programa incluía unos cuantos nombres que él conocía.

Nombres ausentes mucho tiempo del repertorio de los artistas en la Tierra, pero que antaño fueron célebres en los salones en donde John y Doris actuaban.

El primero de estos, Faber Wagnalls, cuyo trabajo John había estudiado con intensidad en los primeros años, inició el concierto. Se encontró inclinándose hacia adelante, ansioso a su pesar, sobreponiéndose a la depresión que le dominaba, impaciente por oír la nueva obra de este hombre con el que se había enfrentado desde su llegada a la Colonia.

Wagnalls era mucho más mayor ahora, y gris, distinto de las fotos que había visto John. Se sentó ante el piano en el iluminado escenario y empezó a tocar.

John cerró los ojos y escuchó con todo su ser. Las primeras notas le sonaron extrañas. Era un nuevo hombre actuando, pensó… no el Wagnalls que había compuesto hacía tanto tiempo en la Tierra. John escuchó el tema, que despertaba ecos en su propia mente. Despacio, le pareció como si un viento frío hubiese comenzado a soplar sobre su cuerpo desnudo. La música… no era en absoluto propia del gran Faber Wagnalls. Era un tono sollozante y afeminado que crecía y se apagaba por turnos, y que no tenía ni gracia, ni amabilidad en una sólo nota.

El aplauso evidente era fruto de la simpatía más que del agrado y John se unió a los que aplaudían cuando Wagnalls hubo terminado. Pero se preguntó si era realmente piadoso dejar que el viejo maestro hiciese el ridículo de esta manera.

Miró de reojo a Doris, que le devolvió la mirada, las aletas de la nariz distendidas y retadoras. Se dio cuenta de que ella sabía, pero no quería reconocer que no había nada malo en la Colonia Alpha.

Lora captó su mirada y sonrió maliciosa; John se preguntó exactamente por qué lo hacía.

La siguiente actuación era de un grupo de instrumentos de cuerda. Resultó mediocre, tan pobre como la de Wagnalls. John comenzó a preguntarse cuándo oiría algo del estupendo trabajo para el que había sido creada la Colonia Alpha. En comparación con lo que había oído hasta ahora, su propia obra no sonaría tan mala, aun cuando fuese ruidosa y detonante.

Continuó preguntándose qué pasaba mientras el programa se iba desarrollando. Comenzó a sentir asco ante el desfile de ineptos

actuantes y triviales composiciones que se sucedían uno tras otro.

Y cuando este asco bordeaba el pánico —como si de pronto hubiese percibido la falsedad y los trucos de la propia vida— entonces comprendió.

Comprendió una infinidad de cosas que jamás había entendido antes. Se comprendió a sí mismo y a Doris, y comprendió a Lora. Comprendió por qué ella alzaba la vista y giraba a la gran cúpula y veía barrotes en el cielo. Comprendió por qué el aplauso a Wagnalls fue sincero y compasivo.

De manera imprecisa, en la bruma del pánico y de la comprensión, oyó pronunciar su propio nombre. Se levantó y avanzó automáticamente hasta la plataforma y se sentó ante el piano.

Entonces comenzó a tocar. Y con su música vino la calidad y una realidad nueva. Supo lo que tenía que hacer.

Trató de decírselo con la música. Miró hacia las caras imprecisas del público. Supo que no le comprenderían, pero lo dijo, de todas las maneras. Contó, con furia y ruido que despertaba ecos de cólera y traición, lo que tenía en su alma. Les habló en un tono de pasión y forcejeo que les impresionó.

Cuando terminó hubo un momento de silencio y luego el iniciarse débil de un aplauso, seguido demasiado rápidamente por el levantarse del público en sí para dirigirse a la salida. Le dejaron plantado, casi sólo con los pocos amigos que poseía, mientras la sala se despejaba.

El doctor Warnock se le acercó y le tomó la mano.

—Ha sido un plato muy fuerte para nuestra gente tan tierna —dijo—. Yo no sé nada de música, pero me gustó más que esas piececillas insulsas que se han oído tan a menudo aquí.

—Usted ya sabe lo que tengo que hacer —dijo John.

—¿Sí?

—Me voy con Lora; partiremos mañana por la mañana hacia la Colonia Control.

VIII

En el domicilio de Papa Sosnic se reunieron después del concierto. Papa tenía un aire de secreta felicidad mientras caminaban hacia la casa bajo la luz estelar filtrada por la cúpula. Bronson parecía turbado y Semi colérico, mientras que el doctor Warnock era un espectador interesado del curso inesperado de acontecimientos producidos por la actuación.

Lora y John sentían una profunda satisfacción, como si pudiesen de pronto ver el camino hasta el fin de sus vidas y supieran que estaban en el buen sendero.

Pero Doris caminaba a solas, ignorando la presencia de Bronson, como si se sintiese anonadada y llevada hasta el borde de la pena por las palabras de John.

Cuando llegaron a casa de Papa Sosnic, fue la primera en hablar mientras le separaba del resto y le acorralaba contra la pared.

—No pensarás lo que dijiste —insistió—. ¡No tendrás intención de renunciar a todo lo que hemos conseguido por una chica tozuda que tiene miedo de enfrentarse a la vida!

—Amo a esa chica tozuda —repuso él con suavidad—. Y ella me corresponde.

—Entonces, que demuestre tener valor suficiente para vivir aquí como un ser humano… si es que tiene corazón para ello. ¡John, no puedes ser tan loco en un asunto tan importante!

Los demás se habían detenido donde estaban, dominados por la angustia de la voz de Doris. No querían oír pero no pudieron tampoco evitarlo.

Lora se levantó, saliendo de una habitación contigua y les oyó, pero a Doris no parecía importarle.

—He pasado toda mi vida tratando de impedirte que supieras lo

feo que puede ser el mundo —dijo a John—. No deseaba que te enterases. Cuando eras un niño, jamás supiste que algunas veces la comida que consumías era robada y que yo permanecía en ayunas porque no había bastante para ambos. Te enseñé cómo hacerte grande y fuimos grandes artistas en la Tierra. No podíamos tener más… hasta que encontramos esto.

«Y ahora no tienes de qué preocuparte durante el resto de tu vida, de nuestras vidas. Se nos cuidará y podremos trabajar y crear hasta la plena extensión de todo lo que hay de bueno en nosotros».

«Pero más que eso: no sólo nos ayudamos a nosotros mismos, sino que ayudamos a toda la humanidad. Jamás tendrá otra oportunidad de convertirse en la clase de humanos que no se destruyan a sí mismos. Si no cambiamos, si no hacemos el cambio, no tendremos otra vez esa ocasión».

«Es como el entreacto en mitad de una gran comedia. Y no tenemos ni la posibilidad de cambiar los parlamentos y reescribir la obra… para asegurarnos de que no termine en tragedia».

«No puedes desperdiciar tu oportunidad de ayudar en esto, John. ¡Lora, no puedes pedirle que lo haga!».

Poco podía hacer ahora, pensó John. Comprendía a Doris por primera vez en su vida. Por primera vez vio como el mundo le parecía a ella, un lugar de agonía y terror del que debía huir y protegerle.

Recordó el día en que conoció a Lora junto a la puerta. Había dicho que algunos iban a Desarrollos Humanos porque querían huir. Pensó que tal cosa jamás podría aplicarse a Doris; sin embargo, era verdad. Había huido del forcejeo de la vida en busca de la seguridad de Colonia Alpha. ¡Y él que le creía la más fuerte de los dos!

Y ahora era Lora quien tenía la fortaleza. Afirmaba que escapaba, pero escapaba hacia la vida, no huía de ella.

Tomó la mano de Doris en la suya y la condujo al diván junto al cual estaban plantados los demás.

—Te has cuidado demasiado tiempo de mí y lo has hecho muy bien —dijo—. Esta noche has visto y oído lo que les sucede a los hombres y a las mujeres que están demasiado bien cuidadas. Ya oíste la clase de creación que se produce cuando no hay necesidad ni deseos.

Alzó la vista y miró al doctor Warnock.

—Sabe usted que la Colonia es un fracaso, ¿verdad, doctor?

Warnock sonrió y se encogió de hombros.

—Papa Sosnic me lo ha dicho con suficiente frecuencia. En cuanto a mí… no soy músico, sólo sociólogo.

—Colonia Alpha es un fracaso —repitió John—. Todo el proyecto es un fracaso… todo, menos las Colonias Control.

«Pensaron ustedes que podrían averiguar cuál es la grandeza de los hombres dividiéndolos en grupos y vigilando una única faceta de la vida. No es posible; no pueden tener músicos sin conductores de camiones y albañiles. Y no pueden tener a un hombre que sea sólo músico. Todo esto divide, y separa, y fracciona sin revelar nada, no más que cortase un brazo o una pierna bastaría para mostrarles donde reside la grandeza».

«La grandeza se puede presenciar sólo en el hombre total. Esto otro no resulta. Cada hombre necesita un toque de incomodidad, una punzada de maldita locura y todo el material cerebral que pueda atestar en su cabeza. Si se le despoja a uno de todo eso, poseerán únicamente un pedazo de hombre».

«Y, por encima de todo, no puede hacer ustedes que los hombres sean grandes cuidándose de ellos. No lo comprendí hasta que vi las estúpidas actuaciones de esta noche. Han tomado grandes hombres y les han hecho seres débiles. Faber Wagnalls… me basta para sentir ganas de llorar».

«La única verdadera grandeza que el hombre ha tenido jamás es la capacidad para cuidarse de sí mismo y retorcer al mundo para que encaje en necesidades. Cierto, nosotros casi siempre hemos reducido a cenizas lo que nos rodeaba durante el proceso, pero ese "casi" es lo que constituye la diferencia. No hemos fracasado y no vamos a hacerlo también… a menos que abandonemos la intentona de cuidarnos de nosotros mismos y creemos alguna utopía fatal. No hay libertad en el Jardín del Edén.

»Casi lo descubrí demasiado tarde y, a no ser por esta noche, Lora nunca habría logrado metérmelo en mi gruesa cabezota».

* * *

A la luz del día siguiente, la Colonia parecía un lugar que John

jamás había visto antes en absoluto. Caminaron despacio hacia el edificio terminal, pasaron las grandes estatuas que, en aquella ocasión, parecían lóbregas y tristes.

Comprendió por qué y debía haberlo visto antes, si hubiese sido escultor. Las imágenes no eran más que copias… copias hechas por las memorias dificultosas de hombres que recordaban la Tierra, pero que no miraban para nada hacia adelante.

Los céspedes y los senderos del bosque eran como un jardín de juguete, infantil, y los estrechos confines bajo la cúpula parecían aplastarse sobre él. Miró hacia el cielo… y ahora pudo ver los barrotes cerrando fuera al mundo y al viento y a fa lluvia.

Lora le apremió para que se diese prisa, como si no pudiese soportar más tiempo la prisión de la Colonia. En el edificio terminal miraron y vieron que llovía otra vez más allá de la cúpula, la eterna lluvia de la jungla. John se estremeció un poco mientras el viento hacía pasar ráfagas húmedas por las puertas.

Se volvió para mirar a Doris y a los demás. Sintió lástima de ellos, pero nada en absoluto podía hacer por mejorarles. Doris estaba pálida, pero tranquila. La tomó entre sus brazos y la besó.

—Adiós, hermanita —dijo.

Luego salieron a la lluvia, avanzaron hacia el autobús que les llevaría al principio del camino a la jungla. Lora reía, las gotas de agua salpicándole en la cara y corriendo en regueros hacia abajo.

Cuando se escribiese por último la historia de Desarrollos Humanos, pensó John, sería la de los descendientes de los Colonos Control, no la de aquellos pobres prisioneros de la Colonia Alpha.

Luego se fijó en sus propias manos, blancas y largas, y recordó que no habría música en la jungla. Sus manos se entorpecerían con el trabajo de construir cobijos y luchar por la comida. ¿Pero no habría música? De pronto se echó a reír en voz alta, recordando las palabras de Papa Sosnic: «… La llevarás contigo siempre en el corazón».

¡Cuántas cosas sabía Papa Sosnic! John volvió a mirar a Lora, brillando, el rostro húmedo por la lluvia, y tornó su propia cara para recibir las gotas en la piel.

Su suave frescor le aseguró que, por último, seguía vivo, estaba vivo.

FIN